

Resistencias locales, utopías globales

Raúl Romero y Octavio Solís

Coordinadores



STUNAM

Agustín Rodríguez Fuentes
Secretario General

Alberto Pulido Aranda
Secretario de Prensa

Carlos Hugo Morales Morales
Secretario de Finanzas

D.R. © **Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional
Autónoma de México**
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Del. Iztapalapa, CP: 09810. México, D.F.

D.R. © **Yod Estudio**
Sur 105, 1719, Col. 24 de abril,
Del. Venustiano Carranza, CP: 15980. México, D.F.
Tel: (55) 2612 0824
yodestudio@hotmail.com

Resistencias locales, utopías globales

Primera edición, 2015

Cuadernos de Comunicación Sindical

STUNAM

Yod Estudio

Diseño, formación y cuidado editorial
Yod Estudio

Diseño de cubierta: **Víctor De Santiago**

Fotografía de portada: **Rodrigo Corona**

ISBN: 978-607-96412-2-1

Impreso en México

Printed in México



Cuadernos de Comunicación Sindical nace en 1984 bajo la dirección de Alberto Pulido Aranda, quien al frente de la Secretaría de Prensa y Propaganda del Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM), incursiona en una propuesta editorial con la idea de abonar a los procesos de concientización y politización de los trabajadores universitarios, a través de la difusión de temas de cultura y política, al mismo tiempo que permite abrir un espacio para la publicación de materiales y obra de los trabajadores.

En este 2015, con 100 números a cuestas, *Cuadernos de Comunicación Sindical* inicia una nueva época dividida en dos colecciones: creación y ensayo. El objetivo es difundir trabajos inéditos que ayuden a la difusión de temas diversos como poesía, análisis político, ensayo literario, narrativa, crónica, entre otros, con la finalidad de aportar los elementos necesarios para un desarrollo integral de los trabajadores y asumir el compromiso social de nuestra organización.

Como diría Antonio Gramsci: “Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos ‘originales’; significa también, y especialmente, difundir verdades ya descubiertas. [...] Que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y de forma unitaria la realidad presente es un hecho ‘filosófico’ mucho más importante y ‘original’ que el hallazgo por parte de un genio filosófico, de una nueva verdad que sea patrimonio de pequeños grupos de intelectuales.”

Con esta premisa es que hemos decidido redefinir, en esta nueva época, el perfil editorial de los presentes *Cuadernos*. Reconocer en las palabras, pero sobre todo en su difusión, la potencialidad transformadora de las ideas como instrumento de cambio en las conciencias, con el objetivo último de incidir en la realidad; abstraer el mundo significa pensarlo e interpretarlo, lo que nos lleva a darle un sentido y un valor a cada cosa. De esto último dependen nuestras acciones. Hacer del “pensar”, un instrumento de “hacer” del mundo.

Octavio Solís

Resistencias locales, utopías globales

La crisis financiera originada en los Estados Unidos de América (EUA) en 2008, provocada por el colapso de la burbuja hipotecaria, impactó al mundo entero. Países como Islandia, España y Grecia, fueron de los más afectados. *La Gran Recesión*, como ha sido conocida esta crisis, tuvo distintos efectos, entre los más relevantes: escasez, aumento de precios en productos básicos, inflación y desempleo.

Esta situación generó que miles de personas protestaran en contra de los efectos locales de la crisis. En Islandia, por ejemplo, un movimiento social impetuoso se opuso a que el Estado pagara la deuda bancaria. La Revolución de las Cacerolas (*Kitchenware Revolution*), como fue llamado el proceso islandés, logró instalar un gobierno de coalición –compuesto por la Alianza Socialdemócrata, el Movimiento Izquierda-Verde, el Partido Progresista y el Partido Liberal–, la redacción de una nueva Constitución a través de una Asamblea Constituyente, e incluso llevó a juicio al ex Primer Ministro Geir H. Haarde, quien estaba en funciones durante la crisis. Es destacable la utilización de las redes sociales en dicho proceso, al punto que el Consejo Constitucional –órgano encargado de redactar la nueva Constitución– convocó a la ciudadanía a participar a través de ellas.

Igualmente, entre 2010 y 2013, en países como Egipto, Túnez, México, Chile y Brasil, sucedieron grandes movilizaciones sociales que cuestionaron la falta de democracia política y social, la concentración de los medios de comunicación, la militarización de la seguridad pública, la política expansionista e intervencionista de EUA (bajo el supuesto de la “guerra contra el narcotráfico”), la privatización de servicios y otras expresiones concretas del capitalismo neoliberal. “Si los de abajo se mueven, los de arriba se caen”, “Si no nos dejan soñar, no los dejaremos dormir” y “No somos antisistema, el sistema es antinosotros”, fueron algunas de las consignas que denunciaron los principales problemas globales: la falta de democracia y la necesidad de un sistema económico diferente al capitalismo.

Pueblos de muy distintas latitudes, casi siempre encabezados por sus juventudes, comenzaron a gritar ¡Ya basta! Cansados de la explotación, la opresión y la dominación, los “sin futuro” se hicieron escuchar en todo el globo. En el mundo árabe, en el “tercer mundo” y también en algunos países ricos, miles de personas salieron a las calles y se reapropiaron de las plazas públicas. Mediante las redes sociales y la imaginación, las juventudes volvieron a ser, como en 1968, actores protagónicos que reclamaban un mundo que les ha sido arrebatado por las corporaciones transnacionales.

Con la intención de seguir visibilizando y comprendiendo esas luchas, un pequeño grupo editorial nos dimos a la tarea de convocar a periodistas, intelectuales y activistas de México y el mundo para reflexionar sobre dichos movimientos. El resultado de este trabajo es el libro que tienen en sus manos: *Resistencias locales, utopías globales*.

El libro está compuesto por diez textos organizados en dos partes: Internacional y México. En ellos se analizan las movilizaciones acontecidas en Brasil, Chile, España, EUA, Colombia y México. Algunos de los trabajos son ensayos analíticos, otros pertenecen al género periodístico, a la crónica; todos dan al lector la posibilidad de asomarse a las fortalezas y debilidades de cada proceso organizativo analizado. Si bien los textos están escritos por militantes o simpatizantes de dichos movimientos, esto no excluye la autocrítica. De cierta forma, el libro es también una representación de la diversidad de los actores y de los procesos organizativos abordados.

Esperamos que este libro sea una herramienta más para comprender el descontento social que sacudió el mundo en años recientes, descontento que si bien hoy no ocupa las principales planas de los periódicos, sigue presente y madurando. Estamos seguros que pronto encontrará nuevos cauces.

Raúl Romero

Septiembre de 2014

ÍNDICE

Internacional

Brasil

Brasil: La Copa de las manifestaciones
Luiz Antonio Guerra 13

España

El 15-M más allá de las plazas
Silvia Abadia y Marta Molina 29

Estados Unidos

Occupy Wall Street:
resistiendo en el corazón del imperio
Andalusia Knoll 47

Chile

De hijos de la democracia a padres de la revolución.
El movimiento estudiantil y el fin del consenso neoliberal
en Chile
Raúl H. Contreras Román 65

Colombia

Entre la movilización y sus desenlaces: la transformación
emancipatoria, los movimientos de derechos humanos
y de víctimas en Colombia
Diana Marcela Gómez Correal 85

México

México, insurgencias 2011: la guerra y las víctimas
Luis Gómez Negrete 109

Autoritarismo y nuevas formas de resistencia social
en México
Octavio Solís 123

#YoSoy132: elementos para un balance
Nahúm Pérez Monroy 139

La diversidad como horizonte de organización política
Mariana Favela 155

Para seguir caminando. Una retrospectiva desde
el movimiento social #YoSoy132
Paula Santoyo Rosas 169

INTERNACIONAL

INTERNACIONAL

Brasil: la Copa de las manifestaciones

Luiz Antonio Guerra

El mes de junio del 2013, “inesperadamente”, trajo consigo protestas en las calles de más de trescientas ciudades de Brasil, en los veintiséis estados y el Distrito Federal. Hablamos de trece días ininterrumpidos de protestas que no fueron convocadas por partidos políticos o figuras públicas reconocidas, seguidos de una interesante articulación de movimientos y constantes manifestaciones políticas; millones de personas que se manifestaron públicamente en protestas masivas cambiaron la cara de los espacios públicos de un país de extensión continental, que no estaba acostumbrado a ver movilizaciones de tal proporción. Las protestas, o más bien su magnitud, sorprendieron a la sociedad brasileña, al gobierno, a los partidos políticos, a los medios de comunicación, a los intelectuales e, incluso, a los movimientos sociales. Su “carácter sorpresa”, en conjunto con la espontaneidad y la dinámica de las redes sociales, convirtieron a este movimiento social en uno de los más creativos en todo el globo. Sin embargo, afirmar que las protestas que arrastraron a miles de personas a las calles de las ciudades brasileñas en el 2013 fueron inéditas y sorprendentes, no significa –como defendieron, atónitos, muchos analistas– que surgieron de la nada, que de pronto el “gigante despertó”: tampoco significa la carencia de señales de un malestar profundo que atravesaba a toda la sociedad brasileña.

Por un lado, detrás de la máscara de un modelo exitoso de desarrollo –referencia en el subcontinente latinoamericano y vitrina por albergar el Mundial de fútbol del 2014 y las Olimpiadas

das del 2016—, se encuentra una creciente insatisfacción de todas las clases sociales, aunque con motivos diversos, relacionada con una expansión económica extremadamente desigual, servicios públicos de pésima calidad —como salud, educación y seguridad pública—, consecuentes problemas sociales históricos que permanecen sin solución y una “democracia” elitista y corrupta. La victoria electoral de Luiz Inacio “Lula” da Silva y del Partido de los Trabajadores (PT) en 2002, para gran parte de la sociedad brasileña (principalmente para la izquierda) representaba la esperanza de cambios profundos en la estructura económica, social y en los vicios políticos que padece el débil sistema democrático del país. Sin embargo, aunque se llevaron a cabo algunas importantes políticas sociales, el gobierno de Lula y de su sucesora, la actual presidenta Dilma Rousseff, también del PT, no se produjeron cambios sistémicos y sí se reforzó la desigualdad estructural en nombre del desarrollo económico. Entre tantos ejemplos podemos citar el hecho de que no se concretó la tan esperada reforma agraria, por el contrario, se acentuó la desigualdad en la tenencia de la tierra.

Con el argumento de garantizar la gobernabilidad y promover el crecimiento económico, tanto el gobierno de Lula como de su sucesora han forjado alianzas con grupos económicamente dominantes y políticamente conservadores, lo cual contradice completamente la trayectoria política de izquierda de su partido. Además, con el pasar de los años del gobierno del PT, empezaron a estallar sucesivos casos de corrupción, los cuales quitaron de los cargos a los principales dirigentes “petistas” del gobierno federal y provocaron la salida de muchos militantes fundadores del partido, sepultando la esperanza que significaba el histórico ascenso del PT al poder. La decepción que representó el gobierno de Lula para muchísimos brasileños se reflejó en un profundo descrédito de la clase política, tanto de izquierda como de derecha, y la desilusión de cambios reales por las vías políticas tradicionales. Este proceso, resultado del desarrollo político de los últimos 25 años en Brasil, representa el síntoma de un grave malestar mundial.

Desde el fin de la dictadura militar, en 1985, han surgido muchos movimientos sociales que organizaron y desarrollaron luchas en los más diversos frentes y contextos, de manera más o

menos autónoma respecto del Estado. Al margen de la cobertura de los grandes medios de comunicación, las últimas dos décadas fueron marcadas por huelgas, marchas, ocupaciones de tierras urbanas y rurales y de edificios públicos, bloqueos de calles y carreteras, resistencia indígena y campesina a megaproyectos, etc. Las estrategias de los gobiernos fueron de cooptación (en especial durante el gobierno de Lula) y de campañas de criminalización y brutal represión de los movimientos sociales –esto último, apoyado por los grandes medios y por fuerzas policiales extremadamente violentas–. Es verdad también que la mayor parte de la sociedad brasileña parecía estar envuelta en una permanente apatía alimentada por el sueño del Brasil Potencia (Zibechi, 2012). No obstante, las luchas sociales siguieron resistiendo, denunciando, sembrando sus semillas y avanzando a pesar de todas las contradicciones, represión y dificultades.

***Não são só 20 centavos*¹: el transporte colectivo, la gota que derramó el vaso**

El principal protagonista de la primera ola de protestas es el *Movimento Passe Livre* (MPL). Para una buena comprensión de la dinámica de las recientes movilizaciones en Brasil, es necesario echar una mirada al que quizá sea el movimiento social brasileño más representativo y más novedoso como forma de organización política. El nombre surge de una de sus principales banderas: el “Pase libre” del transporte colectivo para los estudiantes –una demanda histórica de los jóvenes–, el cual abarca una comprensión integral y crítica de la movilidad urbana y que se ha ampliado, más allá del carácter estudiantil, hacia una lucha por la “tarifa cero”, es decir, por un modelo de transporte colectivo gratuito en las ciudades a partir del entendimiento del transporte como un derecho –un servicio verdaderamente público fuera de la iniciativa privada– que garantice el acceso universal. A partir de la profundización del debate sobre el espacio público, el MPL busca repensar los modelos urbanos actuales y las relaciones sociales jerárquicas,

¹ “No son sólo 20 centavos”. Los títulos de las secciones se escriben en portugués con sus respectivas traducciones; son consignas que marcaron las voces de las calles brasileñas en el mes de junio del 2013.

excluyentes y mercantiles, que son las bases de la lógica de las grandes ciudades, y como consecuencia, realizar profundos cuestionamientos a todo el sistema capitalista contemporáneo.

De acuerdo con su sitio oficial, las acciones del MPL pasan por trabajos de divulgación, estudios y análisis de los sistemas de transporte en las principales ciudades de todas las regiones de Brasil. Además, otras características del Movimiento son las manifestaciones de acción directa, intervenciones lúdicas en espacios públicos, leyes de iniciativa popular, articulación y solidaridad con organizaciones nacionales e internacionales. El MPL se organiza a través de cinco principios básicos aprobados en la plenaria por el Pase libre en el quinto Foro Social Mundial, en 2005: autonomía, independencia, horizontalidad, apartidismo y federalismo.

Es importante tener en cuenta que el transporte colectivo es un potente factor para las movilizaciones en las luchas populares de Brasil. No es nuestro objetivo buscar respuestas para esta intrigante especificidad –no exclusividad– del país, aunque sea clara la relación debido al evidente impacto financiero ocasionado por las constantes y pequeñas alzas en las tarifas, y que el transporte colectivo en cada ciudad está concentrado en manos de pocas empresas concesionadas por el Estado. Para comprender mejor las protestas actuales, nuestra intención es apuntar el hecho de que el MPL es heredero de luchas populares históricas relacionadas con el transporte en Brasil. Ejemplos abundan en la historia de muchas ciudades. Para citar algunos de los más significativos: la “Revolución del Vintén”, en 1880, en la ciudad de Rio de Janeiro, en la cual se efectuaron violentas protestas contra el cobro de “un vintén”² en los boletos de los tranvías de la ciudad; y en Salvador, cuando en 1930 incendiaron cerca de 60 bondes –tranvías–; y en 1981 hubo un gran motín contra el alza de la tarifa al transporte colectivo. En los últimos años, el modelo actual de transporte público en las grandes ciudades y las constantes alzas de las tarifas han generado innumerables manifestaciones de norte a sur del país. Las grandes protestas recientes contra el aumento de las tarifas –como en Salvador en 2003 y Florianópolis en 2004, que demostraron la fuerza de la espontaneidad de las manifestaciones

² Veinte “réis”, moneda de ese tiempo.

masivas y la necesidad de organización de las movilizaciones—, sentaron las bases para la consolidación del movimiento nacional de lucha por el transporte público, que hoy conocemos como Movimiento Pase Libre.

Desde comienzos del año 2013 han aumentado entre 20 y 30 centavos de real las tarifas del transporte colectivo, acompañados de sucesivas protestas en muchas ciudades de Brasil como Porto Alegre, Marabá, Natal, Goiânia, Santarém y São Paulo. La habitual represión de la policía y el menosprecio y criminalización por parte de los grandes medios hacia las protestas en São Paulo de los días 6 y 7 de junio, tuvieron el efecto contrario al acostumbrado: rápidamente, en las redes sociales corrieron imágenes de la violencia policíaca y textos de repudio a los gobiernos municipales, estatales y federales, lo que produjo un amplio apoyo al movimiento, seguido de la proliferación de protestas en muchas otras ciudades.

Coincidentemente, el 15 de junio empezó la Copa Confederaciones, un gran evento deportivo que sirvió para demostrar a la FIFA (*Fédération Internationale de Football Association*) que el país tenía las condiciones para realizar la Copa del Mundo del 2014. El malestar que ya venía acumulándose con las obras y los billones de dólares gastados para cumplir con los estándares de la FIFA, sumados a la rebeldía que emanaba de las calles contra el alza en las tarifas del transporte colectivo, resultó en una combinación explosiva que originó una de las protestas más grandes que se han visto en tierras brasileñas —y en el mundo— en los últimos años.

Copa para quem?

¿Para quién es esta Copa? Desde que Brasil fue electo para ser sede de la Copa del Mundo de Fútbol del 2014, la FIFA, los gobiernos federal, estatal y municipal de las doce ciudades sede y las empresas privadas nacionales e internacionales involucradas, iniciaron la ejecución de las obras estructurales para cumplir con las metas exigidas por la FIFA. Sin embargo, pronto los efectos negativos resultaron evidentes en diversos segmentos sociales, espe-

cialmente en aquellos históricamente excluidos. Se hizo notoria la imposición, por parte del Estado y de los comités promotores del evento, de un verdadero Estado de excepción, antes y durante la Copa del Mundo y las Olimpiadas, que permitió la flexibilización de las leyes y la suspensión de derechos a partir de la promulgación de un conjunto de leyes en los tres niveles federativos, que buscaban garantizar el excesivo lucro de la FIFA y sus patrocinadores, así como legalizar el rebase de presupuestos públicos y reforzar un modelo urbano excluyente en extremo. Otro motivo generador de profundo malestar es el inmenso presupuesto otorgado al evento: en un principio constaba de 12 billones de dólares; ahora está cercano a los 15 billones de dólares³ (Rafael, 2013). Si consideramos que Brasil es uno de los países más desiguales del mundo y si estimamos todos los problemas sociales y la precariedad de los servicios públicos, se puede comprender cuán ofensivo es para gran parte de la población los exorbitantes gastos involucrados en la realización de los mega eventos deportivos de 2014 y 2016. Lejos de representar un retorno social, económico, ambiental y cultural al país, todo indica que estamos delante de enormes desperdicios de recursos públicos, además de falta de transparencia y diálogo con la población. Aunque seamos aficionados y aficionadas al fútbol, la verdad es que gran parte de la sociedad brasileña no se siente parte de esos colosales eventos deportivos, ya que sólo turistas extranjeros y una pequeña parte de la población brasileña tiene acceso a los estadios, y menos aún puede beneficiarse de la descomunal estructura armada para atender las exigencias de los comités organizadores.

De las movilizaciones en las ciudades sede para denunciar y resistir a las obras de los mega eventos deportivos surgieron los Comités Populares de la Copa, conformados por movimientos sociales, comunidades afectadas, universidades y diversas entidades de la sociedad civil. Los Comités Populares han hecho varias manifestaciones políticas en los últimos años y han publicado un

³ En entrevista, el diputado federal y exfutbolista Romario, comenta: “Cuando Brasil fue electo para organizar el Mundial de 2014, el presupuesto para el evento era de 23 billones de reales, pero ahora está en cerca de 28 billones de reales. Sudáfrica ha gastado cuatro veces menos para organizar el Mundial de 2010, y Japón y Alemania casi un tercio para organizar los de 2002 y 2006. Por qué vamos hacer la Copa más cara de los últimos tiempos es lo que el pueblo brasileño necesita saber” [traducción del autor].

informe que demuestra una serie de violaciones a los derechos humanos ocurridos en el contexto de la realización de las obras para la Copa del Mundo y las Olimpiadas, en términos de vivienda, trabajo, información, transparencia y participación, medio ambiente, seguridad y acceso a los servicios públicos.

Lo que se puede concluir de este contexto de profundo malestar en la sociedad brasileña, es que las demandas de las movilizaciones contra las obras del Mundial de fútbol son completamente convergentes con las demandas del MPL y están relacionadas con la movilidad urbana y el espacio público. Además, están también en convergencia con las recientes huelgas de maestros y trabajadores, ocupaciones urbanas por los sin techo y rurales por los sin tierra, las manifestaciones de rechazo a grandes proyectos desarrollistas –como la lucha de los trabajadores de la Usina Hidroeléctrica de Jirau y la resistencia indígena a la construcción de la Usina Hidroeléctrica Belo Monte⁴, etc.

Desculpe os transtornos, estamos mudando o país⁵

El 15 de junio, es decir, pocos días después de iniciada la sorprendente efervescencia en el espacio público de centenas de ciudades contra el alza de las tarifas del transporte colectivo, en la capital Brasilia, apenas se inauguró la Copa Confederaciones, iniciaron las protestas radicales –las cuales se dieron durante todo el evento–. Adentro del Estadio Mané Garrincha, el todo poderoso presidente de la FIFA, Joseph Blatter, y la presidenta Dilma Rousseff, sufrieron un coro de abucheos. En todos los partidos de la selección brasileña de fútbol que continuaron, las protestas de cientos de miles se sumaron a centenas de otras manifestaciones en diferentes ciudades, en las cuales tan dispares eran las edades, clases sociales, ideologías, motivos y motivaciones de las personas que tomaban las calles, como diferentes también eran las dinámicas, carácter y tácticas de las movilizaciones.

⁴ En 2011, los trabajadores de la construcción de la Usina Hidroeléctrica de Jirau se levantaron contra las malas condiciones de trabajo incendiando colectivos y alojamientos. Contra las consecuencias sociales y ambientales de la construcción de la Usina Hidroeléctrica de Belo Monte han resistido indígenas y organizaciones de la sociedad civil.

⁵ “Disculpe las molestias, estamos cambiando al país”.

Aunque catalizador y protagonista, el MPL no se autoproclamó líder de las movilizaciones, por el contrario, negó cualquier tipo de vanguardia. Un diluvio de información corría por las redes sociales y los medios de comunicación mientras una serie de insatisfacciones acumuladas irrumpían en el espacio público. Además del transporte colectivo, surgieron demandas de los movimientos negros, feministas, LGTTB, de diversas agrupaciones profesionales en contra de los grandes medios (en especial la Red Globo), por la democratización de la información, de orden contra la clase política y la corrupción, y por la desmilitarización de la policía. Incluso políticos y organizaciones de derecha emitieron su apoyo e intentaron cooptar las movilizaciones y el descontento con la clase política, a través de demandas conservadoras y con el enfoque en el discurso contra la corrupción del PT, como forma de deslegitimar el gobierno de Dilma Rousseff, lo que incluso ha fomentado rumores del regreso de la derecha más reaccionaria y de los militares al poder.

Las protestas de junio provocaron una inédita derrota de los gobiernos municipales, estatales y federal, y también de los grandes medios de Brasil. Por un lado, los gobiernos percibieron que ya no podían utilizar su violencia indiscriminadamente, pues había mucha gente en las calles, de todas las clases sociales, y también debido a la visibilidad internacional por la Copa Confederaciones; por otro lado, los grandes medios perdieron su control exclusivo sobre la información por el hecho de que cualquier persona podía subir fotos y textos a internet —que rápidamente se hacían virales—, e incluso desmentían a lo que publicaba la prensa. Además, la violencia policiaca en las primeras protestas fue como un tiro que salió por la culata, ya que muchos periodistas fueron golpeados y afectados por gas lacrimógeno, lo que determinó un cambio de posición de los grandes medios, ahora favorable a las manifestaciones. Por ello, se buscó un cambio de estrategia de los gobiernos y de los grandes medios hacia la difusión de un discurso patriótico pasteurizado, vacío e inofensivo, de apoyo a formas “legítimas” de manifestaciones que fueran pacíficas y encarnaran el “espíritu democrático” alrededor de demandas demasiado amplias y consensos que disolvieran toda conflictividad.

La estrategia de apoyar e inflar las manifestaciones, vaciándolas de su rebeldía e incluso invirtiendo sus sentidos, combinada con tácticas más selectivas y ocultas de represión –que hacen recordar la dictadura militar de los sesenta y setenta, con agentes infiltrados y espionaje–, representa formas más sutiles de criminalización de las luchas sociales.

Sin embargo, todas las estrategias no fueron suficientes para dismantelar las masivas protestas callejeras que continuaron durante semanas. Los movimientos sociales involucrados percibieron que la desmedida amplitud y abstracción de sus demandas tendía a promover la disolución de la lucha y amenazaba no solamente con perder toda su fuerza, sino con tomar rumbos completamente diferentes al de la rebeldía inicial, por ejemplo, el riesgo de que las manifestaciones fueran capitalizadas políticamente por los sectores más conservadores de la sociedad brasileña. Después de un corto periodo de debates intensos y constantes, mediados en gran parte por las redes sociales, se hizo urgente la necesidad de tener foco en sus movilizaciones, es decir, de reforzar las demandas concretas en detrimento de banderas difusas e inofensivas. En otras palabras, se hizo evidente que para mantener su potencial transformador, las protestas no deberían concentrarse en conceptos genéricos y vacíos como el de la “corrupción”, aunque el mismo fuera una gran motivación para que la gente saliera a las calles. La vitalidad y el desarrollo de las luchas dependían de su cercanía con la cotidianidad de las personas, demostrando que sus vidas podían ser transformadas a corto, mediano y largo plazo por estas luchas.

En este sentido, el caso de Brasil demuestra también la importancia que tienen los logros concretos de las luchas sociales para su vitalidad y persistencia. Además de ser la primera gran derrota de los gobiernos y de los grandes medios, paulatinamente fueron revocadas las alzas de las tarifas del transporte colectivo en muchas capitales del país; el Pase Libre para los estudiantes –que para muchos parecía un sueño distante hacía poco tiempo–, ya es un hecho en muchas ciudades desde junio del 2013; y la tarifa cero ya aparece como un proyecto posible y palpable, incluso para los gobernantes y grandes medios. Ese conjunto inédito de

conquistas en el transporte colectivo significa, para millones de personas –inicialmente involucrados en las protestas o no, que las apoyaban o no–, el logro de beneficios muy significativos en su vida cotidiana gracias a las movilizaciones protagonizadas por el MPL. Además, los gobiernos locales fueron compelidos a dar respuestas en el espacio público a las voces que emanaban de la calle. Un síntoma de la presión que sometió a la clase política fue la actitud de la presidenta Dilma Rousseff, quien presentó propuestas en términos de políticas educacionales, de salud y del arduo tema de la reforma política, así como llamar a los movimientos sociales para dialogar.

Así, pese a toda la desilusión provocada y a su descrédito, el PT mostró que todavía existe cierta sensibilidad hacia los movimientos sociales, en comparación con los partidos de derecha. Es importante resaltar que estas respuestas y diálogos –a los cuales el gobierno brasileño se vio obligado–, no se dieron en ninguno de los países en los cuales acontecieron importantes movilizaciones sociales desde el año 2011, tampoco en las democracias presuntamente más desarrolladas, como el caso de Estados Unidos, Francia o España. Además de demostrar que sí se pueden producir cambios profundos por afuera de la política partidaria y tradicional. Las conquistas concretas de las protestas de junio de 2013 en Brasil abren caminos para una nueva cultura política, para el fortalecimiento, maduración y vitalidad de las movilizaciones sociales en el país, y para la rearticulación de las luchas en contextos futuros.

Los sindicatos y muchas organizaciones tradicionales de izquierda, inicialmente dieron un discreto apoyo y parecieron apostar a la debilidad y transitoriedad de las protestas de junio. Sobre todo, tuvieron dificultad para comprender las formas dinámicas, descentralizadas y espontáneas que las caracterizaron. Sin embargo, con el apoyo, avances y fuerza que en pocos días alcanzó la primera ola de protestas, las organizaciones tradicionales también se sintieron constreñidas a tomar parte en las movilizaciones. Así, se observó una interesante situación en la cual las organizaciones tradicionales de izquierda siguieron al ciclo de protestas de los movimientos autónomos, fortaleciendo la secuencia de sus movilizaciones y no al revés. El 11 de julio, por

ejemplo, hubo una jornada nacional de lucha convocada por sindicatos y movimientos tradicionales como el Movimiento de los Sin-Tierra (MST) y la Unión Nacional de los Estudiantes (UNE), que sumaron en el mismo día más de 80 protestas en todo el país, marcadas por pautas laborales, y contra la Red Globo (*Folha de S. Paulo*, 2013). Pero lo más interesante es un proceso que empieza a surgir, escasamente publicado, de auto organización y articulación entre los más diversos movimientos sociales —especialmente asambleas populares— para dar seguimiento a las primeras olas de protestas. Se hace evidente no solo la necesidad de articulación de las diferentes luchas para que se logren cambios profundos en la estructura social, sino también que ninguna movilización pueda ignorar las otras formas de desigualdad, como las opresiones de género y raza, tan graves en la sociedad brasileña. Además, los hechos recientes apuntan con urgencia hacia los movimientos sociales tradicionales para que comprendan las novedosas características de la cultura política y del repertorio de movilización en el contexto de las nuevas tecnologías de la información, que valoran principios de autonomía, horizontalidad, apartidismo y son marcados por movilizaciones lúdicas, festivas y creativas, por formas organizativas descentralizadas y por una pluralidad teórica e ideológica, de bases sociales y de agendas políticas.

No obstante, como las demás experiencias de movilizaciones en los últimos tres años alrededor del planeta han demostrado, uno de los principales desafíos para los movimientos sociales sigue siendo el de organizar a una multitud de intereses diferentes, en su gran mayoría jóvenes, con escasa experiencia de participación política. En el caso de Brasil ello se hizo evidente, ya que gran parte de los millones de personas que tomaron las calles no poseen la cultura de protesta y resistencia, por el contrario, se trata de los mismos que hace poco tiempo condenaban o ignoraban las movilizaciones sociales y la lucha política. La verdad es que, al mirar en retrospectiva, nos parecería extraño que no se desplegara del ciclo de protestas en Brasil una serie de contradicciones, las cuales, en este artículo, buscamos tratar no como problemas insolubles u obstáculos infranqueables, sino más bien como desafíos, oportunidades y lecciones que se puedan aprender.

Amanhã vai ser maior...⁶

En 2013, Brasil entró en la lista de los países en convulsión social. En ellos pueden desarrollarse, desde abajo, alternativas concretas al sistema capitalista y a la democracia representativa, pero es necesario analizar los conflictos sociales desde la perspectiva global. En el caso de la lucha relacionada con el transporte público de Brasil las movilizaciones son en general locales, pues cada ciudad tiene la administración propia de su transporte, empero, se hace indispensable la articulación mucho más allá de lo local, ya que una misma lógica urbana hegemónica rige el desarrollo de todas las grandes ciudades del país –y también del mundo–. De esta forma, ha sido a partir de la lucha iniciada por decenas de personas –en sus propios barrios y ciudades contra el aumento de la tarifa de transporte público local–, que se ha desarrollado un gran movimiento heterogéneo de proporciones nacionales y alcance global. Un ejemplo de que las resistencias locales construyen utopías globales es que, en el mes de junio, hubo manifestaciones de apoyo y solidaridad internacional a las luchas en Brasil en cerca de cincuenta ciudades en todo el mundo. Tales manifestaciones internacionales de apoyo han sido importantes para incrementar la fuerza moral de los manifestantes locales y presionar al gobierno nacional desde afuera, divulgar y ampliar el conocimiento respecto de las diferentes luchas por todo el mundo y demostrar la fuerza, articulación e identidad de los problemas y de las resistencias locales alrededor del planeta.

Lo que está pasando en Brasil es la lenta construcción de una nueva cultura política. Algunos cambios ya son evidentes, por ejemplo, el hecho de que la política ahora es un asunto corriente, debatida en los espacios cotidianos de la gente y muchas veces, desde una inédita perspectiva crítica. Asuntos que antes eran considerados tabús ahora son abordados; lo que antes parecía utópico, muestra ahora toda su concreción, abriendo nuevos caminos y posibilidades tanto a las administraciones públicas como a la gente común. Emerge en el país, por lo tanto, una conciencia crítica, influenciada por las novedosas dinámicas de las redes so-

⁶ “Mañana será más grande...”.

ciales, que muy posiblemente cambiará profundamente la cultura política de las brasileñas y los brasileños. Hoy la clase política del país tiene mucho más cuidado al llevar a cabo sus decisiones políticas y acciones ocultas, pues se encuentra mucho más vigilada, así como la FIFA está repensando su omnipotencia después de observar, asombrada, al “país del fútbol” levantarse contra la Copa del Mundo.

Retomamos aquí la definición de Manuel Castells (2003) acerca de los movimientos sociales, que define como acciones colectivas que cambian los valores e instituciones de determinada sociedad, aun cuando fracasan. En el mismo sentido, los movimientos antisistémicos de este nuevo siglo nos llevan a considerarlos, en las palabras de Raúl Zibechi (2012), como “portadores de un nuevo mundo”, o en las palabras de Alberto Melucci (2001), como “profetas del presente”. Estos movimientos nos hacen explorar novedosas alternativas, institucionalizar nuevas prácticas sociales y cambiar el lenguaje de una época; son señales de la transformación de la lógica y la cultura política de nuestras sociedades.

Las semanas subsecuentes al primer ciclo de protestas de junio, fueron marcadas por diferentes protestas radicales por todo el país y por la articulación de los movimientos sociales. La posible disminución del ritmo e intensidad de las protestas, así como la ausencia de cobertura mediática, no significa una pérdida de fuerza de las movilizaciones. Recordemos que en el caso de los movimientos sociales, ser foco de los reflectores de los grandes medios es la excepción, no la regla. Es verdad que el alza de las tarifas del transporte público fueron revocadas en muchas ciudades, pero las demandas del MPL van mucho más allá –los graves problemas que generaron todo el malestar de la sociedad brasileña siguen sin soluciones y acosan diariamente a gran parte de la población–. Las respuestas y promesas de los gobernantes todavía no se han cumplido y dependen de la presión ejercida desde las calles. En el caso brasileño es posible que las movilizaciones mantengan su persistencia por algunos años. Pese a la radicalidad de las protestas, en 2014 se realizó la Copa del Mundo –con sus consecuentes violaciones a los derechos humanos–, y la FIFA pre-

sionó constantemente al gobierno para dar soluciones al “caos” en el país, incluso con amenazas de cancelar el mega evento deportivo. Si la Copa Confederaciones de 2013 fue una especie de entrenamiento para la Copa del Mundo de 2014, quizá las protestas actuales también sean entrenamientos para las movilizaciones que están por venir en los años posteriores, lo que dependerá de la capacidad de articulación y organización de los movimientos sociales para desarrollar luchas populares y resistencias masivas.

Bibliografía

Aguirre, C. (2010). *Movimientos Antisistémicos: Pensar lo antisistémico en los inicios del siglo XXI*. Rosario: Prohistoria.

Ato nacional tem ao menos 82 protestos e 52 bloqueios em rodovias. *En Folha de S. Paulo*. Recuperado en: <http://www1.folha.uol.com.br/cotidiano/2013/07/1309903-ato-nacional-tem-ao-menos-82-protestos-e-52-bloqueios-em-rodovias.shtml>

Castells, M. (2003). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza Editorial, Vol. 2.

Gohn, M. (2006). *Teorias dos movimentos sociais: paradigmas clássicos e contemporâneos*. São Paulo: Loyola.

Melucci, A. (2001). *A invenção do presente*. Rio de Janeiro: Vozes.

Nobre, M. (2013). *Choque de democracia: razões da revolta*. São Paulo: Companhia das Letras.

Pedro, R. (2013). *A presidente do Brasil no momento é a FIFA, diz Romário*. En Brasil de Fato. Recuperado en: <http://www.brasildefato.com.br/node/13441>

Zibechi, R. (2007). *Autonomías y emancipaciones: América Latina en movimiento*. Lima: UNMSM.

_____ (2012). *Brasil Potencia: entre la integración regional y un nuevo imperialismo*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.

El 15-M más allá de las plazas

Silvia Abadía y Marta Molina

El 14 de mayo de 2011 pocos imaginaron que al día siguiente se ocuparían las plazas y comenzarían, de manera inesperada, actos de desobediencia civil en todo el Estado español. Nadie hubiera vaticinado el nacimiento del 15-M, un movimiento que sirvió de antídoto frente al derrotismo en un presente marcado por la crisis, los planes de austeridad y los recortes. De este movimiento surgieron Los Indignados, quienes empezaron a ocupar el futuro y a mostrar el rostro real del sistema. Hoy el reto es que aquello que empezó como protesta y se transformó en movimiento, culmine en la construcción de otra sociedad “más allá de las plazas”.

El malestar social hacia el año 2010 no sólo era latente en las vidas y hogares de la gente, también se evidenciaba en el tejido social y colectivo. Los movimientos sociales, organizaciones de base y múltiples colectivos hacía meses, incluso años, que apuntaban a la crisis económica y política como las culpables de una situación de verdadera emergencia social. No obstante, les faltaba empezar a trabajar juntos con las personas que sufrían el impacto negativo de esta crisis –convertida en “estado de malestar” en sus vidas cotidianas– y que aún no estaban organizadas.

De la crisis al discurso contrahegemónico

Este malestar social –fruto de la crisis del sistema capitalista, de las crisis ecológicas, de valores y de las democracias–, no salió de la nada. Los escándalos financieros del Siglo XXI tienen respon-

sables y víctimas: los grandes ejecutivos de las transnacionales inflaron unas burbujas financieras que, al explotar, han dejado a miles de personas desempleadas y sin ahorros. Y, por supuesto, las entidades bancarias y los oligopolios financieros no son precisamente inocentes.

La española, en el fondo, es una crisis más que hace temblar al sistema capitalista y que necesita de la construcción de alternativas para seguir adelante; necesita imaginar otros caminos. Pero se trata de una crisis diferente porque es global, como lo fue el *Crack* financiero de Estados Unidos, y en su entorno se han enquistado distintas patologías. El sistema financiero se desmorona, las empresas presentan expedientes de regulación de ocupación y miles de personas se quedan sin trabajo. En España las cifras de desempleo llegaron a máximos históricos y la vivienda, que teóricamente es un derecho, se ha convertido en un lujo. Si a todo esto le sumamos que el planeta está enfermando, que cada día mueren de hambre 60,000 personas, que se toleran la estafa y el fraude, y como no hay mejor arma de control que el miedo, se crean nuevos enemigos y nuevos peligros. Estamos en crisis más que nunca, pero también en el mejor momento para desenmascarar el modelo económico neoliberal que nos llevó a ella.

Hace tiempo que la economía española está en una situación de emergencia. Hasta el pasado gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero —cuando estaba agotando los últimos cartuchos de su mandato— empezó a aplicar medidas nada socialistas, pero que aún así a la derecha le parecieron insuficientes. Desde 2008, en España se está rescatando a la banca con dinero que se extrae de los fondos públicos, es decir, de los presupuestos que supuestamente se destinan a construir el famoso “Estado de bienestar”.

Los jóvenes han sido, y aún lo son, las principales víctimas de esta situación. Con un desempleo superior al 40% entre personas de 16 a 25 años, desde hace tiempo se comenzó a escuchar en España el término “Generación Ni-Ni”: Ni estudia, Ni trabaja. El desempleo caracteriza a esta “generación perdida” que se unió al grito de indignación. Mientras, los que aún estudian chocaron de lleno con la privatización de las universidades derivada del Plan Bolonia.

Ante este panorama, la sociedad del Estado español no se ha quedado de brazos cruzados. Movimientos como el 15-M han sido capaces de construir un discurso contrahegemónico y alternativo al oficial. Al lapidario “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”, repetido por políticos y tertulianos en los medios comerciales, el 15-M responde “nos han robado por encima de nuestras posibilidades”, y que esto “no es una crisis, es una estafa”, al señalar prácticas legales que resultan ilegítimas, y otras totalmente ilegítimas pero que se consideran ajustadas a la ley.

En medio de esta crisis ha habido reacciones sociales inusitadas. La opinión pública empezó a apoyar la ocupación de edificios para alojar a personas desahuciadas, cuando antes del 15-M estas acciones se criminalizaban. Si preguntáramos ahora a la gente por la nacionalización de la banca o el impago de las deudas contraídas por una minoría, muchos estarían de acuerdo. El argumento parece quedar muy claro: la crisis tiene culpables y son las élites políticas y económicas –el 1% de la población–; y el 99% restante sufre las consecuencias. A todo esto, vale añadir que el movimiento ha conseguido aumentar el listón de la protesta y de las demandas populares como nunca antes había sucedido en el país.

Pero ¿por qué eclosiona el 15-M? ¿Por qué mucha gente que nunca se había movilizado o permanecía en su casa, víctima del desencanto, decide salir a la calle y empezar a organizarse?

Como dijimos, la gran crisis económica y social del sistema capitalista en la cual estamos inmersos fue el motor, el pivote que impulsó a miles de personas a movilizarse. El termómetro de la indignación social aumentó a medida que el 99% de la población –que iba empobreciendo y endeudándose cada vez más– se hartó de pagar los platos rotos de una crisis que no generó. La gente empezó a cuestionar, por ejemplo, que los sueldos de los directivos de empresas como Telefónica, Endesa, Repsol, Iberdrola u otras empresas del IBEX 35 –el Índice Bursátil Español formado por las 35 empresas con más liquidez– sean 90 veces superiores a los del asalariado medio. O que Telefónica anunciara en 2010 un recorte del 20% de la plantilla mientras declaraba beneficios un 20% superior a los del año anterior. La población indignada y los jóvenes “sin futuro” dijeron basta y

empezaron no sólo a opinar, sino también a proponer, a participar, a ocupar su futuro.

El reencuentro en la acción

Hay dos precedentes que consolidan –a la vez que ilustran– la presencia de los movimientos sociales organizados previa al 15-M, y los describimos a partir de la experiencia en la ciudad de Barcelona. El primero tuvo lugar un año antes de que estallara el movimiento de Los Indignados. El 1 de mayo del 2010, más de 50 colectivos, organizaciones políticas, sindicatos minoritarios y de la izquierda no institucional, se coordinaron para hacer una acción simbólica: la ocupación del lujoso Hotel Mandarin en el centro de la capital catalana. La importancia del hecho no estuvo centrada en su repercusión mediática, sino en la capacidad de coordinación de centenares de personas para llevar a cabo una acción de desobediencia civil que conllevaba ciertos riesgos; eso y el reencuentro de decenas de organizaciones, que por diferencias de tono y prioridades en sus discursos, nunca antes habían trabajado juntas. El objetivo: reencontrarse en la acción, construir confianzas, mirarse a los ojos, conocerse y trabajar juntos como personas que ahora tenían más luchas en común que nunca.

Meses más tarde el ambiente político estaba muy caliente y una huelga general empezó a proyectarse en los calendarios. Finalmente, los dos sindicatos mayoritarios del Estado español convocaron la huelga para el 29 de septiembre, pero tres días antes, algunos colectivos y movimientos sociales llamaron a una manifestación en la que se ocupó –de forma no simbólica– la antigua sede del Banco Español de Crédito, situada en medio de Plaza Cataluña, en el centro de la ciudad de Barcelona. Esa acción denotó que más allá de la capacidad de encuentro y organización de los movimientos sociales, había un amplio descontento social y una necesidad colectiva y generalizada de hacer algo al respecto.

El apoyo social y público que había recibido una acción tan contundente como la ocupación de un edificio, superaba la amplia capa de personas y colectivos políticamente organizados y alcanzaba a sectores de la sociedad que hasta el momento habían

permanecido apáticos e indiferentes ante la situación política y social. Centenares de personas de todas las edades y procedencias llegaron al “banco ocupado” y muchas de ellas reconocieron haber recuperado la esperanza en la lucha. Durante tres días el banco ocupado se convirtió en un espacio anónimo e informativo por el que pasaron miles de personas, muchas de ellas en busca de una respuesta, de una forma de lucha y con la voluntad de poner sus habilidades al servicio del cambio y la organización.

Además, esa primera huelga general sirvió a los pequeños núcleos organizados para coordinarse desde la base territorial, es decir, en comités de barrio. Por primera vez, la huelga no sólo se articulaba con base en los comités obreros y sectoriales que demandaban derechos laborales o criticaban las políticas en este ámbito. La huelga del 29 de septiembre comprendía aspectos transversales que afectaban a toda la sociedad. Además de protestar contra la reforma laboral —que en esos momentos se discutía en el gobierno—, era un clamor de rechazo generalizado a la situación económica y política. Por tanto, se hablaba de una huelga social: una huelga en la cual trabajadores organizados, así como el resto de la sociedad, podía participar.

Este discurso nuevo se había estado tejiendo en anteriores convocatorias, como la del 1º de mayo, en donde se insistía en la integración de todas las personas de la sociedad, independientemente de su estado legal, profesión, sexo y origen. Pero el discurso se había comenzado a llevar a la práctica desde meses atrás, cuando en una junta de comités sectoriales de diferentes sindicatos se había invitado también a otras personas organizadas a formar comités territoriales, esto es, comités de barrio que acabarían convirtiéndose en asambleas de barrio.

De las calles del barrio al internet y a las redes sociales; luego, de nuevo a las calles

A partir de la primera huelga general celebrada en septiembre, un profundo silencio pareció apoderarse de la conciencia social. Sólo algunas pequeñas manifestaciones y una fracasada huelga en febrero, convocada por los sindicatos minoritarios, alteraron el

monótono ritmo de las calles. Sin embargo, algo se estaba tejiendo en las redes sociales.

Un murmullo contagioso se iba extendiendo a través de internet. Fue, en un principio, una campaña de rechazo a la Ley Sinde, una disposición legal que pretendía, entre otras cosas, regularizar el intercambio libre de contenidos culturales a través de internet y que, como consecuencia, generaba herramientas legales para prohibir, censurar y penalizar a centenares o miles de sitios web y afectaba a una infinidad de usuarios. A raíz de esta ley impulsada por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) –en ese momento en el gobierno–, sitios web muy frecuentados comenzaron una campaña de protesta. En ella se señalaba a los dos grandes partidos políticos del país –el Partido Popular y el Partido Socialista– como culpables. Esta manifestación, inédita en las redes, en breve se convirtió en un debate que llenó los foros cibernéticos de críticas que ya no sólo hablaban de una ley injusta, sino de un sistema político y una situación económica y social insostenible.

A lo largo de los meses las campañas pasaron de los sitios web a las redes sociales, pero también de las relaciones virtuales a las “reales”, en la calle. Se conformaron pequeñas asambleas en universidades y en plazas de todo el Estado español. Y las diferentes campañas crearon un espacio de coordinación estatal a partir del cual convocaron las movilizaciones del 15 de mayo, con el lema “Democracia Real Ya”.

Las campañas de descontento en la red como “Juventud Sin Futuro”, “No les votes” o “V de Vivienda”, empezaron a coordinarse en una plataforma de Facebook para organizar una mega manifestación y construir un espacio de reunión en el que participaran otros colectivos. Al principio no tenía nombre. Era simplemente la “Plataforma de coordinación de grupos pro-movilización ciudadana” y después, cuando eligieron el lema de la manifestación –Democracia Real Ya (DRY)– se lo quedaron como nombre.

En el silencio de las redes se fue armando una convocatoria para el 15 de mayo. Un 15 que a todos sorprendería y que llenaría las calles de 50 ciudades del Estado español de gente indignada y con ganas de ser el motor de cambio en su barrio,

en su ciudad, en su país. Muchos nunca se habían manifestado públicamente o en las calles, y este era su primer contacto con un movimiento político.

Ocupar las plazas

La convocatoria a la manifestación del 15-M –con hora de llegada y finalización– dio lugar a las acampadas, a la ocupación de las plazas que aglutinaron a multitudes indignadas.

En Madrid, por ejemplo, fueron unas 40 personas las que decidieron acampar en la Plaza del Sol –lugar en dónde se convocó para la megamarcha del 15-M–. Era un tema que se había discutido previamente siguiendo el modelo egipcio, pero no hubo consenso y DRY se desvinculó de las acampadas en un primer momento. Aún así, muchas de las personas que se quedaron eran de DRY. Ese 15 de mayo, al finalizar las marchas, un grupo de bomberos decidió acampar en la Plaza del Sol, en el centro de la ciudad, para reivindicar sus derechos laborales. Muchas personas los acompañaron, pero la policía los reprimió y desalojó esa misma noche. No obstante, este primer desalojo tuvo el efecto contrario. A la tarde siguiente centenares de tuits, tanto en Madrid como en Barcelona, llamaban a concentrarse en las plazas. Llamaban a acampar.

Fue sin duda el poder de las redes sociales el que llevó a la gente a las plazas. Pero fue en las plazas donde se generó un nuevo poder, un espacio de politización para la mayoría y un lugar de encuentro y organización.

Para los que nunca antes se habían organizado fue un proceso difícil, un proceso de aprendizaje. La gente empezó a organizarse en pequeñas comisiones de trabajo y todas ellas se constituían en espacios autónomos. Unas eran temáticas y las otras se encargaban de aspectos logísticos de la plaza. En ellas y de ellas comenzaron a surgir una serie de prácticas y dinámicas experimentales que, aunque no todas se distinguieran por ser las mejores, las más apropiadas o correctas para el momento, sí fueron un intento de construir nuevas formas de hacer política y por tanto, se convirtieron en procesos enriquecedores en todos los aspectos. Así empezaron las comisiones logísticas e internas de la plaza, la

cual se convirtió en una razón de lucha y en un espacio en donde se empezaban a compartir experiencias de colectivización.

Tomaremos como punto de partida experiencias concretas que sucedieron en la Acampada de Plaza Cataluña, en Barcelona, para ilustrar los procesos que se vivieron en otras acampadas.

Las primeras comisiones se crearon a raíz de las necesidades más básicas para resistir en la ocupación de la plaza. Éstas trataban aspectos logísticos o técnicos como los de cocina, infraestructura, comunicación, difusión, actividades, etc. En ellas se generaron procesos colectivos muy intensos de sociabilización, politización y encuentro. La mayoría de ellas estaban conformadas por personas que pasaban la mayor parte de su tiempo en la plaza, y por tanto, los vínculos que se crearon entre sus integrantes eran muy fuertes, básicamente porque para la mayoría fue su primera experiencia de lucha, pero también de colectivización y comunicación de un todo. Las personas comían, bebían, dormían juntas y pasaban la mayor parte del día trabajando en una causa común. Estos jóvenes –y no tan jóvenes–, al principio desconocidos entre sí, encontraron su *leitmotiv* en la plaza, su digna lucha en y para la plaza. Estas comisiones se coordinaban en un espacio llamado *intercomisiones*, donde además de solucionar problemas internos de la vida en la plaza, también se acordaban aspectos a tratar en la asamblea general. Sin embargo, muchas de estas comisiones enfocaron todos sus esfuerzos en la permanencia en la plaza, olvidando sus demandas más inmediatas y dejando de lado otras formas de vivir el movimiento de Los Indignados, es decir, ignorando maneras más accesibles para personas que, por trabajo u otro tipo de responsabilidades, no podían invertir todo el tiempo en ese espacio, pero que estaban dispuestos a hacerlo desde sus nichos.

De la euforia a la organización o como ejercer la democracia participativa

Por otro lado, y siguiendo con el caso de la acampada de Plaza Cataluña, las comisiones temáticas eran más abiertas y en ellas se discutían temas de interés público como las políticas de vivienda,

el sistema sanitario o educativo, el medio ambiente, la realidad migratoria y sus leyes, la diversidad sexual y física o el feminismo. Todas formaron grupos de discusión en los que podían llegar a trabajar hasta cien personas. Las dinámicas internas se movían entre los procesos de aprendizaje y concientización y el pragmatismo de consensuar una serie de puntos mínimos, relacionados con propuestas –la mayoría legislativas–, para solucionar las problemáticas consideradas más urgentes. Sin embargo, en la mayoría de los casos la voluntad de obtener unos puntos mínimos de un consenso para traspasarlos a la asamblea general y así ver reflejado, reconocido e incluso legitimado el trabajo en las comisiones, convertía al proceso en un mero trámite burocrático, visto desde el exterior como un reflejo del inoperante funcionamiento del aparato gubernamental.

El discurso de la plaza fue un discurso con muchas palabras y diversos significados, a menudo contradictorios entre ellos. Durante los dos primeros días la asamblea general trató de consensuar un manifiesto conjunto. Al final del segundo día se optó por no tener un manifiesto, sino miles de ellos y ninguno oficial. En realidad, la plaza era un caos de acciones, palabras e ideas aparentemente ordenado por una asamblea general, aparentemente encerrado en el nombre de Los Indignados. Aparentemente era una plaza, pero fueron millones de personas dentro de una sola. ¿Cómo alcanzar un consenso real entre miles de personas prácticamente desconocidas entre sí? ¿Cómo lograr una voz para dialogar con el gobierno? ¿Cabía la posibilidad de negociar algo con los representantes gubernamentales? ¿Se podían plantear demandas comunes? ¿Cómo dar respuesta a lo que buena parte de la sociedad se preguntaba? ¿Hubiera sido posible hacer todo eso sin violar los principios básicos del movimiento? Ningún liderazgo, ningún partido y ningún sindicato: consenso, democracia, horizontalidad y transformación. Pero, ¿cómo se ejerce la democracia participativa?

La asamblea general era el máximo espacio de encuentro de todas las personas participantes del movimiento de Los Indignados, era el altavoz de la plaza, el medio de comunicación entre los de dentro, pero también hacia los de fuera –simpatizantes del

movimiento y la sociedad en general—. En ocasiones también se daban otros debates como el de cuándo salir o no de la plaza, si abandonar la plaza ante la amenaza de un desalojo, o ante las elecciones estatales, o qué métodos de defensa utilizar, o qué era legítimo hacer o qué no lo era. Otra de las grandes dificultades fue solucionar cómo abordar los debates públicos entre tantas personas. Las dinámicas utilizadas en la asamblea eran intentos de gestionar un poder inmenso y creciente de manera horizontal y democrática, pero en su práctica rozaban la burocracia típica de los órganos de gobierno. Los diferentes quehaceres para organizar la asamblea diaria y llevarla a cabo eran los que, supuestamente, debían garantizar que fuera democrática. Para estimular la asamblea había una comisión llamada “de dinamización”. Era un espacio abierto, heterogéneo y muy complejo en donde confluían todos los intereses internos de la plaza y donde más poder se gestionaba. Otro proceso necesario era el establecimiento de un orden del día, pero, ¿cómo decidirlo?

La “lista de la compra” y la demanda 1: No desalojar la plaza

En el caso de Barcelona, en el orden del día, buena parte del tiempo se destinaba a las comisiones temáticas. Éstas mostraban sus propuestas de puntos mínimos como resultado de sus procesos de discusión, con el fin de que la plaza los aprobara, los legitimara. Pero, ¿cómo realizar una votación entre 5,000 personas? El objetivo era llegar al consenso, así que si había más de 20 manos que votaban en contra de la propuesta, esta volvía a la comisión. *Voilà*: una de las razones que explican la lentitud reinante en los procesos de toma de decisión. No había forma de aprobar una serie de puntos porque siempre había algunos que votaban en su contra. Pero vayamos más allá: ¿qué realmente se votaba y para qué? Los puntos que las diferentes comisiones ofrecían a la plaza eran propuestas legislativas que, en caso de ser aprobadas por la mayoría, pasaban a formar parte de un “documento de mínimos” que al final, con el afán de no “excluir a nadie”, en vez de mínimos se convertía en una “lista de la compra” que aglutinaba viejas y nuevas demandas de los movimientos sociales. Este documento

sería, en su finalidad, una especie de “carta a los reyes magos” que el movimiento 15-M pedía al gobierno. ¿Cuál era realmente el sentido de esto? ¿Acaso los políticos que habían dejado al país y la situación en ruinas harían algo para levantarlo? ¿Cuál fue el fruto de los más de 100 puntos que fueron incluidos en el documento de mínimos oficial de la Acampada de Plaza Cataluña? ¿Ninguno? Pues tampoco.

La lista de la compra impidió atender los procesos participativos y de concientización que se estaban generando, y la obsesión momentánea de no querer desalojar la plaza provocó un desgaste inevitable. Con el paso de los meses, la necesidad de re direccionar y canalizar la euforia inicial en nuevos espacios –ya fueran territoriales, sectoriales o temáticos– parecía la única posibilidad de supervivencia del 15-M. Pero el mantenerse en la plaza se convertía en la primera demanda del movimiento y en un punto débil para su estrategia, y la lista de demandas no hizo más que perpetuar la posición de un estado paternalista frente a una población pasiva.

El verdadero fruto fueron los procesos de aprendizaje hacia una cultura de la participación, de educación y de concientización que se dieron en miles de personas. Y no sólo al respecto de los temas que cada comisión trataba, sino también en cuanto a la capacidad de discusión, de organización horizontal y asamblearia y al empoderamiento personal.

Elecciones: la crisis de la democracia y la desobediencia civil

No fue casualidad que la marcha del 12 de mayo se realizara justo una semana antes de la celebración de los comicios electorales españoles. El surgimiento del 15-M se daba a la vez que el pseudo gobierno socialista estaba en el poder. El Partido Socialista Obrero Español había arrastrado su última legislatura a través de la mayor crisis económica de la historia, con políticas centristas y con dinámicas tecnocráticas que no habían hecho nada para aliviar la situación de millones de personas, ni para rendir cuentas a las instituciones públicas y bancarias que habían provocado la crisis.

Por tanto, sólo unos días después del surgimiento del inesperado movimiento 15-M y de la ocupación de las plazas, el movimiento tendría que superar dos retos importantes: el primero de ellos, posicionarse frente al proceso electoral y a las opciones de votación; el segundo, resistir a una ley que podría acabar con las acampadas de todas las plazas: la ley que establece el Día de Reflexión y que prohíbe la propaganda política el día anterior y el mismo día de los comicios electorales.

En el primer caso, las voces del movimiento eran tan múltiples y diversas que ninguna de las plazas del Estado español fue capaz ni se atrevió a hacer un posicionamiento o una recomendación en torno al voto. Las plazas asumieron su papel como espacios informativos, de reflexión y de debate, por ello se limitaron a informar a la población acerca del sistema electoral y de las implicaciones que tiene cada voto, además de generar debates y discusiones alrededor de los posibles resultados electorales.

Aunque el proceso en general resultara muy satisfactorio para todas las personas participantes del 15-M, los resultados negativos de las elecciones no fueron una sorpresa para nadie. El Partido Popular, partido de derechas, entraría de nuevo al poder gracias a la abstención, a los votos nulos, a los votos a partidos minoritarios o directamente, a la voluntad de no ejercer el voto útil (voto al PSOE) de miles de personas que habían tomado una serie de posicionamientos, entre otras cosas, gracias a la influencia y a la información que se generó en las plazas. La crisis del sistema democrático, de instituciones políticas y de los partidos tradicionales estaba más latente que nunca.

En el segundo caso se produjo un hecho insólito y que marcaría la historia política del estado español. Mientras la Junta Electoral Central de España prohibía a los partidos políticos cualquier tipo de manifestación política pública en las calles del país para conseguir el voto, haciendo sin duda referencia a las acampadas de Los Indignados, en decenas de plazas las personas decidieron ejercer una primera demostración generalizada y explícita de desobediencia civil.

El triunfo de este fenómeno no sólo le daría más fuerza y legitimidad a todo el movimiento, sino que además, empoderaría

a las miles de personas que lo conformaban y aumentaría las condiciones para la posibilidad del cambio de sistema que todos anhelaban. La desobediencia civil, en definitiva, se instalaría como una de las tácticas más utilizadas y efectivas por el movimiento de Los Indignados y buena parte de los colectivos y movimientos políticos que surgirían después de él.

Desobediencia civil, represión y resistencia

En Madrid y en Barcelona se decidió abandonar las plazas y continuar el trabajo en los barrios. Hasta estos días, siguen en funcionamiento decenas de grupos que insisten en la construcción de alternativas y en la organización de base para construir otra sociedad.

Hoy ya no se ocupan tantas plazas, pero se resiste a los desalojos y cada vez más gente ve positiva la desobediencia civil. Esto implica también correr mayores riesgos porque el gobierno ha endurecido el código penal para castigar los actos de desobediencia cívica. La represión y la criminalización de la protesta se vuelven cada vez peor y ya son varios los activistas encarcelados o que tienen juicios pendientes con posibles penas de cárcel. El intento de criminalizar la protesta para distanciar al movimiento de la opinión pública fue una estrategia que el gobierno utilizó desde el primer momento, pero no lo consiguió, y cada vez le resultó más difícil debido a la amplia opinión pública a favor del movimiento.

Cuando empezaron a ser las personas mayores quienes promovían encierros y ocupaban ambulatorios, o las que se encerraban en la bolsa de valores, u ocupaban autobuses para reivindicar precios asequibles en el transporte público, ponían de manifiesto la pluralidad del movimiento. ¿Ellos también eran criminales? Sin embargo, los procesos de represión continuaron con el fin de poder aplicar recortes en los presupuestos sociales –y otras medidas polémicas– por las buenas o por las malas. Y “las malas” significa con detenciones, multas y golpes de porra. El objetivo resulta evidente: generar miedo en la gente.

De la indignación a la acción. Hacia una cultura de la participación

Un año después de que el 15-M eclosionara en las plazas, se convocaron manifestaciones en todo el Estado. Éstas demostraron que el movimiento continuaba con buena salud, sólo que se había retirado a los barrios y pueblos para desarrollar un trabajo más sectorial. A la hora del balance, el triunfo del movimiento fue su papel como detonante de la conciencia en amplios sectores de la sociedad, antes apáticos o indolentes. Las manifestaciones extendieron la indignación en el imaginario colectivo y generaron conciencia social, pero además se consiguieron implementar una serie de prácticas y dinámicas assemblearias basadas en la organización de las personas y coordinación de colectivos a través de los que se han ganado pequeñas victorias de carácter defensivo. Un ejemplo claro es la acción de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), quienes han frenado decenas de desalojos de personas que no pueden afrontar sus hipotecas. Con esto nos referimos a la obra social de la PAH, esto es, a las decenas de edificios ocupados y destinados a viviendas para familias que han perdido su hogar, concretamente, una decena de edificios en Cataluña y otra decena en el resto del Estado español.

La PAH es un claro precedente del tipo de acciones de resistencia que ya existían antes del 15-M y que se fortalecieron. Fue creada en 2009 por un grupo de activistas sobre el derecho a la vivienda que coincidieron en el colectivo “V de Vivienda”. Al principio, tenía como objetivo ser un punto de unión en el que prestarse apoyo mutuo y el impulso de la legislación de la dación en pago. En noviembre de 2009 comenzaron acciones más tangibles, consistentes en la paralización de desahucios. Pronto contó con una fuerte estructura, sobre todo en Murcia y Cataluña, y fueron surgiendo más delegaciones por todo el país. Ahora forma parte de la plataforma Democracia Real Ya, y miles de activistas del 15-M la adoptaron como un ejemplo de lucha para que la vivienda deje de ser un lujo y se convierta en un derecho.

El 15-M ha impulsado el interés de *los de abajo* por reapropiarse de la política, hoy en manos de los políticos profesionales que

copan las instituciones. Este punto, que hoy resulta muy evidente, no lo era tanto antes del 15-M. Consignas como “No somos una mercancía en manos de políticos y banqueros”, o la denuncia del mecanismo de “puertas giratorias” –trasvase continuo de políticos a la gran empresa privada y de ejecutivos a las instituciones– son aportaciones de Los Indignados. Otras consignas como “De la indignación a la acción”, fueron utilizadas en algunas ciudades el 15 de octubre del 2011 en una convocatoria global impulsada por DRY y apoyada por las asambleas de acampadas y Barrios, pero también por otros movimientos como *Occupy Wall Street*.

Esta consigna ilustra perfectamente las repercusiones del movimiento 15-M en el comportamiento de la sociedad. Al principio, el movimiento se centró en el discurso, la reivindicación y la crítica. Ahora había pasado a organizarse y a actuar de acuerdo con sus objetivos y planteamientos.

Protesta global

En un contexto de protesta global –la primavera árabe, sobre todo en Túnez y Egipto, o el referéndum en Islandia en el que el pueblo se negó a asumir la deuda con los bancos británicos y holandeses– se empieza a romper con la resignación. Pensar que se pueden cambiar las cosas es el primer paso para efectivamente cambiarlas, y ésta es una de las grandes aportaciones del 15-M. Esta nueva conciencia permitió el acercamiento de un conjunto de imaginarios colectivos que antes estaban aislados o eran acrítricos con el sistema al no ver una posibilidad más allá del catastrófico *status quo*.

La situación económica general permitió, además, que el movimiento y amplias capas de la sociedad se encontraran en el mismo paraguas de indignaciones y reivindicaciones. En el Estado español los ciudadanos están pagando el rescate de la banca, y éste fue otro elemento que avivó la protesta. De ahí también la infinidad de formas creativas de protesta inspiradas por colectivos como FLO6X8, que ya un año antes del 15-M empezaron a protestar contra de los bancos bailando flamenco y cantando bulerías críticas contra el sistema bancario en las oficinas centrales en las

horas de más afluencia de clientes. De ahí surgieron otros colectivos de *artistas* que se dedicaron a colapsar la mayor cantidad de oficinas de bancos a la vez, durante una mañana, con base en pequeñas acciones que no se pudieran identificar *a priori* como activismo, tales como ingresar un céntimo en la cuenta y volverlo a sacar, llevar tu basura orgánica a la puerta del banco o montar un concierto en la oficina.

Más allá de las plazas

El movimiento ya se ha convertido en varios movimientos y colectivos, cada uno con sus propias formas de hacer. Sin embargo, aún son una mayoría los que rechazan la entrada en la política de partidos, a pesar de que algunos grupos están en el proceso de crear un partido o actor político. Mayoritariamente, el movimiento 15-M va hacia la creación de un tipo de sociedad que ya empezó a cambiar sus hábitos de consumo, ocio, trabajo y vida en general. El papel del movimiento ha sido clave, por ejemplo, a la hora de llevar a cabo la desobediencia como respuesta al cambio en la sanidad pública, que excluía del servicio a los inmigrantes sin papeles. En Madrid han sido las asambleas las que más han apoyado al colectivo Yo Sí Sanidad Universal, y se han formado grupos de acompañamiento a los inmigrantes que necesitan servicios médicos para –siguiendo un manual elaborado por médicos, administrativos, etc., del servicio de salud que son quienes han formado este colectivo–, conseguir que sean atendidos esquivando la ley a través de los laberintos del sistema.

De todas formas, el movimiento pide un cambio de sistema, no un cambio de partido en el poder, y seguramente será muy pronto –viendo la crisis en la que está inmerso ahora el Partido Popular– cuando se defina un “a dónde” y un “cómo”. Quitando futuros posibles y pasados gloriosos, el 15-M sigue siendo en muchas ciudades un catalizador y dinamizador social.

Del 15-M lo más sorprendente fueron sus primeros meses –la parte más explosiva, más participativa, más creativa– y el número de personas participantes en ella, que demostraron una cultura en desarrollo. Las protestas del 15 de mayo tuvieron una

participación nunca vista en España en varios años, con 25,000 manifestantes sólo en Madrid. Pero su mayor logro fue que no quedaron en una anécdota de un sólo día. A raíz de estas manifestaciones, miles de personas comenzaron a acampar en las plazas de sus ciudades, sobre todo en Madrid y Barcelona, donde nacieron pequeñas ciudades de Indignados que se mantendrían durante más de un mes y se auto gestionaban de manera democrática, a través de la celebración de asambleas multitudinarias y la labor de diferentes comités de trabajo.

A partir de ahí hay algo que no tiene vuelta atrás: hablamos de toda la cultura generada y que se introdujo en muchos seres humanos. Por eso el 15-M pasó de ser una protesta social a algo más. La clave está en el “quiénes”. Dentro del movimiento ha habido desde el principio gente experimentada en movimientos sociales, a los que se han sumado los que nunca se movilizaron por nada. Estos últimos han vivido una experiencia única que les ha cambiado a ellos y su visión del mundo, empoderándoles. Otra clave fue la “pura necesidad”, porque no es lo mismo protestar por un asunto que te importa pero que no cambia sustancialmente tu vida cotidiana –como puede ser una situación de conflicto en otro país–, a directamente vivir una situación que no deja más camino que la acción como forma de defensa –el 50 por ciento de desempleo juvenil, la gente que se ha quedado sin hogar y ha pasado a luchar para que otros no pierdan también sus hogares, los miles de estudiantes que ya no pueden hacer frente a las tasas universitarias y tienen que abandonar los estudios–.

Sin duda la experiencia de las acampadas y la cohesión producida entre sus participantes llevó también a que éstos no dieran por concluida la protesta y la asumieran como una forma de vida.

Tres años después de la eclosión del 15-M, la indignación ha crecido en las calles, pero las políticas de recortes se han multiplicado. No hay que desesperar, dicen algunos, pues para cambiar las cosas y hacer la revolución hace falta una “lenta impaciencia”. La crisis es de larga duración y, por tanto, la resistencia debe ser también de largo recorrido. Los tiempos no siempre son iguales: se aceleran, se comprimen o se abren nuevas oportunidades. Por ejemplo, los meses de mayo y junio de 2011 fueron de gran in-

tensidad que a lo mejor equivalían a años de lucha. La irrupción del 15-M ha supuesto una cuña en la barrera del miedo, ha llevado la indignación a la calle y se le ha caído la careta al sistema. El 15-M le dio un rostro a la indignación social. Hoy en día son muchos quienes consideran que esto no es una crisis sino una estafa, un robo, un expolio. La gente ha empezado a abrir los ojos frente a la lógica que impera y que mueve a este sistema. ¿Pero cómo avanzar hacia otro tipo de sociedad? Hay sectores que ya están trabajando en ello y encontramos múltiples iniciativas en el marco de la economía social y solidaria, y los medios de comunicación independientes que apuntan hacia otros modelos de consumo más horizontales y transparentes. Además, muchas personas decidieron romper la enajenación social a través de la regeneración de vínculos sociales en los barrios, en los pueblos y en las ciudades. Ellos son el rostro de una naciente colectividad social que surgió un 15 de mayo y que ahora camina más allá de las plazas.

Occupy Wall Street: resistiendo en el corazón del imperio

Andalusia Knoll

Occupy Wall Street (OWS) surgió en septiembre de 2011. En su etapa de mayor impacto, movilizó a más de un millón de personas en los Estados Unidos de América (EUA) con el lema de “Somos el 99%”. Al decir “Somos” denunció el aumento de la desigualdad y el poder ilimitado de las corporaciones, que representan el 1%. Pero “Somos el 99%” eran miles de cosas a la vez: estudiantes, personas denunciando los altos intereses de las hipotecas, gente luchando contra la destrucción ambiental, inmigrantes y trabajadores exigiendo sus derechos y mucho más. El movimiento se inspiró en la “Primavera Árabe” y se definió como un movimiento no-violento y sin líderes.

Pero *Occupy Wall Street* no era un movimiento, sino un momento. Un momento en el que miles de personas despertaron y se dieron cuenta de que el sistema estaba arruinando la vida de la mayoría de la población; fue un momento en el que millones de estudiantes habían terminado la universidad y en vez de encontrar un trabajo relacionado con su carrera, se encontraron desempleados y con grandes deudas bancarias; un momento en el cual miles de personas que habían trabajado toda su vida para comprar una casa, ahora estaban perdiéndolas por las hipotecas infladas.

El nacimiento de OWS fue un momento que nadie pudo imaginar: ni los integrantes de la revista canadiense *Adbusters* –donde se publicó el primer llamado a “ocupar” Wall Street–, ni los activistas veteranos.

Pasaron muchas cosas en el micro mundo de OWS, tantas que ningún escritor, cronista o periodista lograron capturarlas. En el siguiente ensayo no pretendo más que dar una perspectiva de que lo viví y de lo que lo vi; cuento lo siguiente desde mi punto de vista: el de una mujer blanca, activista, nativa de Nueva York (NY), que ha participado en otros movimientos sociales en los últimos 15 años, particularmente en el movimiento antiglobalización y promigrante. Nunca dormí en el parque ni fui a todas las juntas ni a todas las marchas, pero sí... yo fui parte de *Occupy Wall Street*.

El 17 de septiembre del 2011, alguien me invitó a ocupar una plaza en el centro financiero de la ciudad de NY. Quería participar, pero estaba lloviendo y tenía que trabajar. Pocos días después pensé nuevamente en ir, pero imaginé que la policía ya había desalojado a los *occupy's*. Sin embargo, días más adelante pasé frente al campamento y vi que había pocas personas. Pocas, pero todas con la determinación de quedarse en el parque, aunque la lluvia por aquellos días fuera muy intensa.

Dos semanas después de que OWS había iniciado la manifestación, en la prensa nacional se dio a conocer una noticia: la policía había disparado gas pimienta contra varias mujeres que eran parte de una protesta no-violenta. Las imágenes se difundieron rápidamente en las redes sociales y mucha gente se llenó de indignación. Al día siguiente, miles de personas marcharon y tomaron el simbólico Puente de Brooklyn. En un primer momento la policía permitió a los manifestantes subir al puente, pero una vez arriba, los uniformados arremetieron contra los manifestantes y arrestaron a seiscientas personas, incluso a adolescentes que acompañaban a sus familias. La indignación fue todavía mayor. Ese fue, según pienso, el momento en el que nació *Occupy Wall Street*.

En los días posteriores, académicos, músicos y gente del espectáculo identificada como de izquierda empezaron a visitar a los *occupy's*. Iban a cantar o a dar charlas. Pronto empezaron a nacer campamentos por todo el país y en otras partes del mundo. Se estima que en su momento de mayor auge hubo 348 ocupaciones en todo el planeta, de las cuales 186 corresponden a EUA. El *Occupy Oakland*, en California, fue uno de los más grandes

y nombraron su campamento Oscar Grant, en honor al joven afroamericano asesinado por la policía en la estación Fruitvale, del metro de Oakland, el primer día del año 2009.

Somos el 99%

El lema “Somos el 99%” realmente tenía un poco de magia: buscaba unir a la gente encontrando las cosas comunes en vez de resaltar las diferencias. No importaba si eras maestra, recolector de basura o ama de casa; lo que importaba es que todos juntos éramos el 99% y estábamos contra el 1%.

Uno de los primeros comunicados del movimiento *Occupy* proclamaba:

Apelamos a ustedes en un momento en el que las corporaciones, que ponen por encima el beneficio a las personas, sus propios intereses a la justicia, y la opresión a la igualdad, son las que manejan nuestros gobiernos. Nos hemos reunido aquí pacíficamente, pues es nuestro derecho, para que se conozcan estos hechos (*Occupy*, 2011)⁷.

Vale recordar que en el 2011 la sociedad de EUA vivía la grave crisis económica generada –en el 2008– por la “quiebra” de grandes corporaciones bancarias –demasiado grandes para quebrar–. En aquel entonces el gobierno norteamericano se dio a la tarea de “rescatar” a los banqueros prestándoles billones de dólares, como si se tratara de algo imprescindible, como si no pudiéramos sobrevivir sin ellos.

Dos años después de la quiebra, el pueblo estadounidense vio que esos mismos bancos –que estaban al borde del colapso dos años antes– tenían grandes ganancias, mientras el pueblo en general sufría los costos del rescate bancario. La indignación se hizo aún mayor cuando se dio a conocer que más de 50 millones de estudiantes se endeudaron con los bancos por los préstamos universitarios –esto significa casi una sexta parte de la población

⁷ “We come to you at a time when corporations, which place profit over people, self-interest over justice, and oppression over equality, run our governments. We have peaceably assembled here, as is our right, to let these facts be known”. Traducción de la autora (*Occupy*, 2011).

total actual en EUA—. Fue éste el escenario en el que apareció OWS: un escenario en el que mucha gente de la clase media estaba sufriendo por no tener trabajo ni vivienda.

Es importante señalar que el campamento de OWS se instaló muy cerca de la Zona Cero, lugar en el que 10 años y 6 días atrás, el 11 de septiembre del 2001, cambió profundamente la política en EUA y la del mundo entero. Ese día, además de la caída de las Torres Gemelas y de los cientos de muertos y heridos, también comenzó una política de violación a los derechos civiles, de vigilancia extrema, aumento al presupuesto militar y el lanzamiento de guerras en Irak y Afganistán. También inició, aquel día, la implementación de un estado policiaco en la ciudad, el cual todavía permite que la policía siga controlando la vida cotidiana de la gente.

El campamento empezó a crecer rápidamente. Contaba con un área para dormir, otra para comer, una para leer y una más para discutir. La gente se solidarizó y donó una gran cantidad de comida, libros, medicinas, carpas y más. En algún momento sentí que toda la gente que conocía estaba participando de una forma u otra. Esto incluía a mi propia familia, compañeros de trabajo, amigos y amigas. Todos colaborábamos de alguna forma: lavando la ropa de los “Indignados”, operando transmisiones en vivo de video, construyendo bici-generadores para dar luz a todo el equipo, haciendo danza prehispánica en ceremonias en la plaza, creando arte y carteles, asistiendo a las marchas, o como yo, haciendo radio y entrevistando a la gente sobre sus perspectivas del movimiento. Gustavo Magallanes, mexicano con el que tuve la oportunidad de compartir algunas reflexiones sobre las entrevistas que hacía, escribió lo siguiente sobre los *Occupy*:

En estas plazas ocupadas se está construyendo una forma de resistencia al capitalismo entre vecinos, compañeros de trabajo, compañeros de escuela, familiares. Gente que ya no quiere seguir con las condiciones de vida que impone el capitalismo: miedos, humillaciones, burlas y vejaciones. Y que por el contrario quiere construir una forma de vida digna (Magallanes, 2012)⁸.

⁸ Gustavo Magallanes Guijón es profesor en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado diferentes trabajos sobre movimientos sociales. La

Occupy Wall Street era muchas cosas a la vez, por lo que surgieron muchos grupos de trabajo. Cada persona empezó a involucrarse en las áreas que más les interesaban: desde desempeñar tareas logísticas o financieras, hasta encargarse de lo ambiental, justicia alimentaria, trabajo, arte, cultura, medios de comunicación, etc.

Cada noche había asambleas con cientos de personas repitiendo las palabras de cada orador en una especie de “micrófono humano”. Las bocinas no estaban permitidas y la repetición de las frases era algo realmente simbólico: uno a uno nos uníamos para amplificar las voces de los otros. La práctica del “micrófono humano” empezó a ganar adeptos: en una ocasión, un grupo de maestras y estudiantes asistieron a un mitin para exigir al gobierno mayor presupuesto a las escuelas públicas. Las maestras y sus alumnos entraron al mitin haciendo “micrófono humano” para repetir sus demandas y amplificar sus voces.

Un atributo de *Occupy Wall Street* fue su gran impacto mediático, especialmente en medios internacionales como el periódico mexicano *La Jornada*, el cual dedicaba una sección especial a los “Indignados”. Esto permitió mostrar a la gente de América Latina y de otras partes del mundo que existía un movimiento social en las entrañas del imperio.

Es importante señalar que NY es una ciudad de millones de personas, cada una viviendo su propio rol; es una ciudad donde priva el individualismo, donde la gente pasa mucho tiempo viajando para llegar al trabajo y pasa aún más tiempo trabajando. Aunque existen espacios públicos, son realmente pocos los que se ubican en el centro de la ciudad. De estos últimos, no hay uno sólo que genere espacios de intercambio. Por eso *Occupy* rompió esquemas y fue tan atractivo: la imagen de ver a decenas de personas debatiendo sobre los muchos caminos de la vida, era, además de bella, inusual.

Sin embargo y pese a la unidad de *Occupy*, hacia el interior existían distintas formas de entender el movimiento. Una compañera, por ejemplo, recopiló en un *blog* las distintas voces críticas

reflexión de él que aquí se comparte es parte del ensayo “Ocupemos *Wall Street*”, el cual aún no ha sido publicado. Reproducimos este apartado con el permiso del autor.

de la ocupa –la mayoría de ellas de gente negra–, sobre la falta de demandas tradicionales:

Tal vez lo más esperanzador y emocionante sobre *Occupy*, manifestado en sus múltiples campamentos a lo largo de todo el país, es de hecho su desorden, su incapacidad para ser por lo menos cohesivos. No promueve líderes ni se inclina a las formas convencionales del poder político. De manera refrescante, en nuestros tiempos de revolución profesional y negociación pragmática, *Occupy* se rehúsa a ser una representación oficial (Lo, 2012)⁹.

***Occupy*: una réplica de la sociedad que le dio vida**

Aunque OWS se declaró como un movimiento sin líderes, en los hechos, como en cualquier otro movimiento en el mundo, surgieron liderazgos. La mayoría de ellos eran hombres jóvenes, blancos, de clase media. Muchos no eran de NY. A pesar de esto, *Occupy Wall Street* emergió como algo nuevo que rompía con los esquemas de los actores tradicionales en los movimientos sociales estadounidenses: los sindicatos y las Organizaciones No Gubernamentales (ONG's). Sin embargo, OWS no reconocía a viejos actores y grupos dotados de toda legitimidad, movimientos o colectivos que han existido por décadas, ya fuera de mujeres, afroamericanos, pobres, migrantes, gente sin techo y un largo etcétera.

El día en que OWS se reunió para aprobar el comunicado más importante de su historia como movimiento, un grupo de gente del sur de Asia llegó a participar y escuchó la discusión. Se trataba de la declaración general de *Occupy Wall Street*, el documento con el que el movimiento se presentaba ante el mundo. En un primer borrador, la declaración señaló que “como pueblo anteriormente dividido por raza, género, orientación sexual, religiosos o ateos, filiación política y formación cultural, reconocemos que en realidad

⁹ “Perhaps the most hopeful and exciting thing about Occupy, manifested in its many camps spread nationwide, ironically, is in fact its disorderliness, its inability to even just be cohesive. It does not heed leaders or pander to conventional forms of political power. Refreshingly, in our time of professionalized revolution and pragmatic bargaining, Occupy refuses to officially represent”. Traducción de la autora.

solo hay una raza, la raza humana, y nuestra sobrevivencia depende de la cooperación de todos los miembros” (*Occupy*, 2011)¹⁰.

Días después, Hena Ashraf –cineasta, fotógrafa y promotora de los medios de comunicación independientes–, escribió sobre su experiencia en aquella asamblea. En su escrito decía que el manifiesto no era realista pues no se han logrado superar todas las divisiones, especialmente en un país que se ha caracterizado por el racismo. Hena resaltó cómo la mayoría de la gente que estaba en la asamblea la miraba con desdén por llevar un turbante y un *hijab*, una prenda femenina islámica que cubre la mayor parte del cuerpo. Es irónico si recordamos que OWS dijo inspirarse en la “Primavera árabe”. Hena insistió sobre la necesidad de ser honestos. Al final, la declaración de *Occupy Wall Street* mantuvo su carácter incluyente, pero sin enunciados poco o nada realistas (Ashraf, 2011).

A raíz de aquella asamblea el grupo Ocupa de Gente de Color (POC, por sus siglas en inglés) también conocido como POC-CUPY. Este grupo se enfocó en resolver problemas de raza entre los ocupantes de los campamentos, pero más que nada buscaba asegurar que la lucha por la justicia racial fuera una parte clave de *Occupy Wall Street*. También surgió una crítica fuerte por parte de los pueblos nativos contra el nombre *Occupy Wall Street*. Un activista del pueblo Nishnaabe, John Paul Montano, escribió una carta a OWS subrayando el hecho de que *Wall Street* ya era una ocupación de tierras indígenas. Fue a partir de ese debate que muchos integrantes de *Occupy Wall Street* empezaron a usar el término *descolonizar*, para reconocer que también se estaba luchando contra el colonialismo y el neocolonialismo en todas sus formas.

Como ya mencionamos, *Occupy Wall Street* empezó porque muchas personas de la clase media estaban sufriendo la crisis económica. A ellos y ellas se sumaron millones de afroamericanos que han vivido bajo el racismo y la pobreza desde la fundación de los EUA. Entonces surgieron otras interrogantes: ¿qué lugar existía para los inmigrantes en el movimiento OWS? ¿Cómo podían

¹⁰ La versión final del manifiesto quedó de la siguiente forma: “As one people, united, we acknowledge the reality: that the future of the human race requires the cooperation of its members...”.

explicar que no sólo las corporaciones, sino todo el sistema era responsable por el empobrecimiento de la gente?

Los integrantes de POCCUPY lograron visibilizar las problemáticas de las comunidades no blancas, sobre todo temas como criminalización, encarcelamiento y brutalidad policiaca. Sin embargo, no todos en OWS lograron captar este mensaje y algunos sólo se limitaban a hablar sobre el 1%, es decir, sobre los ricos que controlan el mundo. Los medios oficiales también contribuyeron con esta división: cuando las protestas de OWS eran reprimidas y había imágenes de policías golpeando a gente blanca, los medios daban una cobertura inusual, pero cuando la policía detenía y golpeaba a jóvenes afroamericanos, la represión simplemente no era noticia.

Lo anterior provocó que comunidades enteras de inmigrantes se empezaran a movilizar en barrios lejanos a la ciudad. Pronto los siguieron otros barrios que organizaron foros en los parques y centros comunitarios, de tal forma que aquellos que no podían viajar a *Wall Street* por falta de recursos o por otros motivos, tuvieran una alternativa para organizarse.

De pronto, las pequeñas células que se habían desprendido de OWS comenzaron a tener gran apoyo. En el Bronx, por ejemplo –uno de los condados más marginados de NY–, cuando una huerta comunitaria estaba siendo desalojada por la policía, mucha gente de *Occupy The Bronx* llegó a protestar contra el desahucio.

Occupy en español; Indig-Nación; y La Otra Campaña NY

En Nueva York hay hablantes de más de 800 idiomas, y uno de los principales es el español. En las primeras semanas del movimiento OWS surgió una asamblea en este idioma. De ahí emergió un grupo dedicado a producir el periódico *Indig-Nación*. La medida fue sumamente acertada, sobre todo si contemplamos que muchos migrantes latinoamericanos en NY no tienen acceso a internet, y que la mayoría de la información que se generaba sobre OWS solo circulaba por las redes sociales. Los miembros de *Indig-Nación* se dedicaron a distribuir el periódico en varias docenas de barrios latinos por la ciudad.

Por su parte, el Movimiento por la Justicia del Barrio –adherente a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona del Ejército Zapatista de Liberación Nacional–, mostró la experiencia zapatista al resto de los integrantes de OWS. La solidaridad llegó a tal grado que los integrantes de *Occupy Wall Street* se dieron a la tarea de firmar un comunicado en solidaridad con los zapatistas.

En apenas unas semanas, los *occupy's* comenzaron a convertirse en un nodo en el que distintos grupos y colectivos –con sus propias experiencias y demandas– confluyeron.

Los inmigrantes también son parte del 99%

La ciudad de NY no sólo es un destino principal para muchos migrantes. Simbólicamente, a través de la estatua de la libertad se representa la supuesta “libertad norteamericana” y una invitación al sueño americano. Por eso se entiende que NY sea una ciudad de migrantes: 50% de la población está en esa condición o es familiar de migrantes.

A un mes de surgir OWS, nació un grupo de trabajo que buscaba justicia para inmigrantes y aliados. Me integré participando desde *Families for Freedom* –organización que lucha contra el sistema de detenciones y deportaciones– y otros colectivos.

La meta del grupo de trabajo era denunciar públicamente a las corporaciones que roban el sueldo de sus trabajadores, que impulsan la construcción de centros masivos de detenciones e informar sobre el aumento de las deportaciones. Otro objetivo de este grupo fue ilustrar el despojo de tierras que realiza el 1%, lo cual provoca la migración forzada.

Occupy Wall Street fue el primer movimiento que surgió después de la resistencia anti globalización de entre siglos, la cual perdió su fuerza luego de las represalias contra las protestas anti Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en la ciudad de Miami en 2003. Pero, a diferencia del movimiento anti-globalización, *Occupy* estaba enfocada en la problemática de los estadounidenses, sin poner atención a la gente de otros países.

Nuestro grupo organizó talleres y logró colocar a *Occupy* en un contexto mundial a través de explicaciones básicas sobre el

neoliberalismo e imperialismo. También organizamos una marcha y una asamblea de “micrófono humano” multilingüe por el Día Internacional de los Migrantes (18 de diciembre).

Desafortunadamente, los seguidores de *Occupy* en las redes sociales criticaron a nuestro grupo argumentando que los inmigrantes no eran parte del 99%; otros, dijeron que los grupos de inmigrantes al interior de *Occupy* sólo existieron para dividir al movimiento; unos más criticaron nuestras tácticas porque, supuestamente, eran “menos combativas” que las acciones de otros grupos al interior de OWS. Pero es necesario tomar en cuenta que marchar sin permiso en NY es un acto ilegal que amerita detención por parte de la policía y el riesgo aumenta cuando quien marcha es un migrante, que incluso con documentos, puede ser deportado y separado de su familia, comunidad y trabajo.

Uno de los participantes más activos del grupo de OCCUPY, Sonny Singh, lamentó que fuera necesario pedir el permiso de la policía para realizar una marcha de gente diversa: “Me gustaría saber cómo sería construir algo no autorizado, sin el permiso de los autoridades que detestamos, donde gente de todas las generaciones puedan participar con un nivel básico de seguridad” (Singh, 2011).

El desalojo

En diferentes países del mundo tener un campamento de protesta es algo que puede ser una de las cosas más comunes, pero para los estadounidenses no es así, porque la mayoría de las leyes lo prohíben. *Zuccoti Square*, el lugar donde estaba el campamento, es una plaza privada de una empresa de bienes raíces muy poderosa. El hecho de ser propiedad privada implica que no tiene las mismas reglas de los espacios públicos y cierran a determinada hora nocturna. La gente de OWS no sólo logró quedarse y acampar en la noche, sino que además la renombró, simbólicamente, como *Liberty Square*.

Pero aunque no existía una ley para desalojar a los *occupiers*, el gobierno encontró una manera a hacerlo, pues no estaban dispuestos a tolerar que en el centro financiero del mundo existiera

un campamento de miles de personas criticando al sistema. Fue igual para los otros ocupas, quienes eran una piedra en el zapato para los distintos gobiernos.

La madrugada del 15 de noviembre la policía llegó a *Liberty Square* a expulsar a los manifestantes, aprovechando que muchos estaban dormidos y que el apoyo de quienes no dormían en el campamento sería menor.

La policía cerró todas las estaciones del metro cercanas para evitar que la gente se solidarizara y llegara a resistir el desalojo. En esa madrugada me llegaron una gran cantidad de mensajes, *tweets* y llamadas advirtiéndome que la policía estaba desalojando la plaza; entré a un *videostream* en internet y vi lo que estaba sucediendo. En ese momento me pregunté qué podía hacer yo ante el desalojo y también me pregunté si estaba dispuesta a arriesgarme en apoyo al movimiento.

En América Latina muchas comunidades están dispuestas a luchar hasta la muerte. En los EUA es diferente: estamos mucho más preocupados por ser detenidos y perder nuestro empleo. Aunque me preocupé por la misma razón, sentí que debía ir a la plaza para resistir el desalojo. Subí a mi bicicleta y pedaleé hasta el centro. Me encontré con una gran concentración de policías la cual tenía, entre otras cosas, una máquina excavadora que devoraba los libros de la biblioteca y destruía las pertenencias de los *occupiers*. Era un momento muy desalentador ver con tus propios ojos la represión contra tus compañeras y compañeros sin ser capaz de hacer algo.

La noche siguiente logramos retomar *Liberty Square* para realizar una asamblea. Yo fui con el Comité de Justicia de Inmigrantes. Fue un momento inspirador que mostró la fortaleza del movimiento: a pesar del desalojo, muchos estábamos dispuestos a continuar con la ocupación. Supimos entonces que la necesidad de tener un cambio profundo en el país había llegado.

Esa misma noche, una reportera buscaba la oportunidad para entrevistar a *occupiers* y un compañero dominicano de nuestro grupo respondió que él quería hablar. Ella no creyó que él fuera parte de *Occupy* porque no tenía el *look* de la ocupa. Los medios masivos de comunicación, como siempre lo hacen, reforzaron el

racismo que ya existía al interior. Lo hicieron reconociendo sólo a los que se quedaban en la plaza, la mayoría de ellos jóvenes blancos. Ellos eran los protagonistas de la ocupa para estos medios.

Dos días después del desalojo se cumplirían dos meses de *Occupy* y, en vez de realizar una celebración como se tenía planeado, realizamos una movilización en protesta por el desalojo. Más de 40,000 mil personas marcharon con la consigna de que podían desalojar a la gente, pero no lograrían desalojar una idea.

Parecía difícil lograr ocupar la plaza nuevamente: pronto empezaría el invierno y la policía revisaba a quienes entraban a la plaza para asegurarse de que no llevaran algo que pudiera ser usado para acampar.

De ahí surgió la noción de que *Occupy* no sólo era un movimiento: era más un concepto, era gente movilizándose, rechazando un sistema que había aceptado durante toda su vida.

Occupy post ocupa

Un mes después del desalojo se realizó una gran marcha en *East New York* —un barrio marginado de la ciudad— para tomar una casa abandonada y apoyar a una familia sin techo para vivir en ella. Hubo mucho apoyo de la gente en el barrio y también de organizaciones de gente sin casa.

El día primero de mayo era visto como una nueva primavera del movimiento; un día para inyectarle energía. *Occupy* anunció que se organizaría un paro, pero no se logró debido a la falta de enlaces con los sindicatos y con otros trabajadores. La idea de organizar un paro surgió del éxito obtenido por una acción idéntica encabezada por el *Occupy* de Oakland, California, donde se paralizó la ciudad y el puerto más importante del Océano Pacífico con el apoyo de miles de personas.

Siempre existió la crítica de que *Occupy* nunca miró hacia atrás para reconocer el papel que han jugado movimientos sociales en otros momentos de la historia. Eso se evidenció el primero de mayo, un día importante para los y las trabajadoras del país que, aunque no se celebra oficialmente en EUA, está presente en la memoria colectiva de la sociedad. OWS tampoco se percató que

desde 2006, cuando miles de inmigrantes se levantaron contra leyes racistas y xenofóbicas, esa fecha se convirtió en un día para exigir los derechos de migrantes.

Desafortunadamente los *occupiers* ni siquiera reconocieron el papel de los migrantes en este día, pero gracias a la dedicación del grupo de trabajo de Justicia de Migrantes, la marcha se unió a otros sectores como migrantes y trabajadores.

Aunque los medios casi no lo mencionaron, entre diez y veinte mil personas marcharon en las calles celebrando, bailando, gritando consignas y reviviendo la energía de la ocupa, el movimiento que muchos pensaban muerto.

Nuestro grupo de trabajo de justicia para migrantes organizó manifestaciones para protestar frente a negocios, oficinas y corporaciones que explotan inmigrantes. El objetivo era denunciar sus prácticas y exigir mejores condiciones y sueldos para sus trabajadores. Pensamos que, con suerte, participarían en estos mítines unas cincuenta personas, pero al final llegaron más de quinientos manifestantes, quienes aprovecharon el poder del colectivo para evidenciar a los abusadores.

Muchos de nosotros nos quedamos con la idea de que *Occupy* no había muerto, que sólo estaba reformándose, reagrupándose y respirando el aire de la primavera para seguir adelante. Pero esto era demasiado optimista porque, después del primero de mayo, la energía y el apoyo disminuyeron visiblemente.

Algunas personas organizaron *Occupy Town Squares* en varias plazas en la ciudad de NY, intentando recrear espacios de intercambio como los que habían existido en *Liberty Square*, Pero hizo falta difusión y la gente no acudió a las convocatorias. Los medios masivos de comunicación dejaron de cubrir *Occupy* y estas pequeñas acciones no llegaban a la población.

Un año después

En su primer aniversario, resurgió el dinamismo de *Occupy*. Aunque la calle de *Wall Street* no estaba ocupada por manifestantes sino por la policía, los *occupiers* lograron retomar la plaza para una asamblea; había gente tocando música, bailando y charlando. Me

junté con algunos amigos, quienes habían sido muy activos en el grupo de POCCUPY y uno de ellos comentó “puedo acordarme de todos los problemas, desafíos y racismo que existió en la ocupa. Pero en este momento, olvídale. Esta *madre* está bien bonita.”

Aquel día entrevisté a mucha gente. Les pregunte sobre sus sentimientos en el aniversario de la *Occupy*. Muchos contaron que la experiencia había cambiado sus vidas y que el concepto seguía en sus corazones. Hablé con una chica adolescente del sur del país, quien me comentó que antes era una persona sin techo, sin confianza para hablar con otras personas, pero su participación en *Occupy* le permitió sentirse parte de algo.

Mucha gente habló sobre las relaciones que había formado durante OWS, es decir, en una ciudad de casi nueve millones de personas, donde los movimientos sociales están divididos y muchas personas no tenían la oportunidad de conocerse.

Ocupando un huracán

Más de un mes después de su aniversario, *Occupy* tomó un camino que nadie hubiera imaginado. El huracán Sandy pasó por la ciudad de Nueva York con tal fuerza que provocó millones de personas damnificadas; miles de ellas quedaron sin hogar. El sistema de transporte dejó de funcionar y el auxilio no llegaba a las miles de personas que estaban viviendo sin luz, calefacción ni comida.

Esto ya lo habíamos visto antes con Katrina, un huracán que, combinado con la negligencia del gobierno, generó una de las peores crisis sociales en EUA, en donde la población de pobres y afroamericanos vivió las peores afectaciones. Yo era ingenua y pensé que NY iba a recibir mucho más apoyo en una crisis cómo la generada por Sandy: no fue así. Igual que durante el huracán Katrina, los ricos de la ciudad salieron hacia lugares fuera de la zona de riesgo. Miles de residentes pobres que habitaban en viviendas públicas no tenían esta opción. Muchas de estas viviendas están en edificios de entre diez y veinte pisos; los ascensores dejaron de funcionar y mucha gente mayor quedó atrapada en los pisos más altos, sin posibilidad de conseguir víveres.

Así surgió *Occupy Sandy*. Cientos de voluntarios fueron los primeros en llegar a lugares lejanos, como la costa sur de la ciudad pegada a la playa, donde mucha gente resultó afectada. Mediante las redes sociales de OWS, los voluntarios aprovecharon los millones de contactos que tenían para organizar acopio para los damnificados. En muchas de las comunidades donde *Occupy Sandy* ya estaba operando, llegó la Guardia Nacional y la Cruz Roja varios días después y tenían que pedir consejos a la gente de *Occupy*. Esto provocó una dinámica interesante, pues muchas casas en un área afectada pertenecían a policías –posiblemente quienes antes habían desalojado OWS–, sin embargo, los *occupiers* de igual forma ayudaron a reconstruir sus casas.

¿Aún continúa *Occupy*?

Necesitaría utilizar todos los capítulos de este libro para hablar de las derivaciones en que se transformó *Occupy*, pero quien se merece una mención especial es *Occupy Debt*, que organizó grupos de estudio para investigar el sistema de préstamos con la finalidad de ayudar a la gente a salir de endeudamientos terribles por las altas tasas de interés. Este grupo juntó dinero y compraron las deudas de muchas personas, sobre todo las generadas por la adquisición de seguros médicos.

También surgió una universidad libre con “clases” de *Occupy*, donde se abordaban los temas del poder de las corporaciones y la globalización, sobre todo para los estudiantes de las universidades públicas y también para los que no tenían oportunidad de ir a estas universidades. Otra organización procedente de OWS fue *Occupy Cooper Union*, que surgió cuando el gobierno quiso cobrar una cuota en la última universidad de la ciudad que era gratuita. Ellos ocuparon la universidad y exigieron que no se introdujera dicha cuota.

Insisto en que *Occupy Wall Street* era un momento y no un movimiento; sí, era un momento histórico, uno que me llena de nostalgia pero también de tristeza, porque pareciera que al final perdimos el esfuerzo del momento y no logramos convertirnos en un movimiento.

Un día, al escuchar en la radio una entrevista a un consejo de activistas veteranos, uno de ellos comentó que el movimiento de derechos civiles tardó 20 años en lograr la mayoría de sus metas. Eso me hizo a reflexionar y pensé que *Occupy* podía seguir por 20 años más. Pero no era la realidad.

Los estudiantes no están menos endeudados. Peor aún: hoy, las corporaciones que prestan dinero a los estudiantes para pagarse la universidad están intentando subir las tasas de interés. La gente que perdió sus casas no ha logrado recuperarlas. Y el 1% sigue igual de rico.

Pero eso no significa que no logramos algo. Cambiamos el debate e impulsamos un dialogo nacional e internacional sobre la grave desigualdad en EUA. Mostramos que la gente con grandes diferencias podían unirse, desde abajo, amparados por el lema “Somos el 99%”. Y sobre todo, logramos hacer que dormir, comer, marchar, llorar y bailar juntos, fuera un camino más en la búsqueda de un nuevo amanecer.

Bibliografía

- Ashraf, H. (2011). Brown power at Occupy Wall Street. En *Racialicious*. Recuperado en: <http://www.racialicious.com/2011/10/03/brown-power-at-occupy-wall-street-92911/>
- Lo, P. (2012). The New Normal: This militarized empty lot called home. En *In front and center*. Recuperado en: <http://infrontandcenter.wordpress.com/2012/02/02/the-new-normal-this-militarized-empty-lot-called-home/>
- Magallanes, G. (2012). *Ocupemos Wall Street*. Documento inédito.
- Occupy Wall Street. (2011). First Official Release from Occupy Wall Street. En *Occupy Wall Street*. Recuperado en: <http://occupywallst.org/forum/first-official-release-from-occupy-wall-street/>
- Singh, S. (2011). Beyond Barricades and Privilege: Reflections from the #OccupyWallStreet Community/Labor March. En *In front and center*. Recuperado en: <http://infrontandcenter.wordpress.com/2011/10/06/beyond-barricades-and-privilege/>

De hijos de la democracia a padres de la revolución. El movimiento estudiantil y el fin del consenso neoliberal en Chile

Raúl H. Contreras Román

*Nosotros no somos hijos de esta democracia,
sino padres de una revolución...
Sabemos que somos herederos de un modelo,
pero lo somos en la medida que queremos cambiarlo.
Y eso ha marcado mucho a la generación de estudiantes...
que hoy están movilizados.*

Eloísa González¹¹

La transición a la democracia y el consenso neoliberal

El modelo neoliberal aplicado a ultranza en Chile desde 1975¹², tiene como principal característica la simbiosis de un sistema profundamente liberal en lo económico con uno extremadamente conservador en lo político. Esta simbiosis encuentra su fundamento en la Constitución Política de 1980, redactada y proclamada durante la dictadura, donde, a la vez que se establecen las directrices de un modelo económico abierto al libre mercado, se minimiza el rol del Estado y se instauran los candados que aseguran el cinturón de castidad política para impedir que dicho orden sea modificado.

La transición a la democracia iniciada en el país en 1990, luego de diecisiete años de cruenta dictadura, se ocupó de legitimar

¹¹ Palabras dichas por Eloísa González en entrevista para el documental *Al otro lado de la cordillera*.

¹² Este año es señalado como el de las primeras modificaciones hacia la apertura de la política económica nacional, promovida por la entrada de los economistas neoliberales al Banco Central y a carteras estratégicas de la dictadura militar, iniciada en 1973 tras el golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende.

y profundizar el modelo al mismo tiempo que fortaleció las bases institucionales para su reproducción, en el marco del consenso neoliberal en el que se reconocerán política e ideológicamente el duopolio de representación parlamentaria: Concertación¹³ y Alianza por Chile¹⁴. Así las cosas, los gobiernos de la postdictadura administraron el modelo agenciando sus cambios, siempre cosméticos, en torno a las transformaciones que el propio modelo experimentaba a nivel global y como forma de perfeccionamiento de la explotación y opresión de la mayoría.

Chile, considerado desde finales de los ochenta la versión más exitosa del experimento neoliberal, tuvo durante la década del noventa su época dorada¹⁵, cuando el crecimiento macroeconómico convivió con la ampliación de la desigualdad, que comenzó a ser ocupada como el principal cuestionamiento al consenso que sustentaba el modelo. Frente a ello, la Concertación integrará a su discurso el “Crecimiento con equidad”, consigna con la que llegará a la presidencia Ricardo Lagos, tercer mandatario concertacionista y primero de militancia socialista en la postdictadura.

La equidad, ocupada como eslogan, será subvertida por el presidente socialista en el marco de una agenda pro crecimiento y una administración bajo el paradigma de la “tercera vía”, en la cual la política pública será concesionada para ser aplicada por intermediarios privados subvencionados con fondos públicos, y aparecerán como los reales responsables de la calidad de los servicios, pese a que su objetivo sea el lucro. Con nuevos aires y aparente rostro humano, terminaría por consolidarse y llevarse a la práctica el paradigma de las “Soluciones privadas a problemas públicos”, propuesto por economistas de derecha desde comien-

¹³ La Concertación de Partidos por la Democracia es el bloque de oposición que, aunado a partidos de centro y centroizquierda, gana la presidencia luego de la derrota en plebiscito del dictador Augusto Pinochet. Este bloque se mantendrá en el poder hasta comienzos de 2010, ocupando cuatro periodos presidenciales consecutivos.

¹⁴ Coalición que agrupa a los dos principales partidos de la derecha chilena: Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN). Si bien esta coalición, en la que se han encontrado la derecha tradicional y la derecha surgida del giro ideológico neoliberal de la dictadura ha tenido varios nombres, desde el 2000 se ha identificado así.

¹⁵ Durante esta década la economía chilena triplicó la tasa media de crecimiento del mundo en su conjunto. El crecimiento del Producto Interno Bruto per cápita de Chile se situó en un 4.8%, mientras que en América Latina alcanzaba un 1.8% y en el mundo un 1.7%. La época dorada de los noventa se interrumpe antes del término de esa década por la Crisis Asiática que golpea fuertemente a la economía chilena desde 1997.

zos de la transición, con lo que se consolidan el lucro y el endeudamiento de los chilenos quienes, junto a la intensa extracción minera, forestal, agroindustrial y salmonera, estarán en la base del patrón de acumulación chileno.

El consenso neoliberal en Chile gozó de excelente salud gracias a la política de acuerdos que la Concertación instaló con políticos de derecha, el empresariado nacional y transnacional y la jerarquía castrense ligada a las violaciones de los derechos humanos en la dictadura. Las cifras macroeconómicas de los noventa, junto a la estabilidad económico-política de comienzos del Siglo XXI, fundamentaron un discurso de exitismo y, sobre éste, el del dispendio económico, pregonando que dichas cuestiones debían necesariamente reflejarse en el bienestar de la población y en el mejoramiento de su calidad de vida.

Los primeros síntomas de malestar de dicho consenso comenzarán a expresarse a finales del gobierno de Ricardo Lagos, cuando los fraudes estadísticos¹⁶ ya no parecían lograr obnubilar el verdadero rostro de la pobreza, disfrazada como acceso al consumo vía el sobre endeudamiento de la población. La paciencia de los chilenos por la llegada de la alegría prometida por la Concertación para derrotar la dictadura, se estaba acabando.

La respuesta de las cúpulas gobernantes a una crisis de legitimidad —que comenzaba a anidarse en la sociedad chilena y era capitalizada por una derecha que veía cada vez más cercana su llegada al gobierno—, fue el intento de volver a establecer el nexo necesario con la ciudadanía, el nuevo pueblo, con la cual los estadistas habían cortado relaciones desde el triunfo del NO en las urnas.¹⁷ El gobierno ciudadano fue la promesa que llevó a

¹⁶ Las cifras de reducción en las tasas de pobreza, de un 38.4% en 1990 a 14.4% en 2011, ocultan la realidad de la pobreza del país toda vez que ocupan formas y criterios de medición establecidos a finales de la década de los ochenta. La canasta básica de alimentos —base para establecer las líneas de pobreza e indigencia en el país— medida en la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN), supone insumos básicos considerados en la Encuesta de Presupuestos Familiares del Instituto Nacional de Estadísticas en 1988. No obstante, la medición de la pobreza no considera las transformaciones en las dinámicas de consumo ni en la diversificación de las necesidades en un país donde la mayoría de los servicios básicos han sido privatizados, y en donde existe un subsidio mínimo para el acceso de la población más pobre a los mismos.

¹⁷ La salida a la dictadura chilena pactada por la élite política nacional, la oposición democrática y el tutelaje estadounidense, se realizó vía un plebiscito en el que la oposición enarbó la opción NO frente al SÍ que representaba la continuidad en el poder del dictador Augusto Pinochet.

La Moneda —el Palacio de Gobierno chileno— a Michelle Bachelet, quien a pocos meses de tomar el poder enfrentará el primer rugir ciudadano: La Revolución Pingüina —que inaugurará el ciclo de protestas aquí analizado—, la cual demostró el fiel compromiso concertacionista con las políticas neoliberales y su incapacidad para responder a las demandas ciudadanas reales.

La continuidad en la agenda neoliberal, el fortalecimiento del consenso a espaldas del pueblo —que gracias al despertar estudiantil comenzaba a salir lentamente del letargo como terapia contra el trauma fascista—, y la emergencia de una derecha populista que aprovechó la descomposición del tejido social popular para extender redes clientelares y una masa cautiva en torno al discurso de la seguridad, la meritocracia y el emprendimiento, hicieron a la Concertación perder la presidencia y elevar al poder a una derecha que con maquillaje ejecutivo y gerencial aparentaba ser un nuevo sector, distante tanto de la oligarquía criolla tradicional, como de los militares de la dictadura.

Así, en 2010, llegará a la presidencia Sebastián Piñera quien, luego de un primer año tranquilo y de consenso nacional en torno a dos tragedias usadas hasta el hartazgo como herramienta de ilusoria cohesión social¹⁸, enfrentará en 2011 y 2012 el momento más agudizado del ciclo de protestas, en que la crisis de legitimidad se hará evidente y estará *ad portas* de transformarse en una crisis política, gracias a la conformación de un amplio movimiento social que desde la lucha por la educación se transformará en un movimiento contra el lucro y el consenso neoliberal.

La educación y el consenso neoliberal

La instalación del neoliberalismo en Chile se basó en dos tipos de exterminio: el económico y el político. El primero, ejemplificado con la ola privatizadora de las empresas y propiedades estatales; y el segundo, en la desarticulación del tejido social, las limitaciones a la asociación política y la sindicalización, agenciadas por la represión directa y por las modificaciones a la legislación laboral.

¹⁸ El terremoto del 27 de febrero de 2010 y el derrumbe, en agosto del mismo año, de la Mina San José, en la que quedaron atrapados 33 mineros.

Con base en dichos exterminios operó el desmantelamiento del Estado de bienestar, basado en la ideología de la inoperancia del sector público en la economía y en la libertad individual, para resolver en el mercado dimensiones antes asumidas como derecho. De ahí que las llamadas “grandes modernizaciones” de la dictadura buscaran en todos los sectores la plena participación del capital privado, nacional y transnacional, así como la transformación del ciudadano en capitalizador individual y consumidor de servicios –entendidos como bienes de consumo–, de los cuales el Estado era, a lo más, subsidiario. En la reforma laboral y la de salud, pasando por la previsional, la de concesiones mineras y la privatización de la industria nacional, se plasmarán dichos objetivos.

En materia educacional la cuestión no fue diferente. La represión política vía la persecución de profesores y estudiantes cercanos al gobierno de la Unidad Popular –como se conocía a la agrupación de partidos y al gobierno que presidió Salvador Allende entre 1970 y 1973–, junto a la intervención a las universidades, la designación de rectores y el cierre de diversas carreras de humanidades, pedagogías y ciencias sociales, operaron como mecanismos para el quiebre del tejido social construido por la organización estudiantil y magisterial, lo que significó un retroceso en torno a la democratización de las universidades y del rol social de la educación, asumido durante más de cuatro décadas de formación del Estado desarrollista y, muy especialmente, por las conquistas del movimiento estudiantil en la Reforma Universitaria.¹⁹

En el plano económico, la dictadura comenzó a desarrollar un modelo de gestión tendiente a dismantelar la educación pública en todos sus niveles, reduciendo el gasto en educación a la mitad de lo asignado en la etapa anterior. La Constitución de 1980, en su artículo 11, consagraría la libertad de enseñanza

¹⁹ Desde los años treinta del Siglo XX, Chile orientó una política de desarrollo nacional que buscó promover la industrialización y el fortalecimiento del Estado de bienestar. Ilustrativo para el caso aquí tratado, es que uno de los primeros mandatarios de este proceso, Pedro Aguirre Cerda, tuviese como pilar fundamental de su gobierno la educación, a la que asignaba una importante función social y la que concebía como gratuita, única, obligatoria, laica y garantizada por el Estado. Estos principios estarán presentes en todo este periodo hasta 1973 y tendrá una de sus máximas expresiones en el proceso de reforma universitaria iniciada en 1967, que buscó la democratización de las universidades, la ampliación de su cobertura y la gratuidad, bajo el lema “Universidad para todos”.

como el derecho de “abrir, organizar y mantener establecimientos educativos”; asimismo, en el artículo 10 de la misma Constitución, el Estado se deslindó de la responsabilidad de educar en las familias: “Los padres tienen el derecho preferente y el deber de educar a sus hijos. Corresponderá al Estado otorgar especial protección al ejercicio de este derecho”. La libertad de empresa, aunada al desplazamiento del Estado como garante del derecho a la educación a protector del ejercicio del mismo, abrió un importante nicho de negocio que en lo sucesivo pondrá a la educación como una de las ramas más dinámicas de la economía nacional.

La Ley General de Universidades de 1981 consolidó y puso en práctica lo que, en materia educacional, consignó la Constitución. Mediante esta ley, la dictadura fragmentó las dos principales universidades públicas del país: las que contaban con sedes regionales, subdividiendo dichas sedes en universidades autónomas; y las que tenían aún menos solvencia económica. La fragmentación del sistema universitario, junto al intento de desarticular el movimiento estudiantil nacional, buscó distanciar al Estado de la educación universitaria, descentralizando la gestión y promoviendo la búsqueda de fuentes privadas de financiamiento. Con ello las universidades fueron arrastradas a promover el autofinanciamiento, llevado a la práctica a través del cobro de colegiatura, acabando con la gratuidad y con los aranceles diferenciados en las universidades públicas y privadas tradicionales (existentes antes del golpe de Estado), promoviendo con ello una progresiva *reelitización* del sistema universitario.

Mientras tanto, la dictadura promovió la municipalización de la educación en sus niveles básico y medio. Este modelo de gestión buscó, igual que en el caso de las universidades, descentralizar y promover un progresivo abandono del Estado de la labor de garantizar el derecho a la educación, vía la apertura de ésta al mercado. Las municipalidades, eslabón más débil de la organización política del país, debían responsabilizarse de la gestión de la educación pública, mientras el Estado, por medio del ministerio del ramo se encargaba de la supervisión técnica. La crisis de este sistema, que no fue modificado en la postdictadura, y el

favorecimiento de un modelo de subvención al emprendimiento privado en educación primaria y secundaria, permitió un crecimiento exponencial de la matrícula en los sectores particular y particular subvencionado, en desmedro de la educación pública, sin que ello mejorase los niveles de calidad, a la vez que generó una segregación educativa por razones socioeconómicas que pasó a transformarse en una de las principales razones de la desigualdad y la nula movilidad social en el país.²⁰

La reproducción del consenso neoliberal no requirió únicamente del convencimiento de los sectores dominantes de la sociedad en torno a la viabilidad del modelo, sino que precisó además de los amarres institucionales que dificultaran su cuestionamiento y modificación. En pro de dicho objetivo, los juristas conservadores y los economistas neoliberales que constituyeron la élite del brazo civil de la dictadura, incluyeron dentro del ordenamiento constitucional mecanismos que aseguraran el esqueleto del modelo ante el promisorio fin del régimen de facto. El cinturón de castidad político forjado en la Constitución de 1980 por el Tribunal Constitucional —el sistema binominal²¹ y la omnipresencia de los militares como garantes de la institucionalidad neoliberal—, será reforzado por las leyes orgánicas constitucionales, las que para ser modificadas requerirán de un altísimo quórum en ambas cámaras, y por la composición duopólica de éstas (asegurada a su vez por el sistema electoral binominal) hará improbable su modificación.

²⁰ La cuestión de la segregación escolar por razones socioeconómicas y el claro favorecimiento al sector privado en educación ha sido constatado incluso por la OCDE, en su “Revisión de Políticas Nacionales de Educación: Chile” (OCDE, 2004: 277-278), en el que se indica: “... el sistema educacional está concientemente estructurado por clases (sociales). Sostiene que es de libre elección para que los padres escojan las escuelas que quieren para sus hijos, y esto supuestamente produce el bien mayor para un mayor número, pero en la práctica, la selectividad por escuelas y un énfasis en la “selección” produce un sistema altamente estratificado [...]. Las condiciones que favorecen la segmentación entre escuelas municipales y privadas subvencionadas han aumentado realmente desde que el gobierno democrático asumió el poder [...]. Este es claramente una vía hacia una mayor privatización de la educación [...]. La libre elección no puede convertirse en una causa de desigualdad. Cuando lo hace, comienza a impactar los valores democráticos subyacentes y a las instituciones de la sociedad”.

²¹ El sistema electoral binominal impuesto en la Constitución de 1980 establece la elección de dos cargos de representación parlamentaria por distrito electoral. Cada agrupación política en alianza podrá presentar como máximo dos candidatos en lista. La lista ganadora podrá instalar sólo a un candidato en el puesto (la primera mayoría en la lista) a menos que consiga doblar los votos obtenidos por la lista que logre el segundo lugar en las votaciones. Esto asegura que exista un virtual empate técnico entre las dos principales fuerzas políticas del consenso neoliberal, Concertación y Alianza, antes de la realización de las elecciones.

La educación, reconocida por los militares y los civiles del régimen como un sector fundamental para el buen desarrollo del modelo, en tanto fuente de negocio y sector necesario de mantener bajo férreo control ideológico, debía también ser petrificada en el ordenamiento constitucional. Por ello, a pocas horas de abandonar el gobierno, el dictador Augusto Pinochet firmará la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE), que consagra todos los principios neoliberales en educación, en especial la primacía de la libertad de enseñanza, entendida como libertad de mercado, sobre el derecho a la educación.

Los gobiernos de la postdictadura, comprometidos en el consenso neoliberal, mostraron nula voluntad política para modificar la institucionalidad de la dictadura pese a que la Concertación logró, por lo menos en dos ocasiones, la mayoría parlamentaria que le habría posibilitado avanzar en estos puntos. Por el contrario, la Reforma Constitucional promulgada durante el gobierno de Lagos en 2005, que intentaba teñir de democráticas las manchas de sangre de la Constitución de la dictadura, acabó por legitimar los principales amarres heredados en ésta.

La importancia de la educación en la orgánica neoliberal chilena promoverá que las luchas en este sector expresen por sí mismas, o en su maduración, un tipo de protesta que desde una crítica al modelo derivará en una lucha antisistémica, la cual demandará la modificación de todo el entramado institucional para la transformación real del sector. Ello explicaría la crucial relevancia del movimiento estudiantil y del ciclo de protestas promovido por éste desde 2006, en la crisis terminal del consenso neoliberal en Chile.

Primera etapa del ciclo de protestas: el movimiento secundario

Los primeros quince años de la transición chilena a la democracia fueron la expresión de la hegemonía absoluta del consenso neoliberal. Ésta parecía infranqueable en un país en que el tejido social había sido completamente desmembrado y en que el miedo y la amnesia parecían potenciarse en el letargo generalizado de la sociedad. Así, por ejemplo, mientras parte importante de Latinoa-

mérica elegía caminos críticos al neoliberalismo oponiéndose al ALCA, en 2003 —a treinta años del golpe de Estado— Chile firmaba el tratado de libre comercio con Estados Unidos.

La izquierda chilena, por su parte y en su intento por reconstruirse, no lograba generar una estrategia pertinente frente al consenso neoliberal. Minimizada y dividida en dos extremos que reeditaban las históricas discusiones entre el reformismo y la revolución, no construía espacios de poder considerables ni reconocía las modificaciones en la composición de la sociedad chilena, especialmente en torno al mundo del trabajo. Una izquierda *estadocéntrica* —representada por el Partido Comunista—, buscaba ingresar a la política institucional flexibilizando su ideología y abandonando causas históricas; y otra *antielectoral* y de aparente vanguardia —representada por lo que quedó de las organizaciones revolucionarias de las décadas setenta y ochenta—, en el máximo sectarismo intentaba, al menos en el plano discursivo, integrar a los “rebeldes” en un proyecto común. Estas dos izquierdas, en sus luchas particulares, no lograban ni una representación importante en la política institucional, ni construir un movimiento social alternativo.

En medio de este panorama, surgirá en 2006 el movimiento de los estudiantes secundarios: la Revolución Pingüina —nombrada así por su uniforme tradicional en colores blanco y negro—, que inaugurará un ciclo de protestas cuyo objetivo principal era la educación. La protesta estudiantil estuvo presente en el proceso de transición desde su inicio pero, hasta antes del estallido secundario, se localizó casi exclusivamente en el sector universitario bajo demandas sectoriales que, si bien cuestionaban tibiamente el modelo, exigían respuesta dentro de la institucionalidad, tendientes a mejorar las condiciones de créditos, becas y otros beneficios estudiantiles.

El movimiento pingüino representará tres novedades. La primera de ellas es que sus protagonistas fueran estudiantes de nivel secundario, dando cuenta de importantes niveles de politización y organización de un sector que había sido reconocido como apolítico o, a lo más, como pre político en el sentido de su derecho como grupo de interés. La segunda es que pese a originarse desde demandas económicas sectoriales como el pase

escolar para transporte y la gratuidad en la Prueba de Selección Universitaria²², derivó en un profundo cuestionamiento sobre la enseñanza impuesta en dictadura y su institucionalización en la LOCE. La tercera es el gran apoyo que concitó entre la ciudadanía, lo que permitió integrar la demanda por educación como una de carácter nacional y no únicamente estudiantil, lo que, sumado a lo anterior, ayudará al movimiento educacional de los años siguientes a salir de la demanda sectorial y comenzar a plantear la problemática en términos sistémicos.

Como antes se señaló, la crítica por la desigualdad venía calando en la discusión pública desde el segundo gobierno concertacionista, y la educación era visualizada como uno de los principales nichos en que esa desigualdad se expresaba. Los alumnos de colegios públicos no lograban acceder a las universidades y conseguían rendimientos muy por debajo del sector de pago en las mediciones nacionales. Los municipios más pobres no lograban administrar la educación, generando pérdidas económicas que repercutían en un mal servicio, en deudas a profesores y en el vaciamiento de recursos de otros sectores para asumir las pérdidas en educación.

Por otro lado, la implementación de la reforma educacional que a mediados de los noventa se planteaba como objetivos mejorar la calidad de la educación y subsanar la desigualdad entre los establecimientos, no movió un centímetro la inspiración neoliberal del sistema educativo y aspiró a una solución tecnocrática, que a poco andar demostró no resolver ninguna de las dos cuestiones planteadas. Así, la educación comenzó a ser un puntal en la crítica al modelo y a la autocomplacencia de los representantes del consenso.

Los estudiantes secundarios, luego de lograr la visualización de su movimiento a nivel nacional, con cientos de colegios tomados, asambleas regionales y nacionales y un sinnúmero de marchas y acciones públicas novedosas en sus formas, lograron

²² En Chile las universidades tradicionales (integrantes del Consejo de Rectores) seleccionan a los estudiantes de pregrado a través de la Prueba de Selección Universitaria, aplicada a nivel nacional en áreas de conocimientos generales y específicos según opción de posible carrera. Dependiendo de su puntaje, el aspirante puede optar a la carrera en alguna de estas universidades, así como a becas y créditos.

posicionar que la raíz del problema era la LOCE y levantaron la derogación de ésta como su principal demanda.

Con una capacidad insospechada para convocar y generar la simpatía ciudadana, los subestimados adolescentes chilenos, conseguían validar la movilización como forma de lucha y presión en un país que se había acostumbrado a los acuerdos cupulares. Así también, su desconfianza hacia la política tradicional –representada por los partidos del consenso neoliberal– comenzó a establecer los cimientos para la emergencia de un movimiento social que no sólo se constituía en torno a una demanda y a su capacidad de convocatoria, sino que también lo hacía en construcción y defensa de su autonomía. Aunque con su cuestionamiento a la LOCE –especialmente a sus resultados y su ilegitimidad de origen– los estudiantes secundarios lograban plantear la relación entre el modelo educacional y las bases institucionales del país, no consiguieron establecer un nivel de convergencia política en torno a cuestionar la legitimidad del modelo político-económico sobre el cual se sustentaba el sistema educativo. A su vez, el movimiento secundario, pese a despertar simpatía ciudadana, no logró sumar a la movilización a los estudiantes universitarios ni a los profesores, que en sus particulares demandas no visualizaron la oportunidad política abierta por los pingüinos.

En contrapartida, los representantes del consenso neoliberal lograron mover la discusión al tema de la calidad, el que si bien constituía una de las demandas de los estudiantes, era un síntoma de la enfermedad del modelo y no la enfermedad misma. En torno a la calidad no había discusión: en Chile, según todas las mediciones nacionales e internacionales, la educación era (y es) pésima. Parecía ser que al igual que las cifras macroeconómicas –de las cuales se jactaba el país–, en materia educativa ni la ampliación de la cobertura y el acceso habían generado un mejoramiento en la calidad ni en la mejoría del nivel de vida de los chilenos.

La importancia estratégica de mover la discusión al tema de la calidad radicaba en que ésta representa una cuestión técnica que puede resolverse sin discutir los fundamentos políticos e

ideológicos que sustentan el modelo educativo, ni la gestión del sistema bajo la libertad de enseñanza. Por lo tanto, el consenso “nacional” en torno a mejorar la calidad de la educación chilena se dio dentro del consenso neoliberal y por ello era un triunfo de la élite en el poder.

Luego de meses de movilización, la capacidad de convocatoria estudiantil comenzaba a mostrar sus limitaciones. Sostener y acrecentar la movilización como modo de presión se veía improbable. Además, en el país, al estar gobernado por el sector socialdemócrata del consenso neoliberal, no era posible generar fisuras en la clase política, ya que el sector restante, la derecha, como gestor del modelo, era el más comprometido con el *status quo*. Así, comenzó a imponerse la opción de la negociación. Se reeditaba la estructura de mesa de diálogo, en torno a la cual se habían manejado las piruetas del *gatopardismo* oficial en la primera etapa de la transición.

Los estudiantes secundarios se sumaban a las negociaciones con un interlocutor especializado en cooptar, y unido en torno al compromiso con el modelo. El resultado de ello fue el “Acuerdo de Educación” de 2007, en el que todos los representantes del modelo participaron para aprobar la Ley General de Educación (LGE), que deroga la LOCE sin modificar la Constitución, mantiene los principios mercantilistas sin prohibir el lucro en educación, y no modifica la municipalización ni los canales de financiamiento educacional.

Aunque el movimiento secundario no consiguió transformar la educación según sus aspiraciones, su eclosión plantea un punto de inflexión en la historia reciente del país. Volvió a poner a la movilización y la organización social como una alternativa ante el poder representativo automatizado. Desde el 2006, las movilizaciones comenzaron a ser más constantes y lograron visibilidad a nivel nacional. No es menor mencionar que durante el mismo periodo presidencial de Michelle Bachelet, los trabajadores subcontratados de tres de las principales ramas de la extracción nacional –minera, forestal y salmonera–, lograron organizarse y levantar importantes movilizaciones, pese a las limitantes a la sindicalización que impone la legislación laboral.

Por otro lado, sitúa a un nuevo sujeto que no carga con los miedos heredados de la dictadura ni con las identidades políticas corrompidas por la política de los acuerdos. De ahí la importancia que tienen en lo sucesivo las formas de organización horizontal –de asamblea y autonomía– que fueron adoptando los estudiantes como forma de impedir la burocratización de sus movimientos. En su desarrollo y en su corolario, el movimiento secundario de 2006 anidó en parte importante de la población chilena, en especial entre los jóvenes, pues mostró la deslegitimación del sistema político y económico impuesto, así como también de sus representantes en el gobierno y el parlamento.

Esta combinación de factores explica la presencia del movimiento estudiantil secundario durante todo el periodo anterior a 2011, pese a la neutralización parcial que impone el acuerdo de educación de 2007. Con diferentes niveles de intensidad y capacidad de convocatoria, el movimiento secundario y los secundarios con sus organizaciones no desaparecieron de la escena política nacional, sino que acompañaron el ciclo de protestas y fueron actores principales en su agudización en los años 2011 y 2012.

Intensificación de la protesta: el movimiento por la educación

La llegada de la derecha al gobierno en 2010, luego de veinte años de administración concertacionista, representó el fin de la eterna transición a la democracia. Era evidente que esto no significaría un cambio en la administración del modelo: se podía cambiar el piloto, pero la hoja de ruta seguía intacta. Lo que no era tan evidente fue la posibilidad de una recomposición en las fuerzas políticas que significase una fisura entre los representantes del consenso neoliberal y que abriese una oportunidad política para la agudización del ciclo de protestas iniciado en 2006.

Al perder el poder la Concertación, podrían agudizarse las distancias entre los sectores de centro y los socialdemócratas, así como también entre los marcadamente neoliberales y los que poseían una visión algo más moderada al interior de este conglomerado. No obstante, este quiebre no se dio a nivel de las cúpulas de

los partidos, sino a nivel de las militancias y las identidades políticas históricas, lo que junto al *antiderechismo* de la sociedad civil organizada, abría una oportunidad política para moverse desde el virtual centro político que expresaba el consenso neoliberal, a la izquierda, hacia un incipiente proyecto alternativo.

Sin embargo, la generalización de la protesta y la movilización, que el país vivió desde 2011, no puede explicarse sólo desde los desplazamientos de las piezas del tablero político existente desde los noventa. Es sobre todo la emergencia de otros actores, discursos y capacidad de presión, lo que reconfigura la realidad sociopolítica y desplaza la discusión desde el exitismo del consenso neoliberal hacia sus principales contradicciones, con la posibilidad de levantar desde éstas un proyecto de sociedad diferente. Por ello, tiene más relevancia la capacidad del propio movimiento social de los años 2011 y 2012 para abrir oportunidades políticas desde abajo, que las abiertas desde arriba, con la llegada de la derecha al gobierno.

Los primeros meses de la administración de Sebastián Piñera estuvieron marcados por el terremoto del 27 de febrero de 2010. La agenda noticiosa estuvo centrada en la unidad política en torno a la reconstrucción del devastado centro sur del país. Empero, la tardanza en la ayuda fue generando incipientes focos de protesta y crítica al gobierno. Por otro lado, la siempre presente movilización mapuche comenzaba a romper el cerco mediático luego que parte importante de sus dirigentes presos cumplieran varios meses en huelga de hambre. Las movilizaciones en las principales ciudades de Chile en apoyo a los Presos Políticos Mapuche se sumaron a las masivas movilizaciones en la capital (Santiago), que protestaban contra la instalación de termoeléctricas en la zona norte del país. La pasividad social parecía comenzar a alterarse.

Pero no fue hasta principios de 2011 que el pueblo se volcó a las calles. Primero, desde una región del extremo sur del país, la gente se movilizaba contra los altos costos del gas, el abandono estatal y el centralismo²³; luego, en Santiago, para protestar

²³ Movimiento conocido como “Puntarenazo” por su localización la región de Magallanes, en especial en su capital regional Punta Arenas, el cual generó gran incomodidad en el gobierno, que se vio obligado a realizar su primer cambio de gabinete tras pedir la renuncia del Ministro de Energía y de la intendenta de la región.

contra la aprobación del proyecto hidroeléctrico Hidroaysén²⁴. Miles de personas salieron a las calles reclamando una transformación en el modelo de crecimiento y el patrón energético, a la vez que denunciaban el entreguismo de los recursos naturales que caracteriza a la economía del país. El movimiento estudiantil coronará este ascenso en la movilización, alcanzando niveles de masividad insospechados, tanto para las autoridades como para los propios estudiantes.

El nuevo gobierno de los gerentes y tecnócratas parecía abortado ante el estallido social que desde la primera marcha convocada por la Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH) –realizada el 29 de abril–, parecía acrecentarse y sumar a más sectores quienes, animados por la masividad del estudiantado, aunaban fuerzas y causas a la movilización. Los profesores, los secundarios, la Asociación Nacional de Empleados Fiscales, los Trabajadores Subcontratistas del Cobre, la Central Única de Trabajadores y diversas organizaciones territoriales y sectoriales se agrupaban con los estudiantes en las jornadas de movilización y de paro nacional, que contaban con una alta adherencia y participación ciudadana. Las coloridas marchas estudiantiles y los actos políticos culturales se volvían parte del paisaje de las principales ciudades del país, y especialmente en el frío invierno de Santiago, parecían adelantar la primavera.

Sin perder la conducción, los estudiantes visualizaron que el movimiento social de 2011 había dejado de ser un movimiento universitario o únicamente estudiantil para convertirse en el Movimiento Ciudadano por la Educación. A su vez se instaló el debate sobre el lucro en la educación como el principal punto a discutir. Esto neutralizaba a los defensores del consenso neoliberal en torno a su interés por desplazar la discusión hacia la calidad o la ampliación de la cobertura y el acceso. La crítica en torno al lucro –ilegal en educación superior y posibilitado por

²⁴ Este proyecto, promovido por la transnacional ENDESA, busca inundar un amplio territorio de 6 mil hectáreas de la región de Aysén, en la Patagonia chilena, con aguas de los ríos Baker y Pascua –el primero, el más caudaloso del país–. Contempla etapas que junto a otros proyectos hidroeléctricos (liderados por las compañías Xtrata Cooper y Origin Energy) modificarían sustancialmente el paisaje de la región, considerado uno de los más limpios del país, para abastecer de energía a la industria del centro del país y a las explotaciones mineras del norte.

el abandono de la labor del Estado en este sector—, y la creación de un rentable negocio basado en el endeudamiento de las familias chilenas, desbordaba la temática hacia una crítica profunda al modelo neoliberal. El mismo ánimo de lucro era lo que explicaba el desmantelamiento en el sistema de previsiones y de salud, a la vez que era, para los estudiantes y los sectores movilizados, la razón de su malograda calidad.

Lo que para la izquierda militante o para los intelectuales críticos fue claro desde la instalación del modelo, ahora lo era para gran parte de la sociedad, cuestión lograda por la enorme labor pedagógica del movimiento, la capacidad de sus líderes para mantener el punto nodal de la discusión y la masividad de la protesta en las calles que conseguía romper el cerco mediático e instalar los puntos en la discusión pública. Por ello, muchos temas que fueron ignorados por el realismo político, impuesto por el consenso neoliberal, hacían eco en la población y pasaban a ocupar los debates de la sociedad chilena.

El movimiento por la educación no sólo alcanzaba a dar cuenta de la ilegitimidad del modelo educacional, como lo habían hecho los secundarios en 2006, sino que lograba articular esto en torno a la ilegitimidad del modelo económico y político general, expresado en la Constitución, y a la imposibilidad de generar cambios reales sin la transformación de dicho orden. Por primera vez en la historia de la postdictadura, la radicalidad tenía cabida en la discusión política y los representantes del consenso neoliberal debían expresar su posición al respecto. “Asamblea Constituyente”, “Renacionalización del cobre”, “reforma tributaria”, “reforma previsional”, “educación gratuita”, eran conceptos más cotidianos en los oídos de los chilenos y chilenas que la letanía del “crecimiento”, la “inversión extranjera” y el “emprendimiento”, que acompañaron el largo andar por la transición chilena a la democracia.

De la incapacidad del gobierno para dar respuesta a las demandas estudiantiles y su opción por promover el desgaste del movimiento durante la primera parte del 2011, se dio paso a la represión. Primero, se prohibían las manifestaciones en espacios simbólicos para las movilizaciones en Santiago; luego se desple-

gaban fuerzas antimotines que sitiaban la ciudad durante el día y la noche; posteriormente, se reprimía brutalmente cualquier intento de reunión en el perímetro del centro de Santiago. Se generaban así escaramuzas en gran parte de la ciudad, y desde las casas o reunidos en plazas de barrio, la gente se agrupaba para protestar con cacerolazos contra la represión. En este contexto de represión y de ciudad sitiada es asesinado el joven Manuel Gutiérrez, quien la noche del 4 de agosto había salido a pasear con su hermano discapacitado.

La represión generó un incremento en las acciones de violencia, que cada vez se hicieron más comunes en las movilizaciones estudiantiles. La prensa ocultaba la masividad que continuaban teniendo las marchas y convocatorias del movimiento, bajo el abordaje desmesurado de las acciones de encapuchados contra la propiedad pública y privada. Pese a ello, el nivel de aprobación ciudadana al movimiento y sus demandas no decaía, lo que coincidía con la baja aprobación del gobierno y de la oposición concertacionista, así como también del Parlamento y el Senado.

La crisis de legitimidad no se expresaba sólo en la gestión económica del modelo, sino también en su administración política. Esta crisis se expresó con fuerza en las elecciones municipales de octubre de 2012, las primeras en la historia de Chile que se hacían bajo el sistema de inscripción automática (lo que aumentó significativamente el padrón electoral) y voto voluntario. En ella, 60% de los electores no acudieron a las urnas, pese a que la Concertación, aliada ahora con el Partido Comunista, quiso presentarse como alternativa a la derecha en el poder.

Con estos antecedentes y con un movimiento que no deja de convocar, el movimiento estudiantil, el más importante de los movimientos sociales del país desde el retorno a la democracia y uno de los más grandes en la historia nacional, es el principal factor de la crisis de legitimidad que vive el consenso neoliberal. Se convierte así, en la principal esperanza de que se genere una crisis política que sólo pueda ser superada con la unidad entre las fuerzas opositoras.

De hijos de la democracia a padres de la revolución

La institucionalidad chilena tiene su ilegitimidad de origen no únicamente en la Constitución de 1980, sino en la propia construcción del Estado nacional, el que siempre ha negado el poder constituyente al pueblo chileno. Cuando los representantes del consenso neoliberal decían tener fe en las instituciones del país, o repetían la cantinela que afirmaba que en Chile las instituciones funcionan, no lo hacían en el vacío. Lo hacían, como sus precedentes, con el convencimiento histórico de que un sistema perfeccionado desde 1833²⁵ no sería afectado ni por la chusma, ni por el movimiento obrero o popular, ni por las aventuras guerrilleras, ni por el retorno a la democracia de los noventa. Menos aún por los despolitizados jovencitos movilizados desde comienzos del Siglo XXI.

Las elecciones presidenciales, desarrolladas a finales de 2013, parecen ser un catalizador para liberar la energía acumulada por la protesta, a fin de contener la crisis política. La posibilidad que tiene la Concertación, apoyada hoy por el Partido Comunista, de reciclar una de sus figuras políticas, Michelle Bachelet, y ponerla a tono en la discusión planteada por el movimiento estudiantil y ciudadano, es muestra de la capacidad *autopoyética* del sistema chileno.

No obstante, la vocación revolucionaria y refundadora del movimiento estudiantil y su desfado ante las estructuras de poder, son esperanza para un pueblo y un país que desde 2006 y, muy especialmente, desde 2011, ya no es el mismo. A partir de ese año el consenso impuesto para mantener el modelo neoliberal ha sido quebrantado. Por ello, incluso sus más férreos defensores han tenido que abandonar su radicalidad conservadora para comenzar a reparar las fisuras del modelo que el movimiento estudiantil abrió y evidenció ante la mayoría del país.

La radicalidad de las propuestas de los estudiantes no es resultado de una lectura teorizada ni ideologizada de la realidad

²⁵ En ese año es promulgada la Constitución surgida tras el triunfo conservador posterior a la Guerra Civil de 1829-1830. En ella se plantearán los principios mercantilistas, elitistas y antidemocráticos en que se sustenta la formación política y económica del Estado chileno, que nunca han sido reformulados en una nueva constitución, más bien han sido ratificados en las posteriores de 1925, 1980 y en la reforma de 2005. A juicio del principal artífice de la Constitución de 1833, Diego Portales, Chile nunca estaría maduro para una democracia real.

del país. Es, por el contrario, un aprendizaje histórico. Frente a la radicalidad del modelo impuesto, la solución no puede ser otra que un cambio radical. El fracaso de una transición a la democracia –que hipotecó los sueños de los que lucharon durante la dictadura por ella–, y el perfeccionamiento de la explotación y la profundización de la desigualdad –incluso en tiempos del intento socialdemócrata de darle rostro humano al modelo de acumulación–, son razones más que suficientes para la radicalidad y para la desesperanza ante los administradores del consenso neoliberal.

La oposición al neoliberalismo no está en el parlamento, ni en la oposición concertacionista²⁶ que disputó las elecciones presidenciales de finales de 2013. La oposición real está en las calles; los jóvenes son sus voceros y su vocación revolucionaria es la real esperanza para el Chile que comenzó a nacer a contracorriente de una historia que buscaba consagrar al país como la versión más exitosa del neoliberalismo.

Los libros de Historia de Chile del futuro, desarrollarán sus principales pasajes en las calles, en registros de asambleas y en los rostros de los miles que serán sus protagonistas. Estos libros de Historia del futuro tendrán que marcar a 2006 y 2011 como el inicio del nuevo Chile e inscribir a los jóvenes movilizados ya no sólo como los hijos de una democracia a medias, corrompida y rehén de una dictadura económica–política permitida, sino como los padres de una revolución que devolvió al pueblo de Chile la vocación, el derecho y el deber de construir su destino.

²⁶ En un intento por refundar su conglomerado y tras la inclusión del Partido Comunista, en la actualidad los partidos de la Concertación se presentan bajo el nombre de “Nueva Mayoría”.

Bibliografía

González, E. (2013). Entrevista en *Al otro lado de la Cordillera*. Dir. Rodrigo Salinas. Chile: inSURgentesdoc.

OCDE. (2004). *Revisión de Políticas Nacionales de Educación: Chile*. Recuperado en: http://www.facso.uchile.cl/psicologia/epe/_documentos/GT_cultura_escolar_politica_educativa/recursos%20bibliograficos/articulos%20relacionados/oecd%282004%29revisiondepoliticaseducacionenchile.pdf

Entre la movilización y sus desenlaces: la transformación emancipatoria, los movimientos de derechos humanos y de víctimas en Colombia

Diana Marcela Gómez Correal

En distintos momentos de la historia de Colombia diversos actores sociales han cobrado una mayor o menor relevancia en el desarrollo de la protesta, la movilización social y la construcción de alternativas de sociedad. Un actor sin duda protagónico durante la primera década del Siglo XXI en Colombia han sido las víctimas. El presente ensayo tiene el objetivo de analizar el surgimiento del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE), el rol de los movimientos de derechos humanos, sus principales demandas, logros y retos, así como los aprendizajes que su historia brinda a los movimientos sociales en Colombia y América Latina, especialmente en una coyuntura como la que está viviendo el país en la actualidad.

La primera parte de este texto sitúa la perspectiva político-teórica desde la que se abordan los movimientos sociales y la transformación emancipatoria; la segunda contextualiza el surgimiento de las organizaciones de derechos humanos y el MOVICE; mientras que la última parte analiza los retos que ambos movimientos enfrentan en el presente en una supuesta coyuntura de “transición.” Estos retos permiten entender la complejidad de las acciones, estrategias y demandas de este tipo de organizaciones –y en general de los actores subalternos– al tiempo que abren la

pregunta sobre cómo convertir este tipo de momentos históricos en oportunidades para la transformación emancipatoria más que enmiendas al modelo que mantiene el *status quo* a través de transiciones hegemónicas, tal como lo desean las élites.

Sujetos en movimiento: transformación, emancipación y poder

Se entienden los movimientos sociales como expresiones organizadas de acciones sociales colectivas permanentes, orientadas a enfrentar condiciones de desigualdad, exclusión o injusticia y que tienden a ser propositivas en contextos espacio-temporales determinados (Archila, 2003). Estos movimientos despliegan concepciones de la sociedad distintas a las hegemónicas, bien sea que estas visiones estén referidas a un aspecto específico de la sociedad o a su totalidad. Son, además, espacios-actores que producen conocimiento toda vez que no hay política sin una aproximación, teorización, lectura y apropiación de la realidad (Gómez, 2012).²⁷ Es un conocimiento que surge de la praxis y de experiencias encarnadas de injusticia.

Los movimientos sociales contienen dimensiones culturales que pueden generar oportunidades simbólicas para la transformación (Álvarez, *et al.*, 1998). Son actores centrales para el cambio que despliegan su fuerza desde el tiempo no lineal. Pasado, presente y futuro se conjugan permanentemente en sus luchas. De igual manera, plantean debates éticos vitales para la definición del tipo de sociedad que se anhela. Como plantea Archila (2003), siguiendo al historiador Barrington Moore, las raíces de su racionalidad pueden rastrearse en la noción moral de injusticia que significa la indignación de la protesta. Dicha noción puede entenderse como el resultado de un senti-pensar propio.²⁸ De tal manera, se reconocen los movimientos sociales como espacios en los que la razón

²⁷ Así como tampoco hay producción de conocimiento sin política.

²⁸ Senti/pensar siguiendo las reflexiones de Fals Borda (2002) sobre el concepto sentipensante, en el sentido en que actuamos con el corazón pero también empleamos la cabeza. Con esto Fals Borda se suma a los esfuerzos por reconocer el rol de las emociones, las cuales han sido desconocidas o "satanizadas" por la tradición moderna occidental. Entender la acción social exige reconocer ambas dimensiones del quehacer humano: la razón y las emociones.

y la emoción definen su quehacer, y como tiempo-espacio para el despliegue de las potencias de los sujetos sociales y su historia.²⁹

Los movimientos sociales son lugares privilegiados para la politización, es decir, para que los actores sociales tomen conciencia de las estructuras de dominación y busquen transformarlas. La transformación emancipatoria incluye la politización, la producción de conocimiento, la construcción de alternativas, “la movilización y la reflexión permanente del propio quehacer de los movimientos que le permita revisar y repensar sus objetivos, analizar la realidad y reinventar su accionar” (Gómez, 2012).³⁰ En momentos como el actual este último aspecto es central. La emancipación implica romper con relaciones de sujeción (Gutiérrez, 2012). En ese sentido requiere siempre de sujetos críticos que quieran romper con la dominación y la exclusión; y que además de ser capaces de identificar las estructuras de dominación (capitalismo, imperialismo, racismo, patriarcado) y las relaciones de poder que éstas conllevan, se preguntan por cómo operan (incluso dentro de ellos mismos y sus organizaciones), y cómo se pueden cambiar. La transformación emancipatoria requiere el reconocimiento, despliegue y profundización del poder para la emancipación, un poder que permite a los actores sociales ser sujetos de su historia sin dejarse sujetar por el poder de dominación.

Criminalidad estatal, paramilitarismo y “víctimas” en movimiento

La Colombia del presente, vista desde la larga duración, es producto de la modernidad-colonialidad.³¹ La violencia ha sido

²⁹ Para Zibechi (2007) los sectores populares de la sociedad descubren sus potencias solamente en el momento en el que las despliegan. En este despliegue, los sujetos colectivos nace directamente de las luchas.

³⁰ La transformación emancipatoria incluiría otros aspectos como: a) el reconocimiento de estructuras de dominación; b) la identificación y la puesta en marcha de una política de posibilidades; c) la creación de discursos y visiones alternativas; d) la orientación hacia lo colectivo y la construcción de una comunidad, de un nosotros que incluye reflexiones acerca del poder; e) cambios en la vida diaria y en las prácticas cotidianas de sus integrantes; f) transformaciones en las subjetividades y las identidades; g) análisis de las dinámicas a través de las cuales estructuras de privilegio más amplias son recodificadas y reestablecidas dentro de los movimientos al tiempo que limitan su éxito (Gómez y Holland, 2013).

³¹ Aquí sigo las reflexiones de las y los teóricos decoloniales, entre ellos Quijano (2007), Dussel (2000), Mignolo (2011), Escobar (2007), Lugones (2008), Walsh (2009), quienes plan-

co-constitutiva de nuestra manera particular de vivir la modernidad. La violencia fue central para el control tanto de los territorios de Abya Yala,³² como de los cuerpos y las mentes de sus habitantes originarios y los esclavizados. La constitución de las Repúblicas y de los Estados-nación ha estado marcada también por su uso, al punto que la violencia ha sido parte esencial de la constitución del presente. Colombia ha sido conocida por ser el país con el “conflicto armado interno” más largo del mundo. Sin embargo, en aras de comprender la complejidad de nuestra realidad, nombraré lo que pasa en el país como un prolongado ejercicio de violencia política que ha encontrado su principal objetivo en las diferencias.³³ Bien sean estas la diferencia étnica, racial, de género, de clase o partidista, la violencia ha sido empleada como una manera de sujetar al otro.

El Estado, en tanto encarnación de sujetos concretos: hombres de élite, criollos, heterosexuales y educados, ha hecho objetivo de su maquinaria de guerra a los múltiples subalternos que configuran la “nación imaginada.” No obstante dicha realidad, en el país se ha comprendido y definido la criminalidad estatal sobre todo desde el lente de clase, que identifica como objetivo de dicha violencia a las izquierdas y los sectores populares.

En su definición amplia, la criminalidad estatal existe desde el mismo momento en que se conforma el Estado-nación colombiano, y tiene como objetivo la amplia gama de sujetos que han sido históricamente discriminados, lo “otro” necesario de suprimir y controlar: negros, indígenas, mujeres. En su definición más acotada, la criminalidad estatal se empieza a identificar como fenómeno a finales de la década de 1970, y conceptualizaciones

tean, entre otras cosas, que la modernidad surge con el descubrimiento de América; que pese a las independencias seguimos experimentando una colonialidad del poder (Quijano, 1989), que entre otras cosas ha hecho que el modelo de sociedad en América Latina sea el occidental, en detrimento de la pluralidad de cosmovisiones y opciones que habitaban y habitan el continente.

³² *Abya Yala* es como era nombrado el continente por los indígenas Kuna. Hoy es empleado como parte de una lucha política por la enunciación propia.

³³ La categoría de conflicto armado interno, por distintas razones, no da cuenta de toda la complejidad de Colombia, entre otras cosas porque pone como actor central de la guerra a las guerrillas, desconociendo la criminalidad estatal y con ello que un gran porcentaje de muertes, desapariciones, torturas y asesinatos ocurren fuera de la confrontación entre las guerrillas y el Estado (Álvarez y Gómez, 2013).

más recientes la ubican temporalmente desde inicios del Siglo XX.³⁴ Situar entonces la aparición del MOVICE como propuesta política además de los movimientos de derechos humanos, hace necesario detenerse en lo que ocurría en Colombia en la década de 1970.

Poder en movimiento: el enemigo interno y el terrorismo de Estado

Las décadas de 1960 y 1970 en Colombia, como en otros contextos, estuvieron cruzadas por la rebeldía y la emergencia, conformación y revitalización de distintas expresiones contrahegemónicas. Estos son los años en que la nueva izquierda emerge en el país, y en la que movimientos como el estudiantil cobran gran relevancia (Archila, 2003). Son años en los que surgen nuevas tendencias en los movimientos sociales con apuestas distintas – como el feminismo radical o de la segunda ola–, y en los que se fortalecen otros movimientos, todos estos influidos por el pensamiento de izquierda.

Mientras esta dinámica tenía lugar en el país, el Frente Nacional (1958-1974) –un acuerdo de las élites bipartidistas para transitar de la Violencia a la “civilidad”–, se prolongaba para mantener la exclusión de las opciones contrahegemónicas del “juego democrático”, dejando intactas las causas que le dieron origen a lo que pretendía dejarse en el pasado: una historia de violencia ligada a los partidos liberal y conservador.³⁵

Mientras el poder de dominación se esforzaba por la exclusión de los “otros” del control del aparato estatal y por su subordinación en las otras esferas de lo social, el poder de emancipación se

³⁴ En un texto reciente del MOVICE (2014) que convoca a un encuentro internacional de víctimas de crímenes de Estado, se sitúa la masacre de las bananeras como un hito de la criminalidad estatal.

³⁵ Con V mayúscula se conoce en Colombia el período de la violencia bipartidista que tiene como uno de sus puntos centrales el asesinato del candidato popular del partido liberal, Jorge Eliécer Gaitán, y que llevaría a vivir el Bogotazo y otros episodios de violencia. Durante el desarrollo de esta violencia política tiene lugar el surgimiento de los grupos guerrilleros, el primero de ellos las FARC-EP que surgen en 1964, las cuales surgen de las guerrillas liberales y el fracaso de negociación con el Estado colombiano. El Frente Nacional alimentó la violencia –a través de la exclusión política y la profundización de las desigualdades sociales, económicas y simbólicas– no solo durante el periodo formal de su funcionamiento, sino también en los años posteriores.

constituía en la lucha cotidiana y local. Esta extraordinaria fuerza y potencia de las izquierdas, los movimientos sociales y las guerrillas, fue contrarrestada en el país utilizando la doctrina de la Seguridad Nacional y la ideología del enemigo interno en el marco de la Guerra Fría.

En ese sentido, en Colombia la confrontación este-oeste cobraría una importancia particular, dado que para los Estados Unidos la lucha contra el comunismo se convirtió en una cuestión de seguridad, política, ideológica y económica de alta prioridad, doctrina de Seguridad Nacional que se materializó en Colombia en el marco de nuestra particular democracia desde el terrorismo de Estado, y más adelante, con la consolidación de la estrategia paramilitar.

La construcción de un enemigo “comunista” en la región adquirió peculiaridades propias en el país. La Doctrina de Seguridad Nacional sirvió a los militares y políticos como punto de partida para la comprensión global del Estado y la sociedad en el contexto de la Guerra Fría, localizando el componente militar en el centro de la sociedad. Con la utilización del concepto de “enemigo interno” se justificó el terrorismo de Estado para eliminar los factores que atentaban contra su seguridad, justificando una guerra permanente contra ese “enemigo” y catalogando la informalidad social como terrorismo (Blair, 1993: 113).

En Colombia, el uso recurrente del Estado de Sitio contribuyó a cristalizar una versión propia de esa Doctrina, cuyos rigores se comenzaron a sentir con fuerza en el período presidencial de Turbay Ayala (1978-1982), período en el que las Fuerzas Armadas adquirieron una gran autonomía y que tendría como parte de sus consecuencias serias violaciones a los derechos humanos, desapariciones forzadas, torturas, asesinatos, penalización de la protesta y consolidación de los militares como grupo de poder (Gómez, 2007). Implicó de igual manera una actitud permanente de cierre a las posibilidades de negociación con las guerrillas ya que el Ejército se reafirmó en su posición de alcanzar la victoria por la vía militar.

Esta lógica dejaría su impronta durante la década de 1980, en la cual un gran número de hombres y mujeres ligados a los movimientos sociales, las izquierdas y las guerrillas fueron desapare-

cidos y asesinados; mientras, se consolidaban grupos paramilitares que luego se articularían en los noventa en las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Si bien la década de 1990 inicia con una aureola de optimismo dadas las negociaciones de paz con la guerrilla del M-19, el Ejército Popular de Liberación Nacional, el Movimiento Armado Quintín Lame y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, y con la firma de una nueva Constitución Política, el uso de la violencia política para lidiar con la diferencia estaba lejos de desaparecer. Las AUC cobran fuerza y extienden el terror en la amplitud del territorio nacional, disputándose el control social, político, económico y territorial con las guerrillas, y trabajando de manera articulada con las Fuerzas Armadas y las élites políticas y económicas.

Si bien a finales del Siglo XX el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) inicia un proceso de negociación con las FARC-EP, este fracasaría en el 2002, dando continuidad a una guerra en las que diversos actores armados (guerrillas, narcotraficantes, paramilitares y Fuerzas Armadas) y no armados, se disputaban la definición del pasado-presente y futuro de Colombia. En el 2002 Álvaro Uribe Vélez es elegido presidente de Colombia, situación que deja ver –pese a la caída del Muro de Berlín y supuestamente de la Guerra Fría–, la continuidad de la ideología del enemigo interno, así como sus usos coloniales e imperiales en nuestro territorio.

El presidente Uribe (2002-2010), empleando los nuevos matices discursivos sobre el terrorismo surgidos luego del 11 de septiembre de 2001, opta por la vía militar para lidiar con las guerrillas, e inicia un proceso de “negociación” con los paramilitares. Esta decisión de negociar con ellos y el modelo de justicia transicional empleado para su desmovilización y reincorporación a la vida civil, despertó fuertes debates, movilizaciones y acciones en el país, entre ellas la creación del MOVICE.

Poder en movimiento: derechos humanos y “víctimas”

Como otros movimientos sociales, el MOVICE surge como acumulado de diversas luchas. Entre ellas son centrales las luchas de organizaciones de derechos humanos y de víctimas de la criminalidad

estatal y el paramilitarismo. Dadas las fuertes vulneraciones a los derechos humanos cometidas por los militares desde finales de la década de 1970, el discurso de los derechos humanos comienza pronto a ser parte del repertorio político de las izquierdas.³⁶

Como plantea Hale, el marco de los derechos humanos fue uno más de una serie de “teorías viajeras” que han fluido a lo largo de América Latina (Tate, 2007: 73). En el contexto nacional, los derechos humanos fueron usados para “explicar y resolver un tipo específico de violencia colombiana: la violencia perpetrada por el Estado en contra de la izquierda” (Tate, 2007: 73).³⁷ De esa manera comienzan a tener lugar foros, encuentros, talleres de educación popular y discusiones que giran en torno a los derechos humanos.

Organizaciones como el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos y el Comité Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos surgen en la década de 1970. Acciones relacionadas con la documentación de casos y denuncias comienzan a ser parte de los repertorios de protesta de los movimientos sociales, las izquierdas y los intelectuales a finales de esa década y principios de 1980. En 1983 surge la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, y a mediados de esa década ya es posible identificar la existencia de una “red débil” de instituciones de derechos humanos. Esta red, para finales de los ochenta y principios de 1990, se ve fortalecida con un gran *boom* de comités de derechos humanos en el nivel local (Tate, 2007).

No obstante la importancia que el discurso de los derechos humanos va adquiriendo, este no fue asimilado de manera acrítica. Así, por ejemplo, para algunos sectores de la izquierda los derechos humanos no eran más que un concepto burgués, ligados con la propiedad privada y las intenciones de expansión militar y neocolonial de los Estados Unidos en la región (Tate, 2007: 102). Esta mirada crítica hizo necesario que se desarrollará desde Latinoamérica una concepción alternativa de los de-

³⁶ Las luchas sociales están constituidas por discursos y categorías que le ayudan a dar forma a las demandas de los movimientos sociales y que estos a su turno transforman. Los discursos y las categorías son espacios de lucha, por lo tanto siempre con la posibilidad de ser institucionalizados, cooptados o desplegar poder subversor.

³⁷ Las traducciones de los textos en inglés son de la autora.

rechos humanos y la justicia. Este marco alternativo parte de concebir los derechos como colectivos y de proponer los tribunales de los pueblos.³⁸

Como muchos discursos y prácticas, los derechos humanos comienzan a institucionalizarse y a ser espacios de lucha política, de manera tal que los militares comienzan a emplear el mismo lenguaje y el Estado a incorporarlo a través de instituciones, funcionarios, burocracias y leyes.³⁹ De esa manera, en la década de 1990 son evidentes sus límites, sobre todo en lo que tiene que ver con la aplicación de justicia a militares de alto rango involucrados en violaciones de derechos humanos, quedando cada vez más claro que la impunidad es consustancial al funcionamiento del Estado colombiano, y que al ser estructural, se mantiene con fuerza a lo largo del tiempo.

Pese a esto, la “fe” en los derechos humanos no se pierde, entre otras cosas porque permite conseguir ciertos resultados de carácter inmediato que a la vez son vitales para proteger la vida de los activistas, políticos, militantes y población civil. Por otro lado se explota su posibilidad estratégica para alcanzar objetivos de más largo plazo de las organizaciones y los distintos movimientos con los cuales estaban afiliadas.

Un antecedente sin duda relevante del surgimiento del MOVICE es el Proyecto Colombia Nunca Más, el cual surge en agosto de 1996, y cuyo objetivo era “hacer un aporte a la lucha contra la impunidad de los crímenes de lesa humanidad ocurridos en Colombia entre 1968 a 1998 a partir de la memoria histórica” (MOVICE, 2012). Muy pronto el Nunca Más se piensa como un espacio para la acción, la organización y la movilización social, de allí que uno de sus objetivos explícitos sería la creación de “un movimiento de víctimas de crímenes de Estado”. Para lo anterior, y para contribuir a una comprensión mucho más compleja de lo

³⁸ En 1989 el Tribunal de los Pueblos sesionó en Bogotá. La Declaración Universal de los Derechos de los Pueblos de 1976, conocida como la Declaración Algeriana, fue ampliamente enseñada en los talleres de derechos humanos en Colombia durante la década de 1980. Esta Declaración fue firmada por representantes no gubernamentales, y hacía énfasis en los derechos colectivos y la autonomía (Tate, 2007: 103).

³⁹ Por ejemplo, en la Constitución de 1991 se incluyen varios derechos como los relacionados con los derechos cívicos, políticos, económicos, sociales y culturales. Al mismo tiempo se crean nuevos cuerpos judiciales como la Fiscalía, la Procuraduría y la Defensoría del Pueblo.

que estaba ocurriendo en el país, en el Nunca Más se desarrollan conceptos como los de criminalidad estatal, impunidad estructural, crímenes de lesa humanidad y verdad histórica. Con lo último se reconoce a la historia como un espacio de lucha sobre lo que aconteció y como un escenario de disputa sobre la verdad, lo cual cobraría gran importancia desde el 2002.

En medio de la negociación entre las FARC-EP y el gobierno nacional tienen lugar varias iniciativas que irán contribuyendo al surgimiento del MOVICE, entre ellas un Seminario Taller sobre Impunidad en el 2000, en el que se analiza la “participación de las víctimas” en procesos de retorno a las democracias formales y negociación del conflicto armado interno. Luego del fracaso del proceso de paz con las FARC-EP, la apertura de un proceso de “negociación” con los paramilitares y la formulación del proyecto que legislaría las medidas de justicia para estos (la Ley de Justicia y Paz), tuvieron lugar en el 2004 dos eventos centrales⁴⁰ que luego le darán paso al surgimiento del MOVICE, el 25 de junio de 2005.

El MOVICE tiene dentro de sus objetivos centrales tanto la organización como el cambio.⁴¹ En septiembre de 2006, en el II Encuentro Nacional del MOVICE, se construyeron las ocho estrategias de acción que se han convertido en su bitácora desde entonces.⁴² Sin lugar a dudas, el MOVICE ha sido un actor preponderante en la primera década del siglo XXI en el país. Algunos de sus logros han sido poner en el debate público la existencia de la criminalidad estatal; las dimensiones del proyecto paramilitar;

⁴⁰ 1) El I Encuentro Nacional de Víctimas de Crímenes de Lesa Humanidad y violaciones a los derechos humanos, y 2) el Encuentro Voces del Mundo por Colombia.

⁴¹ En ese sentido se estructura como la confluencia de organizaciones de sobrevivientes de crímenes de Estado, “familiares de víctimas, organizaciones sociales, políticas y jurídicas que han sido victimizadas, que luchan en contra de la impunidad, buscando la Verdad histórica, la Justicia y la Reparación Integral”, así como organizaciones que apoyan y acompañan a las víctimas. El cambio, por su parte, se plantea como la “transformación histórica” del país “por medio de la lucha frontal contra la impunidad de los crímenes y las Violaciones a los Derechos Humanos, perpetrados por el Estado mediante sus estructuras militar y paramilitar, y demás expresiones del terrorismo estatal” (MOVICE, 2012).

⁴² 1) Jurídica; 2) Verdad y memoria histórica; 3) Comisión de Ética; 4) No repetición: prohibición legal del paramilitarismo; 5) Reparación; 6) Lucha en contra la desaparición forzada; 7) Lucha en contra el genocidio político; 8) Organización: fortalecimiento del MOVICE (MOVICE, 2012).

los nexos entre el paramilitarismo y el Estado; la existencia de las víctimas del paramilitarismo y el Estado; los derechos de estas víctimas; el trato asimétrico que reciben éstas frente a las víctimas de la guerrilla; y la casi invisibilidad de las víctimas de la criminalidad estatal.

Quizás uno de los logros más importantes, que diferencia al MOVICE de las organizaciones y movimientos que lo preceden, es la centralidad de las víctimas como sujeto político y su organización a nivel local, regional y nacional. Con esto, las víctimas han roto con los estereotipos que usualmente se nos asigna: débiles, vengativas, carentes de visión política, sujetos dolientes y sólo útiles para el testimonio.

El accionar del MOVICE, producto de un acumulado histórico y de los desarrollos particulares del contexto colombiano, ha logrado además poner en la arena pública discusiones de orden ético que son vitales para el funcionamiento de la sociedad. Tal es el caso de preceptos y derechos esenciales como la justicia, la verdad, la vida y la libertad de expresión, los cuales, al integrar el repertorio político, amplían los entendimientos sobre la democracia y ayudan a “diseñar” otros tipos de sociedad, sobre todo en los llamados momentos de “transición”.

El MOVICE ha entablado un diálogo con la sociedad colombiana a través de movilizaciones,⁴³ plantones, galerías de fotos, conmemoraciones, conversaciones en foros universitarios y colegios, encuentros de carácter nacional e internacional y los medios de comunicación. Sus esfuerzos al velar por los derechos de las víctimas han contribuido a que se conozca la barbaridad que ha significado el terrorismo de Estado y el paramilitarismo en Colombia, y a través de las demandas dirigidas al Estado y la producción de leyes que están supuestas a garantizar los derechos de las víctimas. Sin duda, sus logros han sido importantes, no obstante, la invisibilidad parece acecharle continuamente.

⁴³ Por ejemplo, se ha logrado constituir el 6 de marzo como el día en homenaje a las víctimas de la criminalidad estatal y el paramilitarismo desde el 2008, año en que surgió la movilización en parte como una disputa por el reconocimiento de estas víctimas en un contexto de gran visibilización de las víctimas de la guerrilla.

Retos del presente: hacia movimientos emancipatorios

Si bien han sido significativos los logros de las organizaciones de derechos humanos y el MOVICE, en el presente estos movimientos y otros actores subalternos en Colombia se enfrentan a una coyuntura de importancia. El 2014 es un año central para el futuro del país. No solo tienen lugar elecciones para el Congreso y presidencia, sino que también enfrentamos el reto de alcanzar acuerdos de paz con la guerrilla de las FARC-EP, e iniciar un proceso de paz con el Ejército de Liberación Nacional.

Como en otros momentos de nuestra historia (Independencia, Frente Nacional, Constitución de 1991), la actual coyuntura es entendida como una de transición, que en sí misma es un escenario de lucha, de disputa por el sentido del pasado, el presente y el futuro, y de los arreglos básicos por los cuales la sociedad colombiana se regirá. Enfrentar este escenario, disputar el rumbo de la “transición,” se convierte entonces en uno de los retos más importantes que distintos actores subalternos, los de la digna rabia, enfrentamos en el presente.

Visto en la mediana duración, y trayendo a colación los años de lucha de los movimientos de derechos humanos y sociales en general, de las izquierdas y de las víctimas, éste es un momento decisivo y uno podría pensar que hasta óptimo para concretar parte de sus demandas y modificar en cierta medida los términos de la lucha. Sin embargo, pese a que está abierto el escenario de paz con una de las guerrillas y a que las víctimas concretamente han alcanzado demandas centrales como las de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, estamos aún lejos de estar en un escenario “apropiado” para alcanzar el conjunto de nuestras demandas, y sobre todo, la profundidad que muchas de ellas contienen.

En el país la coyuntura actual es entendida por diversos actores hegemónicos, y está siendo así divulgada y comprendida por una gran porción de las y los colombianos, como un momento de transición en el cual nos moveremos de la guerra a la paz, del “salvajismo” a la “civilización”, de la pre-modernidad a la modernidad, del conflicto al post-conflicto, de una democracia “falsa” o “recortada” a una “real”, del odio al amor. El presidente Juan

Manuel Santos (2010-2014), en distintos discursos ha comunicado la idea de que su gobierno va precisamente a modernizar Colombia. Su plan de gobierno se configura en torno a tres aspectos centrales: 1) Las Locomotoras del Desarrollo; 2) La Ley de Víctimas y Restitución de Tierras; y 3) La Paz. Estos tres procesos están interrelacionados y son los principales cimientos para la consolidación del proyecto moderno elitista en Colombia.⁴⁴

Las Locomotoras del Desarrollo forman parte de un modelo económico que, entre otras cosas, explota los recursos naturales para el consumo internacional, una nueva fase del capitalismo conocida como *neoextractivismo*.⁴⁵ La Ley de Víctimas y Restitución de Tierras busca cumplir con los derechos de las víctimas del “conflicto interno”, mientras que con relación a la paz, el presidente Santos ha entablado un proceso de negociación con las FARC-EP, cuyo objetivo es terminar el “conflicto interno”. Públicamente, la justicia transicional es el marco que se emplea para el desarrollo de las dos últimas políticas. La primera, de manera menos explícita, depende de ese mismo modelo, dado que la justicia transicional es central para una transición “suave” a la fase de capitalismo *neoextractivista* en el país.⁴⁶

Escenarios como el actual hacen perentorio revisar las demandas de los movimientos, los resultados que se alcanzan, los discursos que circulan y la manera como el poder de dominación se reconfigura. En ese sentido, por ejemplo, es interesante analizar el trasfondo del modelo de justicia transicional, el cual es un modelo internacional que se ha aplicado para abordar estados de excepción, como conflictos internos y dictaduras, que no satisfacen los requerimientos de una sociedad moderna. Valencia

⁴⁴ Algunos apartados del discurso de posesión presidencial dan cuenta de eso: “UNIDOS [colombianos] podemos construir un país más justo, más moderno y más seguro... ¡UN PAÍS EN PAZ!” (Santos, 2010).

⁴⁵ Estas locomotoras son: infraestructura, agricultura, vivienda, minería e innovación. En el discurso de posesión quedó clara la convicción *extractivista* del presidente Santos. “Llegó la hora de que los bienes naturales que nos fueron otorgados con tanta abundancia y que los colombianos hemos multiplicado con ingenio y sabiduría, no sean el privilegio de unos pocos sino que estén al alcance de muchas manos” (Santos, 2010).

⁴⁶ Si bien el presidente Santos está avanzando en la restitución de tierras, esto no es porque sea una de las demandas centrales de las víctimas y otros actores, sino porque de esa manera se generan condiciones positivas para el *neoextractivismo*. La manera como se está dando la restitución a través de la Ley sugiere que si la tierra de los desplazados está siendo actualmente explotada, esta debe ser dada en concesión a los actuales usuarios.

retoma las palabras de Jon Elster para plantear que este modelo implica la transición de un régimen político a otro; uno de los objetivos principales de dicha justicia es dejar atrás lo que el autor llama un pasado “barbárico” (Valencia, 2007).

Este modelo de justicia tiene, entre otras, las siguientes características: 1) la democracia, específicamente la democracia liberal, es la meta; 2) el supuesto de avanzar hacia una normalidad democrática –lo cual implícitamente sugiere que las sociedades que aplican esta justicia no son “normales”–; 3) el pasado de estas naciones es “bárbaro”; 4) el discurso de la justicia transicional supone una noción específica de justicia, una justicia de excepción que, como González argumenta, puede convertirse en un modelo de justicia para todo (González, 2013)⁴⁷ (en muchos contextos, incluido el colombiano, se presupone que el derecho a la justicia es un impedimento para la paz),⁴⁸ 5) las víctimas y sus demandas se supone que son centrales en estos momentos históricos, sin embargo la justicia transicional no cumple realmente con sus expectativas de justicia (por ejemplo, Guatemala);⁴⁹ 6) este discurso tiene una gran capacidad de cooptar las propuestas subalternas y articularlas dentro del discurso hegemónico.

Con relación a esto último es importante recordar que la memoria y la justicia han sido parte de las demandas de los diferentes movimientos sociales de familiares sobrevivientes de las víctimas de dictaduras, criminalidad estatal y paramilitar en un esfuerzo por exigir justicia, y también por imaginar otras justicias (Giraldo, 2013). Como lo plantea Michel Foucault, los individuos “sobre los que se ejerce el poder pueden ser el lugar de donde se extrae el saber que ellos mismos forman y que será retranscrito y acumulado según nuevas normas; o bien pueden ser objetos de un saber que permitirá a su vez nuevas formas de

⁴⁷ Desde su perspectiva, además, su uso tiene el riesgo de reproducir “defectos inherentes e insuperables del derecho penal, entre ellos que “ofrece espacio de crítica mucho menores que el derecho penal que conocemos” (González, 2013).

⁴⁸ Por ejemplo, en la Agenda de Negociación entre las FARC-EP y el gobierno, el punto que aborda los derechos de las víctimas, uno de los seis *items* de la agenda, excluye el derecho a la justicia.

⁴⁹ Esto es más que evidente en el caso colombiano con la desmovilización de los paramilitares, para la cual se empleó la justicia transicional. En ocho años que lleva el proceso, sólo catorce paramilitares han recibido sentencia. “El resto están o en prisión en distintos momentos del proceso, o siguen en libertad” (Crisis Group, 2013: 4).

control” (Foucault, 2003: 143). Esto hace perentoria la capacidad reinventiva de los movimientos.

El uso de la justicia transicional en Colombia forma parte de un contexto internacional en el cual ésta es vista como “una parte integral de una agenda más amplia para promover el estado de derecho y la democracia en estados en postconflicto y postautoritarios”; y en la cual “regímenes domésticos que promueven la impunidad por serios crímenes internacionales son ahora (al menos teóricamente) materia de preocupación internacional” (*Crisis Group*, 2013: 6-7).

Vale la pena reflexionar en esta coyuntura que si bien los derechos humanos han sido útiles para las organizaciones de derechos humanos, los movimientos sociales y las víctimas, están situados históricamente dentro de una geopolítica específica. Los derechos humanos han reproducido lógicas hegemónicas como la patriarcal, el eurocentrismo, el colonialismo y el imperialismo. No son instrumentos “neutrales”. Tal como plantea Asad (2003), la ley de los derechos humanos es un modo de convertir y regular a la gente, haciéndolos al mismo tiempo más libres y más gobernables (Asad, 2003: 157).

Gustavo Esteva (1998) subraya la manera en que los discursos de los derechos humanos desconocen otras concepciones sobre los humanos, la justicia y la moralidad, universalizando la perspectiva occidental. Además de las ideas de democracia y del Estado Nación, los derechos humanos son vehículos a través de los cuales se expande el modelo de civilización occidental. La lógica de la justicia transicional, observada en detalle y bajo estas lupas críticas, cae en lo absurdo.

La narrativa global, recientemente narrada, es que hay algunos Estados Nación donde las cosas no se desarrollan de la manera correcta (la manera occidental), por lo cual es necesario intervenir (directa o indirectamente) (piénsese en los ejemplos de Siria y Venezuela). Colombia es uno de estos Estados Nación. Lo absurdo es que las profundas razones históricas para estas “imperfecciones” no son discutidas. El “sentido común” que sigue las concepciones hegemónicas no reflexiona sobre la historia de colonialismo e imperialismo que han impactado estos países.

Si bien el modelo de justicia transicional afirma que los “conflictos internos” deben ser resueltos “localmente” con marcos y pautas “globales,” la solución no busca atacar las condiciones internacionales estructurales que han generado violencia, guerra y desigualdad en estos países. Por el contrario, el entendimiento hegemónico implica que es sólo culpa de ese país –quizás debido a la incapacidad de su gente– vivir de una manera “bárbara”. Esto hace necesario la intervención extranjera, re posicionando el modelo *neoimperial* del norte hegemónico como el único futuro posible.

La justicia transicional puede ser conceptualizada como un instrumento internacional que es a su vez parte de la modernidad-colonialidad, una estructura de dominación que sirve a los intereses del capitalismo. Esta justicia promete que Colombia será finalmente la ficción moderna de un país en paz, “civilizado”, para el progreso, listo para avanzar en su modernización. El problema con esta promesa es que esto es algo imposible de alcanzar, un punto al que nunca llegaremos (me refiero a nosotras y nosotros, los de la digna rabia), porque desde que fuimos “creados” como el *Otro*, hemos sido conceptualizados como atrasados. Esto produce cierto tipo de esquizofrenia del ser que no nos permite ser lo que somos capaces de ser toda vez que cada solución es siempre la imposición de la experiencia del modelo hegemónico.

Este tipo de justicia contribuye al mantenimiento del *status quo*, pues reafirma el liberalismo y capitalismo como el modelo económico, político, social y cultural a seguir. De esa manera el Estado debe ser reificado a pesar de que la historia de Colombia muestra que es ilegítimo, toda vez que ha hecho de la violencia el fundamento de su operación, y que el mismo es uno de los mayores beneficiarios de los resultados “positivos” de ésta (Álvarez, C. y Gómez, D., 2013). Una concepción neutral, abstracta y aséptica del Estado resulta necesaria al momento de hablar de una transición que no transforma el presente. Así, la aplicación de la justicia transicional es una relegitimación del modelo de Estado Nación y del proyecto moderno, el cual hace del Estado el principal garante del progreso, un progreso que

privilegia a las élites nacionales e internacionales en la era neoliberal de “achicamiento” del Estado.

Ante dicha realidad es urgente preguntarse, como movimientos sociales: ¿qué clase de transición es ésta? Esta no es la misma transición que movimientos sociales y víctimas están imaginando y deseando, entre otras cosas porque: 1) al mismo tiempo que estamos teniendo un proceso de paz, víctimas, defensores de derechos humanos e integrantes de la oposición han sido amenazados y asesinados; 2) el Estado está reforzando su capacidad militar; 3) los paramilitares siguen activos; 4) la desmovilización del Estado no está incluida como parte de uno de los resultados del proceso de paz; y 5) las desigualdades económicas se están profundizando.

En otros contextos, la justicia transicional ha sido el camino para tener una “transición” a un estado de cosas similar pero bajo otros nombres: paz, postconflicto y reconciliación. En estos casos, las causas estructurales del conflicto no fueron abordadas, como ocurrió por ejemplo en Sudáfrica.⁵⁰ Por otra parte la justicia transicional crea y refuerza ciertas éticas, moralidades y sujetos, de allí la importancia de mirar con lupa este discurso que disciplina mentes, cuerpos y personas. En estos lugares la reconciliación termina siendo una imposición. La verdad, que se supone es uno de los ejes centrales de este modelo, termina siendo incapaz de transformar e impactar la manera como los ciudadanos conceptualizan el pasado. La reparación, como está ocurriendo en Colombia, termina centrada en la compensación monetaria (*Crisis Group*, 2013: 3), manera por la cual los derechos de las víctimas, y más que eso, las y los humanos, somos transados por dinero a través de una *monetarización* de la vida que se acopla perfectamente con la lógica capitalista.

En este contexto, en el que el Estado responde a través de todo el andamiaje liberal con las demandas de las víctimas –como ocurrió con la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras–, éste ter-

⁵⁰ Otros lugares donde se ha aplicado este modelo son: Irlanda del Norte, Bosnia Herzegovina y España en Europa; Camboya, Sri Lanka y Timor Oriental en Asia; Burundi, Mozambique, Sierra Leona y Sudáfrica en África; Argentina, Chile, Colombia, El Salvador y Guatemala en América Latina (Valencia, 2007). Obsérvese como un gran número de estos países han vivido la historia colonial e imperial.

mina neutralizando la capacidad política de éstas a través de políticas asistencialistas. Esta neutralización incluye la apropiación por parte del Estado de la categoría de “víctimas”, de manera tal que se pone un mayor énfasis en el sufrimiento que en la dignidad, se refuerza un trato asimétrico a las víctimas (víctimas de la guerrillas vs. las víctimas del estado y los paramilitares), se generaliza su uso,⁵¹ y se les intenta despojar de su potencial subversor.

Pese a todas estas críticas, en el presente es posible encontrar cierto *encantamiento* por la justicia transicional en el país. Los colombianos del común no saben necesariamente qué es, pero en una gran proporción están de acuerdo con la necesidad de tener una. Dentro de ciertos movimientos sociales y actores de las izquierdas hay aceptación de este discurso y del modelo que propone sin mayores cuestionamientos. Sin duda muchos colombianos y colombianas queremos una transición, pero la pregunta es, ¿cuál es la transición que queremos?

Esta es una pregunta difícil. Es una pregunta que muchas veces evitamos, o una que asumimos y ya hemos respondido. Y sin duda hay respuestas. Las respuestas están caminando en la calle, en diferentes iniciativas, reuniones, comunicados, cartas, confluencias, acciones, redes. Sin embargo, para evitar que las estructuras de dominación y las relaciones de poder opresivas se recodifiquen, es necesario pausar e imaginar cómo construir esa otra Colombia que deseamos desde una transición no hegemónica, una transición que habilite la transformación emancipatoria y no una que la detenga. Para eso es vital repensarse como movimientos, ser críticos e imaginativos con los discursos que se emplean, ser autocríticos y no perder de vista la revolución. Aspectos todos vitales para una transformación digna, una transformación “nuestra”.

No quisiera cerrar este intento de diálogo sin decir que consideramos central que el presente proceso de paz logre llegar a acuerdos básicos que sienten las bases precisamente para ese tipo de transformación, por eso no puede ser cualquier paz ni a cual-

⁵¹ Tal como ocurrió el 9 de abril de 2013 durante la conmemoración del recién declarado Día de las víctimas, en el que el presidente Santos plantea que los militares y soldados también son víctimas.

quier costo. Como Hijos e Hijas somos conscientes que un proceso de paz NO lo resuelve todo. Sabemos que lo que se debe hacer es abrir las puertas para la construcción en el corto, mediano y largo plazo, de una sociedad con una paz justa y digna. Nosotros y nosotras, que sabemos de los estragos de esta guerra, creemos que el cese de esta violencia política corrosiva es necesaria para que nuestras apuestas, así como las de otros actores sociales, puedan desplegarse en toda su potencia sin enfrentar el ejercicio cotidiano de la eliminación física del contradictor. “La firma de acuerdos abre la puerta para la consolidación de la paz, la cual implica la construcción colectiva, desde abajo, entre todas y todos, de un país en el que la dignidad, la libertad y la vida sean respetadas, y la solidaridad sea el referente de creación de lo común” (Hijos e Hijas, 2013).

Bibliografía

- Álvarez, C. y Gómez, D. (2013). *La paz en el postconflicto: ¿permanencia de las injusticias de siempre?* Documento de trabajo Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad. Inédito.
- Álvarez, S., Dagnino, E., y Escobar, A. (1998). *Cultures of Politics, Politics of Cultures (Revisioning Latin American Social Movements)*. Boulder: Westview.
- Archila, M. (2003). *Idas y venidas. Vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia. 1958-1990*. Bogotá: ICANH, Cinep.
- Asad, T. (2003). *Formations of the secular: Christianity, Islam, Modernity*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Blair, E. (1993). *Las Fuerzas Armadas: una mirada civil*. Bogotá: CINEP.
- Crisis Group. (2013). *Transitional Justice and Colombia's Peace Talks*. Latin American Report No. 49-29 de Agosto, 2013. Washington. Recuperado en: www.crisisgroup.org.
- Dussel, E. (2000). Europe, Modernity, and Eurocentrism. En: *Nepantla. Views from South*. Duke University, I, 3, pp. 465-478.
- Escobar, A. (2007). Worlds and Knowledges Otherwise: The Latin American Modernity/Coloniality Research Program. En *Cultural Studies*. Marzo/Mayo. p. 179-210.
- Esteva, G. (1998). Human Rights: The Trojan Horse of Recolonization. En *Grassroots Postmodernism. Remaking the Soil of Cultures*. London: Zed Books.
- Fals, Orlando. (2002). *Historia doble de la Costa. Maestros de la sede, 1a. Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá: Banco de la República.

- Foucault, M. (2003). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Giraldo, F. (2013). Diálogo interno intervención en Red de Universidades por la Paz. Encuentro del Nodo Centro. En *Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad*. Bogotá.
- Gómez, D. (2012). Activismo y academia: construyendo puentes dialécticos desde diferentes posiciones de sujeto (O haciendo lo que me gusta hacer). En *Obra Colegiada del SVI*. México: Seminario Virtual Internacional (SVI) “Creación de Prácticas de Conocimiento desde el Género, los Movimientos y las Redes” de la RETOS (En prensa).
- Gómez, J.(2007). *Tras la huella de la verdad. El caso Gloria Lara de Echeverri*. Bogotá: FICA.
- Gómez, D. y Holland, D. (2013). Assessing the Transformative Significance of Movements & Activism: Lessons from A Postcapitalist Politics. En *Outlines. Critical Practice Studies*. Vol. 14, No. 2 (130-159). Recuperado en: <http://www.outlines.dk>
- González, J. (2013). La justicia transicional: límites y posibilidades. Trabajo presentado en el Foro Justicia transicional en tiempos de negociación, el 24 de abril de 2013, en la Universidad de Antioquia, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, CONPAZ y Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de los Andes.
- Gutiérrez, R. (2012). The Rhythms of the Pachakuti: Brief Reflections Regarding How We Have Come to Know Emancipatory Struggles and the Significance of the Term Social Emancipation. En *The South Atlantic Quarterly*. Autonomy and emancipation in Latin America. Durham: Duke University Press.
- Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad (2013). *A desalambrazar la impunidad... ¡Qué PAZAREMOS con verdad!* Comunicado a la opinión pública, 9 de abril de 2013.

- Lugones, M. (2008). The Coloniality of Gender, Recuperado en: <http://trinity.duke.edu/globalstudies/wko-v2d2>
- Mignolo, W. (2011). *The Darker Side of Western Modernity. Global futures, decolonial options*. Durham: Duke University Press.
- MOVICE. (2014). Llamamiento Encuentro Internacional de víctimas de crímenes de Estado Colombia: La paz son cambios. 24, 25 y 26 de abril de 2014. Recuperado en: <http://www.movimientodevictimas.org/>
- MOVICE. (2012). Historia. Antecedentes. Proyecto Colombia Nunca más. En Movice, Recuperado en: <http://www.movimientodevictimas.org/quienes-somos/historia.html>
- Quijano, A. (2007). Colony and Modernity/Rationality. En *Cultural Studies*. Marzo/Mayo, pp. 168-178.
- Santos, J. M. (2010). Discurso del Presidente Juan Manuel Santos Calderón. En Presidencia. República de Colombia. Recuperado en: http://wsp.presidencia.gov.co/Prensa/2010/Agosto/Paginas/20100807_15.aspx
- Tate, W. (2007). *Counting the Dead: The Culture and Politics of Human Rights Activism in Colombia*. Berkeley: University of California Press.
- Valencia, H. (2007). *Introducción a la Justicia Transicional*. Conferencia magistral impartida en la Cátedra Latinoamericana “Julio Cortázar” de la Universidad de Guadalajara, México, 26 de octubre de 2007.
- Walsh, C. (2009). Indigenous and Afro Struggles and the State: Interculturality, Decoloniality, and Collective Well Being in the Andes. Conferencia “Contested Modernities: Indigenous and Afrodescendant Experiences in Latin America, impartida en Lozano Long Institute of Latin American Studies, Universidad de Texas, Austin, Febrero 26 de 2009.
- Zibechi, R. (2007). *Dispersar el poder: los movimientos como poderes antiestatales*. Barcelona: Editorial Virus.

MÉXICO

MÉXICO

México, insurgencias 2011: la guerra y las víctimas

Luis Gómez Negrete

*Lo que hoy quiero decirles desde esas vidas mutiladas,
desde ese dolor que carece de nombre porque es fruto de
lo que no pertenece a la naturaleza –la muerte de un hijo
es siempre antinatural y por ello carece de nombre:
entonces no se es huérfano ni viudo, se es simple y dolorosamente
nada–, desde esas vidas mutiladas, repito, desde ese
sufrimiento, desde la indignación que esas muertes
han provocado, es simplemente
que estamos hasta la madre.*

Javier Sicilia, “Carta abierta a políticos y criminales”

Hay pocos movimientos sociales que han podido construir, a partir de su acción, un marco interpretativo desde el cual pensar la realidad histórica; es decir, no todos han podido consolidar una narrativa, un marco simbólico y un discurso, para dar sentido al momento histórico que se vive. Desde esta perspectiva, el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD) ha puesto en polémica las formas de narrar y vivir la realidad nacional a partir de dar presencia a una voz que no había sido escuchada: el testimonio de las víctimas de la guerra contra el narcotráfico.

En pocas palabras, en 2011, la mirada para pensar el presente que acontece México fue dislocada de la centralidad de la política institucionalizada, desplazada hacia la realidad de la sociedad, los pueblos y las comunidades, complejizada por la reincorporación de lo simbólico en lo político, redimensionada en el terreno de la vida y articulada por el testimonio de las víctimas.

En este sentido, podemos identificar algunos elementos para pensar la dimensión de lo que abre el Movimiento por la Paz con

Justicia y Dignidad en un contexto de siete años de guerra contra el narcotráfico –de 2006 a 2013–, que como consecuencia ha cobrado la vida de 70,000 personas y la desaparición de otros 30,000 en el sexenio de Felipe Calderón Hinojosa (FCH) y de 7,000 más tan sólo en el primer semestre de la administración de Enrique Peña Nieto (EPN). Todo esto aunado a los cientos de miles de desplazamientos forzados.

En dicho contexto, el proceso de reconfiguración necesario se pudo dar sólo en un momento político disruptivo y a partir de la constitución de un sujeto político, es decir, dentro de un proceso complejo en el cual se confrontó al orden de lo instituido a partir de la irrupción de aquellos excluidos del ordenamiento mismo, en este caso, las víctimas. Como podemos pensarlo desde las nociones de “policía” y “política” que aporta Rancière: la “policía”, o para los fines de este artículo, lo instituido, es la que asigna lugares y modos de enunciación, es “un orden de los cuerpos que define las divisiones entre los modos de hacer, los modos del ser, y los modos del decir, que hace que tales cuerpos sean asignados por su nombre a tal lugar y a tal tarea; es un orden de lo visible y lo decible que hace que tal actividad sea visible y que tal otra no lo sea” (Rancière, 2010: 40). Es decir, la “policía”, como todo orden, define el régimen de visibilidad y de enunciación posible para pensar lo que acontece.

Por su parte, la “política” es una práctica del disenso que interrumpe el orden de lo instituido, que abre y reconfigura lo visible y las formas de repartición de las partes, a partir de la irrupción de aquellos excluidos del orden policial (la “parte de los sin parte”). Por dicha razón, la “política” es un momento excepcional en el que se confronta al orden, constituyendo un sujeto político, es decir, se da un proceso de subjetivación en el que hay una *desidentificación* del lugar asignado por el orden policial, se es quitado el nombre que se lleva en la frente, y al mismo tiempo se da un proceso de identificación donde se es autonombrado como comunidad, como comunidad disruptiva, como parte de los sin parte.

Con esta perspectiva, las víctimas pasaron de ser “víctimas” –como daños colaterales de la guerra por una condición im-

puesta por los discursos de lo instituido—, a ser *víctimas* como un autonombramiento de la comunidad disruptiva que en su nombrarse enuncian la prueba irrefutable de las injusticias y desigualdades del orden “policial”, por eso hoy podemos hablar del sujeto político *víctimas*. Es importante señalar que dicho proceso de subjetivación lleva implícito, entre muchas otras cosas, la posibilidad de transitar del tratamiento individual y jurídico que han dado a la situación de las *víctimas* tanto las organizaciones de derechos humanos, así como el gobierno, a un tratamiento colectivo y político de la situación de las víctimas dentro de una condición nacional.

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad surgió a partir de una convocatoria hecha por el poeta Javier Sicilia luego del terrible asesinato de Juanelo, su hijo. Dicho proceso fundó un territorio de protesta que no existía para las exigencias de paz y justicia en el México actual. Permitió la emergencia de familiares de víctimas de todo el país para dar su testimonio en la plaza pública y para plantear, por primera vez, la dimensión política de su desolación; todo ello desencadenó movilizaciones paralelas en varios estados de la república bajo la exigencia de paz y justicia y con el grito de “¡Estamos hasta la madre!”.

Dentro de dichas jornadas, el 5 de mayo de 2011 empezó una caminata silenciosa de tres días que salió de la ciudad de Cuernavaca, en el estado de Morelos, con no más de cien personas, y arribó al Zócalo de la Ciudad de México el 8 de mayo con cientos de miles de ciudadanos, organizaciones, pueblos y familiares de víctimas para exigir un pacto nacional por la paz como piso mínimo para iniciar la reconstrucción de la nación. El pacto contenía las siguientes demandas: esclarecer asesinatos y desapariciones, y nombrar a las víctimas; poner fin a la estrategia de guerra y asumir un enfoque de seguridad ciudadana; combatir la corrupción y la impunidad; combatir la raíz económica y las ganancias del crimen; atención de emergencia a la juventud y acciones efectivas de recuperación del tejido social; democracia participativa y democratización de los medios de comunicación.

El proceso que se estaba desencadenando permitió no sólo sobreponerse al miedo y retomar el espacio público en diferentes

zonas del país, sino que pudieron suspender los techos ideológicos y de clase para la confluencia de un abanico de diferencias en la continuación del histórico “¡Ya basta!” zapatista, tal como lo manifestó el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en un comunicado de apoyo a la caminata, fechado el 7 de mayo de 2011:

No se trata de ver quién es más rico o más pobre. No se trata de quién es de izquierda de centro o de derecha. No se trata de si son mejores los panistas o los priistas o los perredistas o como se llame cada quien o todos son iguales de malos. No se trata de quién es zapatista o no lo es. No se trata de estar con el crimen organizado o con el crimen desorganizado que es el mal gobierno. No. De lo que se trata es de que para poder ser lo que cada quien escoge ser, para poder creer o no creer, para elegir una creencia ideológica, política o religiosa, para poder discutir, acordar o desacordar, son necesarias la paz, la libertad, la justicia y la vida (EZLN, 2010).

Todo ello fue conformando al Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, el cual dentro de esta primera etapa realizó la “Caravana del consuelo” que fue convocada en el Zócalo de la Ciudad de México para transitar, en junio de 2011, la “ruta del dolor”. El recorrido sería de la Ciudad de México a Ciudad Juárez, “epicentro del dolor”, para dar rostro y presencia a la cara más recrudescida de la guerra, hilvanar el sentido común por una paz justa y digna, y poder conformar el pacto nacional convocado.

Días después de Ciudad Juárez, el 23 de junio, el MPJD sentó al presidente de la República, Felipe Calderón, y a su gabinete, en un diálogo público, en el Alcázar del Castillo de Chapultepec para emplazar al gobierno a cumplir las exigencias y demandas del Pacto Nacional por la Paz, abriendo con ello una segunda etapa caracterizada por el diálogo con el Poder Ejecutivo y Legislativo. Es importante decir que para ese entonces en la opinión pública se estimaban 30,000 asesinatos y 10,000 desaparecidos.

Tanto el proceso de movilización como el diálogo con el presidente habían permitido, en ese relativo corto tiempo, dar no sólo visibilidad sino presencia a la magnitud de la guerra, es decir, antes

de esa irrupción, en México no existía el sentido común de la prevalencia de una guerra instalada en la sociedad. Se había logrado, en el mismo proceso, dar rostro a las víctimas que en su existir llevaban la inembargable muestra de la situación nacional, borrar el nombre de daños colaterales que se les había impuesto y hacer patente que la problemática no era particular, es decir, que los asesinatos no eran problemas aislados de sus familiares, sino de una política gubernamental. Frente a los discursos de guerra y muerte del gobierno, se opusieron los discursos de paz y vida: no una paz tolerante con la injusticia sino una paz justa y digna, no una vida reducida a las funcionalidades biológicas del cuerpo *–zoe, nuda vida–* (Sicilia, 2011),⁵² sino formas de vida. Esa era la disputa.

Esto fue posible ya que dicha irrupción permitió confrontar el discurso oficial frente al testimonio de las víctimas. En ese momento estaba entrando en conflicto el régimen de “lo que se puede ver y decir” en la disputa de dos narrativas: la narrativa que administra, que encubre, que pretende la objetividad de la barbarie para negar la barbarie, que da y no da cifras al mismo tiempo, que recurre a los enunciados de “no pasa nada” son “daños colaterales”, “en algo andaban”, “vamos ganando la guerra”, “es una lucha de los buenos contra los malos”, etc., frente a la narrativa del testimonio, de lo inenarrable, de aquello que de entrada rompe con todo régimen de lo que se puede decir porque el testimonio intenta decir lo indecible, intenta expresar una realidad que excede sus elementos factuales (Agamben, 2009). Pero no sólo eso, sino que también los testimonios de las miles de víctimas llevan como correlato constitutivo la muestra incuestionable de una tragedia humanitaria. En esa primavera de 2011 México se vio cara a cara con otro México.

Si bien la expresividad de todo testimonio implica siempre una afrenta con el orden de lo visible y lo decible, en esta segunda etapa caracterizada por el diálogo con los poderes, posterior a haber fracturado la narrativa instituida, el discurso del MPJD transitó de lo inenarrable a la exigencia y propuesta política, es decir, articuló el testimonio con lo comunicable, con la cristalización

⁵² Javier Sicilia ocupa estos conceptos de Giorgio Agamben en su primer pronunciamiento contra la guerra.

de la movilización en avances y logros de la agenda de lucha. De ese proceso devinieron dos diálogos públicos y mesas de trabajo con el Poder Ejecutivo en las que se acordó el seguimiento a los casos emblemáticos, desatar un proceso de memorial, el acuerdo para la creación de una procuraduría especializada de atención a víctimas, y el respaldo para legislar en torno a sus derechos; también se tuvo un diálogo público con el Poder Legislativo donde se reforzó la propuesta de la legislación de una ley de víctimas y el freno a la Ley de Seguridad Nacional.

Al final, era evidente la ruptura de la vía del diálogo con el Poder Ejecutivo luego de que el presidente traicionó todos los puntos de acuerdo al hacer una procuraduría sin funciones, sin recursos y limitada al ámbito del delito; un memorial para las víctimas en el territorio militar llamado Campo Marte (dios de la guerra); el posterior veto a la Ley de Víctimas; la prevalencia de la impunidad en los 31 casos emblemáticos presentados y el asesinato de tres integrantes del MPJD –uno, previsto para el segundo diálogo público, Pedro Leyva, otro después de participar en él, Nepomuceno Moreno, así como la emboscada de la caravana a la comunidad de Santa María Ostula donde fue asesinado Trinidad de la Cruz– y la desaparición de dos integrantes del MPJD de Guerrero, Marcial Bautista y Eva Alarcón.

Ante todo ello y de manera paralela, el movimiento enfatizó la vía de la movilización con diferentes fuerzas sociales para impulsar el fin de la guerra, exigencia que hasta ese momento había tenido las mayores dificultades. Después de la caravana al sur del país, se estrecharon relaciones con esta geografía caracterizada por la tradición organizativa y la resistencia de las comunidades indígenas. Esto permitió abundar la discusión del movimiento sobre las víctimas colectivas y ampliar las perspectivas en torno a la significación de la guerra en lugares donde era identificable la violencia sistémica, la ocupación del territorio, el despojo, los desplazamientos forzados, la guerra sucia de los años setenta, el paramilitarismo y las injusticias históricas, eso a lo que el mismo MPJD llamó “la nueva cara de la larga noche de los 500 años”. Este proceso fortaleció el trabajo concreto del Movimiento con las experiencias de resistencia de las comunidades indígenas, como el

caso de las autodefensas y seguridad comunitaria en Cherán y Ostula, la protección del territorio sagrado en Wirikuta, la exigencia de justicia y la construcción de la No violencia en Acteal, y el caso del Profesor Alberto Patishtan –preso político de Chiapas–, así como las problemáticas ligadas a los migrantes centroamericanos.

Estos dos procesos –por un lado el de confrontar el orden y la narrativa a partir de la movilización y la presencia del testimonio; y por otro, a partir del diálogo y la agenda política–, se conformaron en formas diferentes, pero articuladas, de acción del movimiento. Podemos decir que la complejidad de conformar un movimiento de víctimas que señalara al gobierno como responsable pero que estratégicamente, al mismo tiempo, lo identificara como interlocutor, le pidiera su palabra, apelara a su humanidad e inclusive, como lo hizo Javier Sicilia en el primer diálogo con Calderón, lo abrazara, respondieron a un entendimiento diferente de la política y de la situación nacional, pero también a una condición ineludible: la exigencia de justicia y la búsqueda de los desaparecidos.

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad entendió la situación del país como un estado de emergencia nacional, es decir, un momento histórico en el que se desestructuró, en el más amplio sentido, el sostén mínimo de la nación –entiéndase un retroceso en los elementos fundacionales de la nación conseguidos en los procesos de Independencia, Reforma y Revolución, a partir del cual se ha degradado el Estado de derecho, las garantías individuales, la soberanía nacional, las condiciones laborales, etc.–, desde la funcionalidad de las instituciones no sólo del Estado, sino de la sociedad, hasta un desgarramiento de los principios éticos y del tejido social-comunitario. Todo ello frente a la instauración de un “orden sin proporciones” que funciona bajo una lógica mercantil, donde “se pone precio a la vida”, se degrada toda ética, toda moralidad y frente a lo cual no se distinguen, bajo esa dinámica, crimen organizado, empresas voraces y gobierno –lo que Javier Sicilia llamó el “lodo”–. Es decir, se complejiza el análisis al reconocer las causas de una violencia estructural y más allá de la dualidad *Estado fallido* (por avasallamiento de los poderes fácticos y como lo han querido imponer las lecturas desde

Estados Unidos) – *Estado terrorista*, como suele interpretarse desde la lógica que supone un Estado con pleno ejercicio de la soberanía de manera calculada.

Mediante dicho análisis es que el movimiento encuentra sentido en plantear la política como el reconocimiento de lo común con base en la vida, la nación y lo humano. Por dicha razón, podemos identificar que el movimiento apela en sus discursos a los sustratos y reminiscencias comunes, ya sea la humanidad, la vida o la nación, para convocar a una unidad y llamar a encontrar los consensos mínimos necesarios. No nos sorprende que sea un movimiento que haya dialogado con todos los sectores del país, todas las posiciones políticas y, apelando a un resabio de lo común, los haya convocado a un pacto nacional por la paz.

Desde esta perspectiva, encontramos que la emergencia diagnosticada por el MPJD no sólo responde a las condiciones de precariedad, urgencia y límite, sino que nos permite señalar una doble significación de la emergencia: lo emergente de la emergencia, lo que irrumpe, la latencia que subvierte, reconfigura y que sobre todo abre el umbral para pensar otras posibilidades. Porque en esa paradoja de la emergencia es que las víctimas fueron puestas en las condiciones de desolación más grandes y, al mismo tiempo, constituyeron un espacio de comunidad como potencial fin de la guerra; de ahí la igualmente paradójica palabra “consuelo” (estar en soledad común) como nombre de la caravana a Ciudad Juárez.

Bajo esta lógica es importante destacar que la constitución del sujeto político *víctimas* ha permitido, entre otras cosas, que las madres y padres que colectivamente buscan a sus hijos desaparecidos reparen sobre las condiciones de su *legado*; es por ello que han emprendido una búsqueda no sólo para encontrar a sus familiares, sino también para encontrar la posibilidad de reconstruir el *legado* que, hasta ese momento, estaba perdido. Porque a partir de ese proceso, las madres y los padres en la búsqueda de sus hijos buscan también cambiar las condiciones que permitieron su desaparición.

Podemos identificar, con la llegada del 2012, el inicio de la tercera etapa del MPJD. El fin de año fue muy complicado para el

movimiento: los ataques, casi todos acontecidos en un lapso de 2 semanas, habían hecho una fuerte mella en lo interno; después de un vertiginoso año, al haber agotado la instancia institucional más alta del país sin encontrar otra cosa que más muerte, el movimiento estaba retado a reorganizarse internamente, a cerrar y concretar los ciclos abiertos, a conformar un movimiento nacional con los referentes generados a partir de las caravanas, a establecer mecanismos de seguridad más rigurosos y a posicionarse de cara a las elecciones venideras.

Así fue como se convocó a un encuentro nacional de referentes para establecer los mecanismos de articulación del movimiento nacional y se definieron en principio dos acciones estratégicas para 2012: concretar los procesos de la Ley General de Víctimas y emplazar en diálogo público a los cuatro candidatos a la presidencia de la república. Posteriormente, se sumó a estas acciones la Caravana por los Estados Unidos de América (*Caravan for Peace*) para entablar relaciones con el pueblo norteamericano, intentando abordar puntos estratégicos para frenar la guerra contra el narcotráfico, como tráfico de armas –paradigma criminalizante y militarista en torno al consumo de drogas–, lavado de dinero, migración y cooperación binacional México-EUA.

Si bien un sector importante de los movimientos sociales se había mantenido al margen del proceso electoral y en su caso, como el MPJD, se había pronunciado para declarar el proceso como “las elecciones de la ignominia” –donde quien quedara como presidente “administraría la barbarie”–, la irrupción del movimiento estudiantil #YoSoy132 reincorporó de manera crítica y de manera fructífera a un gran sector de los movimientos y la sociedad civil organizada al huracán electoral. Aunque el MPJD hizo grandes esfuerzos por mantener la agenda de la paz y la justicia en el torbellino –principalmente emplazando a los candidatos y en segundo plano tejiendo alianzas con el #YoSoy132–, las elecciones siguieron el camino previsto. Con el foco puesto en una nueva etapa de campañas, la mirada desde la cual se volvió a pensar la realidad nacional quedó desdibujada de los márgenes de la guerra, las víctimas y la justicia, para restablecerse en el orden de lo instituido, que pudo ignorar en todos los proyectos

nacionales propuestos por los partidos el tema de la emergencia nacional, los 70,000 asesinados y los 30,000 desaparecidos.

La Ley General de Víctimas se promulgó en 2012 y logró publicarse el 8 de febrero de 2013, luego de que Felipe Calderón la vetara; con ello se había transitado de víctimas de lo instituido como daños colaterales a lo instituyente como sujeto político –y ahora reinstituído pero en una nueva dimensión–, reconfigurando el orden de lo formal y como sujeto de derechos. Sin embargo, y más allá del orden de lo formal, ni la caravana por EUA, ni la ley de víctimas, ni la incipiente organización de un movimiento nacional habían podido ya no se diga parar la guerra, sino remontar los pasos afianzados en 2011 en torno a dimensionar, en el sentido común, la situación nacional. El decaimiento del MPJD, el desplazamiento de la polémica de lo público hacia las elecciones y la entrada del nuevo gobierno –que, como lo dijo el movimiento en su balance de los primeros seis meses de gobierno de Enrique Peña Nieto, “busca institucionalizar y ocultar la guerra”–, retan nuevamente a disputar la narrativa y reconfigurar el orden de lo decible y lo visible en nuestro país; un orden que encuentra en la violencia su finalidad última y su elemento constitutivo.

Frente a ello, el sujeto político víctimas, que se constituye a partir de 2011 y que por supuesto trasciende tanto al Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad como a cualquier otra experiencia organizativa, se manifiesta con una presencia a veces dispersa, pero cada vez más frecuente y radical en su aparente espontaneidad. La guerra se agrava, el fenómeno de la desaparición forzada e involuntaria se vuelve insostenible por sus mismas condiciones y las familias no dejan de exigir justicia y la aparición de sus familiares; las protestas y huelgas de hambre de pequeños grupos de madres de diferentes partes del país dan cuenta de ello. Lo mismo sucede con las víctimas colectivas que en su último aliento por mantener viva la comunidad han optado por defenderse ellas mismas de la violencia, armándose y estableciendo autodefensas en un acto que, muchas veces suicida, pone de manifiesto la dimensión de la problemática.

Por otro lado, los esfuerzos con una estructura más organizada como Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Coahuila

(FUUNDEC), Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos y Desaparecidas en México (FUNDEM), Nuestras Hijas de Regreso a Casa, las organizaciones de Chihuahua y Ciudadanos en Apoyo a los Derechos Humanos (CADHAC), entre otras, han aportado tanto al fortalecimiento de las víctimas como sujeto político, como al desarrollo de las vías jurídicas y políticas para resolver los casos. Sin embargo, sigue habiendo un vacío en las exigencias nacionales por el fin de la guerra y el cese a las múltiples formas de violentar a la sociedad.

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad inicia en el primer semestre de 2013 una cuarta etapa, en la que transita de ser la voz predominante sobre la que se articularon los principales esfuerzos de víctimas, para formar una de las partes que dan cuerpo al sujeto político *víctimas* en México y que necesita reestablecer los puntos de encuentro entre movimientos y organizaciones para hilvanar los esfuerzos en una nueva voz que vuelva a disputar el orden de lo decible y lo visible para poner fin a la guerra; además, exigir justicia como prioridad nacional, previsiblemente desde el lugar de un Movimiento Nacional de Víctimas.

Finalmente, desde el lugar que fundan las experiencias de resistencia frente a la muerte y encontrando en ellas elementos de relevancia para problematizar nuestra contemporaneidad, a manera de conclusión, quisiera abrir la interrogante de qué implica hoy la vida como una reivindicación política, no sólo para la condición mexicana, sino también para la condición global.

Sin lugar a dudas encontramos en tiempos recientes una modificación en las formas del abordaje y ejercicio de la soberanía, la violencia y la vida. Por un lado, existen aproximaciones teóricas post 9-11, donde se considera que hay un cambio en el paradigma para pensar la política. Dentro de esta perspectiva quisiera destacar el trabajo de Achille Mbembe, quien introduce el concepto de “necropolítica” y lo define como “una política que se entiende como el trabajo de la muerte en la producción de un mundo en que se acaba con el límite de la muerte” (Mbembe, 2012: 136), es decir, una política como trabajo de la muerte para desaparecer del mundo el límite social para frenar la muerte, desaparecer la muerte como tabú constitutivo de la sociedad.

Este planteamiento entiende dos cosas fundamentalmente: la necesidad de un límite social de la muerte para la vida misma de la sociedad y una excepcionalidad permanente, la normalidad e *instrumentalidad* de la muerte. En este sentido, podríamos pensar que la reivindicación de la vida es un límite social a la muerte: constituye una reivindicación de la vida como *antisistémica*.

Sin embargo, quisiera complejizar el análisis introduciendo las reflexiones post Auschwitz, ya que más allá de una política de muerte tenemos que detenernos a pensar el ejercicio de la soberanía en torno a la vida, lo que Foucault llamó *Biopolítica*. En este sentido, nos referimos a un ejercicio del poder que busca desprender de la vida su carácter político y busca reducir la vida a sus funcionalidades biológicas. Ya no se trata simplemente de vivir o morir, sino de cómo vivir.

El poder político que conocemos ha llevado a su límite el ejercicio de la violencia. Tal como lo aborda Agamben (2009), los campos de concentración del exterminio representan la figura humana más inhumana: un lugar donde –para impedir que la vida y la muerte escaparan de otra vida que pudiera controlarlos, como sucede cotidianamente en nuestra incapacidad de controlar la muerte y en nuestra doble incapacidad de controlar la vida– se creó un intersticio de ambigüedad entre la vida y la muerte para poder mantener el control más absoluto sobre lo humano; los “musulmanes” como representación de ello, eran muertos vivientes, seres a los que se les había reducido la vida hasta los huesos, es decir, la vida desnuda, desposeída de toda forma de vida, el *zoe*, el último umbral de la vida donde su diferencia con la muerte radicaba en la incapacidad de irse (Agamben, 2010). Con esta lógica, la reivindicación simple de la vida no es suficiente, ya que nos encontramos ante la disputa entre la reducción de la vida a las capacidades biológicas del cuerpo y las “formas de vida”, la vida humana, la vida política, la vida que elige qué vida quiere vivir; la vida como posibilidad. Esa es la reivindicación política de la vida a la que tenemos que apelar.

Si bien la guerra y los muertos son, con mayor evidencia, la muestra del ejercicio del poder como trabajo de muerte y la muerte constituye la cotidianidad del estado de excepción, los

desaparecidos son los “musulmanes”, son el intersticio entre la vida y la muerte, los muertos vivos; una forma más perversa y desgarradora del ejercicio del poder. Primero se fueron reduciendo poco a poco a cada momento las formas de vida; la inmunidad prevaleció frente a la comunidad como forma de vida social; los ámbitos de la vida salieron de lo público para reducirse y resguardarse en lo privado, cada vez más cerca de sí mismos; en Ciudad Juárez se dejó de poder vivir, luego la muerte pasó a ser la producción masiva de cadáveres, después los cuerpos se mantuvieron ausentes y con ello llegamos a los que aún no aparecen, ni con el rostro de la muerte, ni con la cara más potente de la vida: los desaparecidos.

Nuestros desaparecidos.

Bibliografía

Agamben, G. (2000). *Lo que Queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-Textos.


_____ (2001) *Medios Sin Fin*. Valencia: Pre-Textos.

EZLN. (2011). Palabras del EZLN en la movilización de apoyo a la Marcha Nacional por la Paz. En *Desinformémonos*. Recuperado en: <http://desinformemonos.org/2011/05/palabras-del-ezln-en-la-movilizacion-de-apoyo-a-la-marcha-nacional-por-la-paz/>

Mbembe, A. (2012). *Necropolítica, una revisión crítica. Estética y Violencia: necropolítica, militarización y vidas lloradas*. México: UNAM.

Rancière, J. (2010). *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Sicilia, J. (2011). Carta abierta a políticos y criminales. En *Proceso*, No. 1976. Recuperado en: <http://www.proceso.com.mx/?p=266990>



Autoritarismo y nuevas formas de resistencia social en México

Octavio Solís

Nuestro país se encuentra actualmente en medio de vertiginosos cambios internos y globales. El mundo está cambiando a gran velocidad, herencia de un Siglo XX intenso, violento, cargado de utopías con sus respectivas revoluciones sociales, aunque también tecnológicas. Las alteraciones han alcanzado todos los aspectos de la vida en los seres humanos. La información en general se produce y transcurre a una velocidad sin precedentes.

Un hecho social o político acontecido en la India puede conocerse en todo el mundo en cuestión de minutos. Por otro lado, las actividades cotidianas de los seres humanos han sido trastocadas por las nuevas tecnologías. El internet, las computadoras y las redes sociales son indisolubles del mundo del trabajo, o al menos de una buena parte de él.

En el caso de México, las pasadas elecciones presidenciales del 2012 resultan muy ilustrativas acerca de las transformaciones en el ejercicio de la política; consecuencia, entre otras cosas, de los cambios en la comunicación.

La irrupción del movimiento juvenil conocido como #Yo-Soy132 semanas antes de las elecciones, en primera instancia, deshizo el guion preestablecido por la clase política mexicana. Hubo un antes y un después en la campaña electoral a partir de las movilizaciones juveniles. Todos los candidatos presidenciales incorporaron en su agenda política, demandas surgidas desde el

#YoSoy132, como el tema de las telecomunicaciones, lo cual pudimos observar a raíz del contraste entre el primero y el segundo debate de los candidatos.

En segundo lugar, se desbordó en las calles mucho de lo que ya no cabe en el esquema tradicional de la política, es decir, el movimiento social en cuestión reflejó el hartazgo de una gran cantidad de jóvenes hacia todos los partidos políticos existentes y hegemónicos en este momento. En varias ocasiones se pronunciaron públicamente como apartidistas, pero no apolíticos, lo que evidenció la enorme desvinculación que existe entre los partidos políticos y la sociedad.

Además, innovó en formas organizativas y de movilización social: con el uso de las redes sociales como instrumentos de comunicación, sobre todo para las primeras convocatorias espontáneas, se logró reunir a más de cien mil jóvenes en las marchas –lo que resultó un fenómeno inédito en nuestro país–, sin olvidar su pletórica y muy peculiar creatividad en sus expresiones lingüísticas, visuales y artísticas. Y aunque el resultado electoral es bastante conocido, aún resta entender con profundidad el fenómeno social y político que se desprende de aquella coyuntura.

El regreso del PRI: ¿retroceso o sofisticación autoritaria?

El triunfo electoral del Partido Revolucionario Institucional (PRI), fenoménicamente ha sido interpretado como un retroceso histórico, con el argumento de que regresa al poder Ejecutivo una fuerza política que representa todos aquellos vicios culturales que los mexicanos no hemos podido superar, como el paternalismo, el caudillismo, la corrupción y nuestra propensión al autoritarismo, para arribar a una mejor democracia, entendida ésta como Norberto Bobbio lo plantea:

[...] para una definición mínima de democracia, como es la que adopto, no basta ni la atribución del derecho de participar directa o indirectamente en la toma de decisiones colectivas para un número muy alto de ciudadanos ni la existencia de reglas procesales como la de mayoría. Es necesaria una tercera condición: [garantizar]

los llamados derechos de libertad de opinión, de expresión de la propia opinión, de reunión, de asociación [...] es decir del Estado que no sólo ejerce el poder *sub lege*, sino que lo ejerce dentro de los límites derivados del reconocimiento constitucional de los llamados derechos `inviolables` del individuo (Bobbio, 2003: 26).

En poco ayuda a entender la realidad actual un enjuiciamiento que apela a una restauración presidencialista *per se*. Las iniciativas de gobierno en los primeros meses del presente Ejecutivo Federal, como el “Pacto por México” y sus reformas aprobadas sin consultar a la sociedad o a los afectados –como es el caso de la reforma educativa con respecto a los profesores–, nos advierten que sus pretensiones van en un sentido diferente, respecto de una burda restauración del viejo sistema político presidencialista.

En primera porque las condiciones histórico-sociales actuales impiden la instauración de un modelo político que sólo puede lograrse bajo un contexto que en nuestro país dejó de existir desde hace ya varios años. La categoría de “presidencialismo”, como cualquier concepto sociológico, es histórica. En el contexto mexicano apela a una configuración del poder político en el que todos los poderes, legales o no, se subordinan a la figura presidencial, se corporativiza a los sectores sociales, se organiza a los empresarios, se repliega al ejército, y se pacta con los poderes fácticos, obteniendo con ello un poder *metaconstitucional*.

Un análisis que descontextualice la definición de “presidencialismo”, queriendo aplicarla a cualquier momento sin comprobar si acaso se cumplen las condiciones históricas mínimas, se quedará atrapado en la retórica política.

Estos cambios histórico-sociales son en varios niveles. Por un lado, están las transformaciones en las mentalidades de los mexicanos, consecuencia de un proceso de politización y concientización social, en el que ciertas libertades políticas se encuentran hoy enraizadas. Por otro lado, está la consolidación de la democracia en todo el orbe, no sólo como sistema de gobierno, sino como modelo paradigmático.

Huntington nos dice al respecto –y para referirse a la integración de los sistemas democráticos en un mundo cada vez más

demandante de una uniformidad ideológica–: “El mundo a fines del Siglo XX, no es una casa particular, sino que se está integrando cada vez más. La interdependencia es el signo de los tiempos” (Huntington, 1994: 40). Por su parte, en su clásico libro *El futuro de la democracia*, Bobbio menciona: “A pesar de lo que se diga, ninguno de los regímenes democráticos nacidos en Europa después de la Segunda Guerra Mundial ha sido abatido por una dictadura, como sucedió en cambio después de la primera. [...] el mundo de las democracias occidentales no está seriamente amenazado por movimientos fascistas.” (Bobbio, 2003: 15).

El sistema político mexicano que Daniel Cosío Villegas llegó a definir como “Una monarquía absoluta sexenal, hereditaria en línea transversal” (Cosío, 1973: 31), en alusión al presidencialismo del siglo pasado, se empezó a resquebrajar desde hace varias décadas, pero su desmantelamiento real se efectuó desde 1997, año en que el PRI dejó de ser mayoría absoluta en la Cámara de Diputados. Desde entonces los poderes fácticos (narcotráfico, televisoras), locales (gobernadores), y distintas instituciones (Poder Legislativo, sindicatos), han adquirido una autonomía relativa, que hoy resulta imposible disolver por completo.

El encarcelamiento de Elba Esther Gordillo, exdirigente del sindicato más poderoso de México, es parte de una estrategia general para fortalecer el poder presidencial o hacer uso de la violencia para reconstruir una legitimidad erosionada –consecuencia de un proceso electoral cuestionado por una parte de la izquierda partidista y social–. Pero ello no da para instaurar en automático el presidencialismo como se vivió hace un par de décadas.

Existe además una revolución tecnológica que ha devenido en una serie de transformaciones en el mundo de la comunicación, por ende, en las relaciones humanas y sus interacciones. Estos cambios han alterado no sólo el confort cotidiano de los seres humanos: las alteraciones alcanzan tales proporciones que nuestra generación es testigo del surgimiento de una nueva era en la humanidad. El internet es hoy lo que en su momento significó la imprenta; tal vez no la causa directa de la transición de la Edad Media a la modernidad, pero sí el instrumento perfecto que acelerara los cambios necesarios para que se lograra.

Sucede lo mismo con las nuevas redes de comunicación. No son en sí mismas instrumentos de libertades democráticas o incluso de una ideología definida: sirven para consolidar un poder o para derruirlo. “Poder es algo más que comunicación, y comunicación es algo más que poder. Pero el poder depende del control de la comunicación, al igual que el contrapoder depende de romper dicho control” (Castells, 2012: 23).

Lo que ha quedado demostrado, sobre todo por autores como Manuel Castells, son las fuertes repercusiones de los cambios en la comunicación, que no sólo tienen que ver con las llamadas redes sociales, sino con toda una reconfiguración del tiempo-espacio en todos los ámbitos de la vida, como son la economía, la cultura, lo social, a través del surgimiento de sociedades red, todo esto configurado en un proceso más antiguo: la globalización. Ésta se inicia antes de la era digital, aunque finalmente su conexión sirve para acelerarla. Algo fundamental es que tal vez no todos participen en las redes, pero todos se ven afectados por sus efectos (Castells, 2012).

En la sociedad red el poder está redefinido, pero no ha desaparecido. Como tampoco han desaparecido los conflictos sociales [...] el terreno en que operan las relaciones de poder ha cambiado de dos formas principales: se ha construido primordialmente alrededor de la articulación entre lo global y local y está organizado principalmente en redes, no en unidades individuales (Castells, 2012: 81).

Esto significa que todas aquellas teorías clásicas que definen el poder o las relaciones de poder, como el concepto de legitimidad en Weber, hegemonía en Gramsci, el orden del discurso en Foucault, por mencionar algunos, siguen siendo vigentes, pero es necesario ubicar los nuevos escenarios que día con día definen esa eterna lucha.

El regreso del PRI al Poder Ejecutivo abre un proceso de reconfiguración del sistema político. Su ausencia durante 12 años desencadenó una descentralización del poder político. La conformación de la Comisión Nacional de Gobernadores (CONAGO) en

2002 es resultado de un empoderamiento de los gobernadores ante la disminución de la figura presidencial, sobre todo porque los presidentes en turno eran de un partido político contrario (panistas) a la mayoría de los gobernadores (priistas).

Hoy que los priistas coinciden, en la presidencia y como mayoría en las gubernaturas, se inicia el reagrupamiento político en torno al actual presidente de la República; un hecho natural, pero que no estará ausente de contradicciones y dificultades. Dicho de otra manera, se podría hablar de un *neopresidencialismo*, caracterizado por las nuevas condiciones históricas en nuestro país y el mundo. Existen fuerzas sociales y poderes fácticos que evitarán cualquier intento de restauración del sistema autoritario como se vivió buena parte del siglo pasado. En palabras de Luis Rubio:

El principal choque será el que tendrá lugar entre el intento por restaurar y la terca realidad. Desde el divorcio del PRI y la presidencia, el gobierno ya no cuenta con el instrumental que caracterizaba al Ejecutivo hace décadas y la mayor parte de los medios que antes estaban a su disposición simplemente desapareció. La sociedad se ha tornado mucho más compleja; los llamados poderes fácticos, antes dentro del espacio de control priista, ahora navegan en sus propios mares; la realidad económica internacional —comenzando por el TLC— le impone límites reales a la autonomía de un gobierno; las cadenas productivas inexorablemente vinculan al país con el exterior; la comunicación e internet constituyen factores reales de poder; la sociedad tiene medios de acción que hubiesen sido inconcebibles en la vieja era priista (Rubio, 2012: 21).

Génesis histórica del PRI

Para entender hacia dónde es posible que se dirijan los esfuerzos de restauración autoritaria del PRI, es obligado revisar sus orígenes, ya que en gran medida el éxito de su resurgimiento tiene que ver con aquello que en los primeros años de su derrota electoral del 2000 parecía su mayor debilidad: su falta de ideología.

Haberse convertido en una estructura amorfa ideológicamente, representó desde el inicio una tara de la cual se beneficiarían según las circunstancias.

Desde el surgimiento del Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929, encontramos ese aspecto *sui géneris* que vendrá a ser desde entonces su sello. Luis Javier Garrido nos dice:

Los callistas creían firmemente en la necesidad de consolidar un aparato estatal fuerte [...]. Las experiencias del fascismo italiano, del kemalismo turco, del kountang chino y del aprismo peruano, vagamente conocidas por ellos, les confirmaban en su idea de organizar un partido permanente que, sin dejar de ser un partido oficial, fuese una gran organización que rompiera los modelos de las democracias burguesas (Garrido, 2005: 73).

Aunque más adelante, ya en el transcurso de su consolidación, uno de sus mayores obsesiones fue promover el desarrollo capitalista burgués en nuestro país.

Durante los primeros años del siglo pasado, la humanidad fue testigo de una explosión de distintas experiencias de regímenes políticos, desde el modelo de la Unión Soviética, hasta el fascismo italiano, todas con la particular distinción de poner en el centro a las masas, las cuales habían irrumpido en la vida social como actores principales bajo el signo de la desgracia de la Gran Guerra (1914-1919). Si la centuria decimonónica fue conocida como el siglo de la ciencia y la razón, el siglo pasado está signado por la entronización de las masas en todos los aspectos de la vida pública.

Plutarco Elías Calles entendió perfectamente que la consolidación de un sistema político requería la centralización e institucionalización del poder en México, para garantizar un Estado fuerte que lograra el anhelo de distintas generaciones de mexicanos: gobernabilidad en cada transición política. La salida política fue ante todo práctica; poco importó entonces y poco sigue importando una ideología clara.

El objetivo era y es, el arribo, la concentración y la permanencia del poder. Tenemos así un PNR con retórica socialista, pero con dinámicas corporativas fascistas; revolucionario y conservador. El

éxito alcanzado por la clase política mexicana —al construir una maquinaria de poder tan sofisticada— fue gracias a la asimilación que hicieron de otras experiencias políticas y saber adaptarlas a las condiciones de nuestro país.

La actual permanencia del PRI en el poder, atraviesa necesariamente por reconocer la situación internacional en combinación con los problemas y requerimientos nacionales. Esto significa que de nueva cuenta su laxitud ideológica le permite mimetizarse frente a otros modelos políticos que han tenido éxito como sistemas autoritarios en pleno Siglo XXI. Según Linz:

[...] los autoritarismos contemporáneos son sistemas de pluralismo político limitado, cuya clase política no rinde cuentas de sus actos, que no se basan en una ideología de referencia debidamente articulada, sino que se caracteriza por mentalidades propias, donde no existe una movilización política diseminada y en gran escala, salvo en algunos momentos de su desarrollo, y en que un líder, o a veces un pequeño grupo, ejerce el poder político dentro de límites mal definidos en el plano formal, pero efectivamente previsibles (Alarcón, 2007: 124-125).

En el caso mexicano existen condiciones parecidas a las descritas por Linz, aunque no fielmente, ya que contamos con una libertad de expresión, inconcebible en un régimen autoritario en el sentido clásico del término, pero por otro lado, hay una fuerte inclinación en nuestra cultura política hacia el autoritarismo. Las rémoras del viejo modelo que no sólo definieron el sistema de gobierno sino todas nuestras conductas cotidianas, actualmente siguen presentes.

Para entender el proceso previo a la instauración de un régimen autoritario, tenemos dos visiones encontradas: por un lado está la que sostiene que el autoritarismo es una respuesta a la movilización política, cuando las instituciones tradicionales se encuentran amenazadas, idea defendida por Samuel Huntington y Guillermo O'Donnell, aunque por el contrario, Linz menciona que son el resultado de una ausencia de movilización social y política (Alarcón, 2007). Cualquiera que esto sea, una de las causas

que pesan, con o sin movilización política, son las condiciones internacionales, mejor dicho, los intereses internacionales. En el caso mexicano, la intromisión de Estado Unidos ha sido determinante a lo largo de toda nuestra historia.

El autoritarismo del Siglo XXI

A pesar de que existe en este momento un consenso general sobre el triunfo de las democracias en el mundo, no significa un absoluto. Han logrado sobrevivir al cambio de siglo algunos regímenes autoritarios como el chino. Otros más han dado pequeños pasos hacia atrás, como el ruso, que venía de un sistema totalitario, con un paréntesis democrático, para reconfigurarse en un modelo autoritario.

El sistema político chino es un claro ejemplo de un gobierno autoritario, que a finales del siglo pasado se reconfiguró en un modelo mixto con una economía abierta y un monopartidismo. La ausencia de libertades políticas ha sido posible, en parte, gracias a una estabilidad y crecimiento económico, lo que al mismo tiempo ha permitido la restricción y el control de espacios tan libres como el internet.

El reciente autoritarismo ruso es resultado del desmantelamiento del sistema soviético (1991), con su herencia totalitaria, lo que trajo una severa crisis interna. De igual forma diversos conflictos internacionales –como la guerra con Chechenia en 1994 y Georgia en 2008– fueron aprovechados favorablemente por el ahora presidente ruso Vladimir Putin. Su apuesta ha sido reforzar el nacionalismo ruso y un modelo económico basado en la simbiosis de una economía liberal y al mismo tiempo estatizada.

No sería descabellado pensar que en México se pretende instaurar un sistema político autoritario basado en un crecimiento económico y sobre todo, en el futuro control de la información. “El poder se basa en el control de la comunicación y de la información, ya sea en el macro poder del Estado y de los grupos de comunicación o el micro poder de todo tipo de organizaciones” (Castells, 2012: 23).

Resistencia y movilización en el Siglo XXI

Actualmente, el objetivo más importante de las clases dirigentes, al menos en México, en los albores del nuevo siglo, ya no es movilizar y corporativizar a las masas, sino construir su hegemonía a través de las nuevas formas de legitimación: desde el control de la comunicación. Por otro lado, con los cambios en la comunicación han surgido nóveles formas de resistencia local-global, y es desde las recientes redes de interacción donde se podrá fortalecer cualquier contrapoder con fuertes alcances.

Es importante aclarar que los recientes movimientos juveniles, como lo hicieron los movimientos estudiantiles de finales de los sesenta del Siglo XX, no sólo se han manifestado en contra de los regímenes autoritarios, sino también contra las democracias, contra gobiernos nacionalistas, progresistas, socialdemócratas y liberales; con distintos desenlaces y orígenes, diferentes demandas y simbolismos.

Un factor común es que demuestran hartazgo de sus respectivas clases políticas tradicionales, tal como lo plantea José Ortega y Gasset en su clásico texto *El tema de nuestro tiempo*: “Ha habido generaciones que sintieron una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio. Entonces se vive en épocas acumulativas. Otras veces han sentido una profunda heterogeneidad entre ambos elementos, y sobrevinieron épocas eliminatorias y polémicas, generaciones de combate” (Ortega y Gasset, 2002: 8).

Desde esta óptica, antes que movimientos estudiantiles, estaríamos frente a un movimiento generacional, juvenil, que pretende renovar todos los aspectos de la vida social (cultural, económico, político, educativo). Para ello es menester que se desmarquen con prolijidad de lo que hasta este momento se ha hecho, sobre la base de nuevas formas de expresión simbólicas y lingüísticas. Esto nos lleva a otra de sus características comunes: el uso de las redes sociales. Una realidad, un mundo en el que quienes llevan ventaja, quienes se sienten más cómodos, son precisamente las nuevas generaciones.

En el caso particular de México, una de sus mayores virtudes de #YoSoy132 fue pronunciarse por la democratización de los

medios de comunicación. Me atrevería a decir que con esta propuesta, el movimiento juvenil inauguró el Siglo XXI mexicano.

La disputa entre el poder y el contrapoder atraviesa necesariamente por una lucha ideológica, por una contienda hegemónica de las ideas que permita, ya sea conservar el orden de las cosas, o la subversión de la concepción preestablecida. El escenario de guerra por excelencia para esta disputa son los medios de comunicación, donde la tecnología, los recursos económicos, el ingenio y la capacidad organizativa juegan un papel fundamental.

Esto ha sido así desde las primeras grandes civilizaciones. En Roma eran utilizados los muros de la ciudad para realizar pintas en contra del César. Comunicar así un mensaje del pueblo, para el pueblo. La diferencia en estos tiempos que corren, es que la comunicación se ha convertido en el motor principal de las actuales sociedades, orquestadas en el fenómeno nada reciente, pero el cual ha cobrado mayor fuerza en los últimos 50 años: la globalización.

Cualquier forma de resistencia política debe considerar a la comunicación como un elemento sustancial. Durante la revolución iraní de inicios de los ochenta, las cintas magnetofónicas fueron el instrumento de comunicación de la resistencia; los discursos del imán Jomeini recorrían el territorio nacional subrepticamente en *cassetes*, camuflados con grabaciones de conjuntos de música pop (Kapuscinski, 2011). Esto permitió construir un discurso alternativo, generar un liderazgo, pero sobre todo, una idea alternativa a la monarquía raquíta del Sha. Aunque también ayudó a que todos los miles de inconformes se lograran reconocer frente a otros miles, saber que no estaban solos frente a un poder que se alimentaba del miedo de cada uno de los dominados. Al respecto, Ryszard Kapuscinski menciona que:

[...] los tiranos, más que al petardo o al puñal, temen a aquello que escapa a su control: las palabras. Las palabras que circulan libremente, palabras clandestinas, rebeldes. [Por otro lado] El miedo aparecía como aliado del policía y enemigo del hombre de la multitud. Imponía su ley, lo resolvía todo. Y ahora esos dos hombres se encuentran cara a cara y el miedo ha desaparecido

[...]. Todos los libros dedicados a las revoluciones empiezan por un capítulo que trata de la podredumbre de un poder a punto de caer de la miseria y los sufrimientos del pueblo. Y, sin embargo, deberían comenzar por uno que se ciñera al aspecto psicológico de cómo un hombre angustiado y asustado de pronto vence el miedo [...]. Sin eso no habría revolución alguna (Kapuscinski, 2011: 135, 141, 142).

En el caso estricto de una dictadura, el miedo está descrito con estas magnitudes y alcances, pero en cualquier régimen de gobierno, el miedo existe, incluso como temor a perder lo poco o mucho que cada individuo ha obtenido; temor a la disolución de esa realidad individualizada y cómoda. Aunque de igual forma, existen otros elementos psicológicos que impiden el surgimiento de una revolución, como el conformismo, la indiferencia, el egoísmo, que nos impiden reconocernos frente a los otros, lo que provoca que se pierda la visión de conjunto de los problemas sociales.

Sin embargo, el proceso de concientización no sólo requiere la difusión y circulación de ideas, sino que atraviesa necesariamente por la objetivación de la conciencia, esto es, que deben generarse condiciones concretas para que el pensamiento crítico tenga repercusiones en la mente de los individuos. De igual forma, la sola agudización de los problemas sociales no es suficiente para despertar la conciencia crítica. Es menester la confluencia mínima de ambos fenómenos.

Un caso emblemático es lo sucedido en San Salvador Atenco en el año 2006. Después de que se llevó a cabo la brutal represión entre el 3 y 5 de mayo de ese año, salimos no más de cinco mil personas a manifestarnos contra los actos cometidos por las policías federal, estatal y municipal. Sin embargo, seis años más tarde, en las movilizaciones del #YoSoy132, donde acudieron casi cien mil personas, una de las consignas centrales fue lo sucedido en Atenco.

Lo anterior se explica a partir de que la represión ejercida contra el Frente de los Pueblos en Defensa de la Tierra fue posible no sólo por el aparato represor del Estado, sino gracias a una fuerte campaña de “justificación” a través de los medios tra-

dicionales de comunicación. En seis años han aparecido nuevas formas de comunicación como las redes sociales, desde donde fluye información completamente libre, aunque anárquica. Pasaron seis años para que se generara una reinterpretación colectiva de los hechos ocurridos en Atenco. Y fue precisamente desde las redes sociales donde se generaron las primeras convocatorias de lo que después sería #YoSoy132.

Ahora que Enrique Peña Nieto ha tomado posesión, que ha aglutinado a buena parte de la clase política en el “Pacto por México”, que se ha detonado un escenario de represión y radicalización ideológica, además de la polarización al interior del movimiento, lo que se necesita es reflexionar con profundidad para atalayar un mejor derrotero que permita consolidar, si no una gran organización política, por lo menos construir la unidad de buena parte de las izquierdas en nuestro país. Para lograrlo, se requiere partir de la autocrítica y esbozar posibles escenarios.

De todos los errores cometidos por #YoSoy132, el de mayores repercusiones fue la ausencia de un debate ideológico al interior del movimiento. Al inicio de la coyuntura fue imposible realizarlo por una condición natural: la falta de organización. Más adelante, postergarlo significó una salida fácil, puesto que entablar una discusión ideológica hubiese generado la posibilidad de una división interna, ya que las diferencias eran muchas. Dicho de otra manera, en aras de la unidad en el corto plazo, se sacrificó el contenido y rumbo político para el largo plazo.

Todo movimiento de masas conlleva inevitablemente una cresta y un reflujo. Incluso en ocasiones esa doble característica puede ser cíclica; lo importante es convertir esa naturaleza dicotómica en un círculo virtuoso. Para lograrlo es obligado adelantarse a cada uno de los tiempos, darle un cauce, una dirección política clara. En un artículo publicado en el número 15 de la revista *Consideraciones*, en el mes de octubre del año 2013, menciono que en los primeros meses del movimiento conocido como #YoSoy132 se podían anticipar por lo menos cinco tiempos definitorios: 1) su aparición en el contexto pre-electoral; 2) su respuesta al proceso electoral; 3) reorganización; 4) toma de protesta de Enrique Peña Nieto; y 5) los primeros meses de su gobierno.

El primer tiempo significó un triunfo rotundo: su inesperado surgimiento, así como su contundente fuerza y sus modos espontáneos y creativos le infundieron efectividad y eficacia política frente a políticos aletargados, sin embargo, los otros cuatro tiempos fueron desaprovechados. Aferrarse a una impugnación de las elecciones federales hizo que #YoSoy132 se encaminara a un callejón sin salida y se comió con ello el tercer tiempo, el más importante de todos, para reconstruirse, reorganizarse y llenar de contenido ideológico al movimiento. Lo que ha seguido desde entonces es actuar bajo los tiempos del poder presidencial.

Hubo un momento en que la inercia, el ímpetu de las movilizaciones juveniles, hicieron parecer que se podía conformar una fuerza social que figurara, en primera instancia, como un contrapeso, para después convertirse en una alternativa política real desde una nueva izquierda. El desenlace de las movilizaciones, la ausencia de un programa político de gran envergadura, la fatídica respuesta frente al resultado electoral, el desgaste natural y las divisiones internas, dieron al traste con esa posibilidad.

Pero, más allá de la disolución del #YoSoy132 y de la propia consolidación del PRI en el poder, la historia sigue su curso. Las movilizaciones del mes de mayo de 2012, representan la inconformidad de un México que apela inequívocamente a la memoria colectiva, pero sobre todo, a un ominoso pasado que sólo el cinismo nos puede hacer olvidar. O tal vez el conformismo. Y esa misma fuerza social sigue, sólo que dispersa y amorfa.

Su reconstrucción atraviesa por la conformación de plataformas de comunicación sólidas, trascender la demanda sobre la democratización de los medios de comunicación y construir medios alternativos propios, pero sobre todo, entablar un diálogo entre todas las izquierdas; abonar a una discusión política seria. Esto es, promover e impulsar el debate ideológico por medio de publicaciones impresas y virtuales.

En este país jamás ha sido posible la unidad de todas las izquierdas. Sólo en dos ocasiones ha existido la posibilidad de aglutinar al mayor número de ellas. En la conformación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) en 1962, encabezado por Lázaro Cárdenas, y en la creación del Frente Democrático Nacio-

nal (FDN) en 1988, dirigido por Cuauhtémoc Cárdenas, aunque en ninguna de esas coyunturas fue posible la unidad total de las izquierdas.

Una de tantas razones que han impedido la confluencia de las distintas fuerzas políticas, es la ausencia de un programa político ideológico de largo alcance que permita trascender el caudillismo y al mismo tiempo la militancia política coyuntural. Tal vez no sea la única forma de sentar las bases para una renovación política de las izquierdas, pero estoy convencido de que a pesar de ser un camino largo, es también una certeza para transitar hacia un círculo virtuoso que coloque en el centro un proyecto y las ideas necesarias para hacer confluir las suficientes voluntades que una empresa de esa naturaleza obliga.

Bibliografía

- Alarcón, V. (coord.). (2007). *Tratado de ciencia política*. México: Anthropos-UAM.
- Bobbio, N. (2003). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, M. (2012). *Comunicación y poder México: Siglo XXI Editores*.
- Cosío, D. (1976). *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*. México: Joaquín Mortiz.
- Garrido, L. J. (2005). *El partido de la revolución institucionalizada*. México: Siglo XXI Editores.
- Huntington, S. (1994). *La tercera ola, la democratización a finales del siglo XX*. España: Paidós.
- Kapuscinski, R. (2011). *El Sha, o la desmesura del poder*. España: Anagrama.
- Linz, J. (1987). *La quiebra de las democracias*. Madrid: Alianza Editorial.
- Ortega y Gasset, J. (2002). *El tema de nuestro tiempo. La rebelión de las masas*. México: Porrúa.
- Rubio, L. (2012). Restaurar ¿qué? En *Nexos*, N° 415.

#YoSoy132: elementos para un balance

Nahúm Pérez Monroy

El contexto de los movimientos sociales

Desde el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), los movimientos sociales identificados con la izquierda social (movimientos que luchan por la ampliación de las libertades democráticas, los derechos humanos, la justa distribución de la riqueza, la preservación del medio ambiente, etcétera), entraron en un periodo histórico que hizo surgir en su interior elementos de reacción a lo que erróneamente se denominó como “socialismo real”.

En realidad lo que colapsó fueron los regímenes totalitarios del estalinismo, basados en la dominación de la burocracia parasitaria del aparato estatal soviético sobre millones de seres humanos. No obstante, la ofensiva ideológica que siguió a la caída del muro de Berlín y la URSS fue de tal magnitud que, como tendencia internacional, consiguió desterrar del discurso ideológico de los movimientos sociales toda alusión a la lucha de clases y toda crítica al sistema de producción capitalista. En el libro *Izquierdas e izquierdismo*, Octavio Rodríguez Araujo resaltó, a principios de este siglo, algunas de estas características:

Es una izquierda más interesada en crear situaciones de ruptura [...] que en definir objetivos [...]. Se desdeña la organización y por lo mismo la existencia de dirigentes. Se les dice no a las jerarquías (incluso a un moderador) y a un orden del día [...]. Pareciera que el orden fuera

negativo y el desorden positivo [...]. No parece casual que a finales de Siglo XX e inicios del XXI, el liberalismo y el anarquismo cobren de nuevo importancia. Ambas corrientes de pensamiento se basan en el indeterminismo, en el individualismo y en la libertad del individuo, en el fin de la historia y también, sobre todo para los pensadores que se dicen posmodernos, en el fin de las utopías y hasta las ideologías (Rodríguez, 2001: 195).

Además del resurgimiento del individualismo y el rechazo a la constitución de todo tipo de dirección colectiva, se acentuó en los movimientos sociales la negativa a la estrategia socialista de la toma del poder, a toda participación en la esfera política y a cualquier discurso de orientación revolucionaria. Comenzó a ser cada vez más frecuente que la crítica al neoliberalismo escondiera una idealización nostálgica de los tiempos del Estado de Bienestar, pues al rechazar toda crítica al capitalismo se dejaba de lado que el neoliberalismo es sólo el modelo actual de aquel sistema.

Ahora bien, sería erróneo considerar la reacción ideológica acontecida como algo completamente negativo. Al hacer resaltar las ideas de horizontalidad y espontaneidad, los movimientos sociales intentaron distanciarse de manera sana de las tradiciones burocráticas del estalinismo y de la degeneración que los partidos comunistas habían experimentado desde los años 70 en su conversión a las tesis del eurocomunismo. El lado negativo es que esta reacción ideológica no fortaleció a las corrientes del socialismo democrático, sino que también las debilitó y propició la despolitización, la desorganización y el predominio de una ideología que, presentándose como novedosa, en realidad promovía elementos de corte conservador en los movimientos juveniles.

Un ejemplo emblemático de este fenómeno fue el movimiento “altermundista”, nacido en los últimos años del Siglo XX y que fue ideológicamente patrocinado por medios de comunicación de orientación socialdemócrata y por Organizaciones No Gubernamentales (ONG’s) ligadas a grandes emporios comerciales. Sólo la crisis capitalista, iniciada a finales de 2008 (una crisis estructural de sobreproducción), ha sido capaz de modificar nuevamente la psicología de las clases sociales y la orientación ideológica de los

movimientos sociales. La completa ruina de la economía internacional que está llevando al paro y a la miseria a millones de personas en todo el planeta, ha hecho resurgir nuevamente, aunque de forma insuficiente, la crítica al capitalismo y la necesidad de luchar por el socialismo: elementos que habían permanecido excluidos del discurso dominante de los movimientos sociales por casi dos décadas.

El movimiento mexicano #YoSoy132 surge precisamente en este escenario: un periodo caracterizado por la crisis capitalista más grande de todos los tiempos y que está acentuando la lucha de clases a nivel global. Del ciclo de “Revoluciones del Mundo Árabe” al inédito movimiento estadounidense *Occupy Wall Street*, y de las masivas huelgas generales en Grecia a las luchas callejeras en Turquía y Brasil, a continuación se expone sucintamente el desarrollo del movimiento #YoSoy132 desde la visión de quien fuera vocero por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y participante activo en todas sus etapas.

La génesis del movimiento #YoSoy132

#YoSoy132 fue un movimiento coyuntural, cuya capacidad de convocatoria se desplegó a partir del interés creciente de un sector de la juventud mexicana en las elecciones presidenciales del 2012, y en su anhelo de impedir el regreso del Partido Revolucionario Institucional (PRI) al poder. Debe recordarse que ya en el pasado (1929-2000), México había sido gobernado de forma autoritaria por este partido prácticamente sin ninguna oposición. A lo largo de siete décadas, el PRI había sido el instrumento hegemónico que regulaba el acceso al poder, que conciliaba las pugnas entre los diferentes sectores de la burguesía mexicana y que ejercía un control corporativo absoluto sobre los sindicatos, el campesinado e importantes grupos de la clase media. Esta situación había posibilitado la edificación de lo que escritor peruano Mario Vargas Llosa describió como “la dictadura perfecta”.

Fue en el interregno 2000-2012 que el país experimentó la alternancia política al albergar dos administraciones del derechista

Partido Acción Nacional (PAN). Sin embargo, lejos de representar un cambio real, durante dos sexenios el panismo supo ser fiel continuador de la doctrina neoliberal y pudo adaptarse sin problemas a las redes clientelares que el PRI había consolidado en el pasado. Así, al término del sexenio de Felipe Calderón Hinojosa (2006-2012), la crisis de legitimidad del régimen se había ensanchado y se hacía imprescindible para las cúpulas empresariales optar por el regreso del PRI a la presidencia, pues aunque desacreditado, era el partido que seguía manteniendo el control de la mayoría de las gubernaturas de los estados con su estructura corporativa.

En tanto, Andrés Manuel López Obrador (AMLO), candidato de los partidos políticos de izquierda, seguido por millones de trabajadores del campo y la ciudad –y el único con posibilidades reales de revertir un posible fraude electoral–, se había dedicado a desmovilizar a sus bases con una política de conciliación de clases sintetizada en el lema de la “República del Amor”. Por estos motivos, la prensa oficial y los analistas de régimen daban por hecho que el priista Enrique Peña Nieto ganaría los comicios presidenciales con amplio margen de maniobra e incluso anunciaban que lo haría con 18 puntos porcentuales por encima de sus oponentes.

Los hechos se encargaron de desechar estas predicciones y pusieron en el centro del interés nacional un factor que los analistas políticos no habían contemplado: la eclosión del descontento juvenil. El 11 de mayo de 2012, Peña Nieto fue abucheado en la Universidad Iberoamericana por centenares de jóvenes, quienes le recriminaron sus crímenes cometidos en el poblado de San Salvador Atenco cuando era gobernador del Estado de México. A la protesta juvenil siguió la condena mediática por parte de las principales televisoras y consorcios de la prensa escrita, que los calificaron de vándalos y acarreados. Esta manipulación descarada resultó contraproducente al oligopolio televisivo, pues generó en cuestión de horas una respuesta encendida de los jóvenes en las redes sociales bajo el *hashtag* #YoSoy132.

Días más tarde, dos acontecimientos simultáneos lograron electrizar el ambiente político y hacer temblar al duopolio de la televisión mexicana, Televisa y Tv Azteca: los estudiantes de la

Universidad Iberoamericana y del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) marcharon paralelamente a las instalaciones de Televisa en las colonias Santa Fe y San Ángel, respectivamente, para exigir veracidad y transparencia informativa. El acontecimiento despertó una gran conmoción entre la opinión pública, pero en particular, en el sector democrático de los estudiantes universitarios del Distrito Federal.

Los primeros contactos entre estudiantes de universidades públicas y privadas se dieron el 19 de mayo, precisamente al finalizar la primera movilización “Anti Peña Nieto”, fenómeno también espontáneo convocado desde las redes sociales y cuyo propósito era también evitar el regreso del PRI al poder. Por primera vez en la historia del movimiento estudiantil se dieron cita en un mismo espacio de organización, estudiantes de la Universidad Iberoamericana, de la UNAM, de la Universidad Autónoma Metropolitana, del Instituto Politécnico Nacional, de la Universidad del Valle de México, de la Universidad Anáhuac, del Instituto Tecnológico de Monterrey, de la Universidad Lassalle y del ITAM. En una sesión que duró casi 5 horas, se delinearon los objetivos iniciales del movimiento y se llamó a todos los jóvenes del país a luchar por la democratización de los medios de comunicación.

Los jóvenes que habían iniciado #YoSoy132 tenían escasa experiencia política y eran, en su mayoría, estudiantes de universidades privadas con referentes políticos y culturales muy distintos a los jóvenes de las universidades públicas.⁵³ El 23 de mayo fue el punto de arranque. Ese día se dieron cita más de veinte mil jóvenes en la Estela de Luz en un acto político que desbordó las expectativas de los organizadores. A partir de entonces empezaron a surgir cientos de asambleas estudiantiles por todo el país. El movimiento juvenil iniciaba así con una pronunciada curva en ascenso.

En decenas de universidades e instituciones educativas se conformaron núcleos que dieron vida a una estructura de organización general denominada Asamblea General Interuniversitaria

⁵³ Debe tenerse en cuenta que durante la segunda mitad del Siglo XX, el movimiento estudiantil fue un agente fundamental de transformación social en México y que estuvo dominado, casi en su totalidad, por las instituciones de educación superior públicas, por lo que la inserción de las universidades privadas en la participación política tuvo un impacto significativo por estos días.

(AGI), que reprodujo, en cierta medida, lo que ha sido una constante en el modelo de organización de los movimientos estudiantiles de la capital desde inicios de los 90: una estructura horizontal con delegados democráticamente electos desde las bases y con comisiones centrales de operatividad –logística, prensa, jurídica, etcétera–. El modelo de organización asambleario tuvo por generalidad la reticencia de los estudiantes de las universidades privadas, más acostumbrados a los acuerdos cupulares, al pragmatismo y a la escasa discusión política, pero finalmente este modelo fue el que se adoptó no sólo porque los estudiantes de las universidades públicas eran mayoría, sino porque además eran portadores de las enormes tradiciones de lucha del movimiento estudiantil mexicano. La particularidad de #YoSoy132 residía, sin embargo, en que no había iniciado en las trincheras tradicionales de la lucha estudiantil, sino en aquellas donde las élites del país se educaban.

¿Qué sucedió en la UNAM? La universidad más importante de Latinoamérica y la que por tradición había sido cuna de todos los levantamientos generacionales del país desde 1968, en esta ocasión fue espectadora de los acontecimientos durante los días de despliegue de #YoSoy132. Fue hasta el sábado 26 de mayo cuando se organizó en la Facultad de Filosofía y Letras la primera magna asamblea de la UNAM y que tuvo por encargo organizar la Asamblea General Interuniversitaria del 30 de mayo, que finalmente tuvo una asistencia de más de cinco mil jóvenes, en la explanada conocida como Las Islas, en Ciudad Universitaria.

Es verdad que con la entrada de la UNAM y las universidades públicas en la escena política #YoSoy132 se masificó. Pero si una enseñanza dejó los comienzos de este fenómeno social, es que las universidades privadas son también un sector politizado capaz de generar movilización por su propia cuenta. Desde el inicio del movimiento existieron importantes diferencias políticas derivadas de la condición de clase de los estudiantes de las universidades públicas y privadas. Frecuentemente, en el ámbito de las primeras se tendía a despreciar el papel de las segundas partiendo no de argumentos políticos, sino de prejuicios y resentimientos sociales o simplemente de afirmar que “no es posible que los *juniors* enseñaran a los estudiantes de la UNAM qué hacer”. Sin embargo se

dejaba de lado que si la protesta contra Peña Nieto hubiera empezado en esta universidad, difícilmente habría generado el impacto mediático y el revuelo que causó por haber iniciado en la Universidad Iberoamericana. Un abucheo generalizado de Peña Nieto en la UNAM hubiera sido visto, en el mejor de los casos, como la reacción natural de los jóvenes de una universidad donde la crítica y la lucha política siempre han tenido cabida, y en el peor escenario, como vandalismo procedente de grupos irreductibles y de revoltosos.

El escenario postelectoral

Los meses de mayo a julio se presentan como las etapas de ascenso y cúspide del #YoSoy132, periodo tras el cual la participación multitudinaria empieza a decaer progresivamente. Las hazañas y el revuelo que generó #YoSoy132 fueron muy bien difundidas en su momento: desde la organización del debate presidencial, hasta coloridas movilizaciones para reclamar transparencia en la jornada electoral. No obstante, luego de que fueron conocidos los resultados que colocaban como ganador al priista Peña Nieto, el movimiento dejó de ser una expresión de masas para convertirse en un fenómeno de los sectores más activos y politizados de las universidades. Aún así, la fase de declive del movimiento distó de ser improductiva, por el contrario, permitió un trabajo más paciente y articulado. Ya sin tener encima la presión de la jornada electoral, el trabajo entre asambleas estudiantiles dio frutos importantes, como el Encuentro Nacional Estudiantil en Huexca, Morelos, y la constitución del Programa de Lucha del movimiento, entre otros.

No obstante, es importante analizar cuáles fueron las consecuencias de los resultados electorales del 1 de julio y qué impacto tuvieron al interior de #YoSoy132. Como se sabe, además de la democratización de los medios de comunicación, una de las banderas del movimiento era la lucha contra el regreso del PRI a la presidencia de la República. Varios meses después de la elección presidencial y una vez que la imposición se concretó, algunos integrantes y asambleas intentaron minimizar esta consigna redu-

ciendo así el costo político de no haberlo conseguido, para lo cual se argumentaba que desde el inicio #YoSoy132 había luchado contra un proyecto político y no contra un candidato específico. Esto no es del todo cierto. Las decenas de miles de jóvenes que durante mayo-julio de 2012 se habían movilizado, tenían perfectamente claro que Enrique Peña Nieto era, ante todo, el representante de un partido que profundizaría las políticas neoliberales, pero no salieron a movilizarse a las calles en lo abstracto, sino con la convicción de impedir el regreso del PRI al poder.

Una revisión superficial del ánimo, los discursos, debates y consignas en el movimiento durante sus primeras semanas son una prueba contundente de que esta meta estaba en el imaginario colectivo del movimiento juvenil. Desde la manifestación en la Estela de Luz del 23 de mayo, las principales consignas eran: “Si hay imposición habrá revolución”; “Enrique, entiende el pueblo no te quiere”; etcétera. Sin embargo, a unas semanas de la elección se produjo un fenómeno que pocos núcleos estudiantiles fueron capaces de percibir. Por contradictorio que parezca, el ánimo en las filas del movimiento #YoSoy132 empezó a ser cada vez más discrepante del ambiente de los sectores populares y de los movimientos sociales del país (sindicales, campesinos, indígenas, etcétera).

A diferencia de la movilización contra el fraude electoral de 2006, en esta ocasión los estudiantes habían sido el único sector que, de cara a las elecciones, habían producido las movilizaciones más numerosas y significativas. Como se sabe, es un sector difícil de controlar políticamente y cooptar, pues en el caso mexicano el estudiantado de la capital no tiene una dirección sectorial permanente ni centralizada, sino que suele organizarse espontáneamente por medio de organismos relativamente horizontales. Este fue el motivo por el que decenas de dirigentes sindicales evitaron hacer por estas fechas movilizaciones que pudieran encender aún más el ánimo nacional. El temor de que #YoSoy132 pudiera contagiar a las bases de los demás movimientos sociales desatando acontecimientos similares a los de España o Egipto, estaba presente entre las cúpulas dirigentes de la izquierda mexicana. Qué decir del papel desempeñado por López Obrador y la dirección del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), que se dedica-

ron a desalentar a sus bases sociales para evitar una movilización similar a la de seis años atrás y que en esta ocasión hubiera sido más difícil apaciguar.

Teniendo como fondo este escenario, las expectativas sobre lo que podía hacer #YoSoy132 para impedir la llegada de Peña Nieto al poder empezaron a crecer desproporcionadamente, sin tener en cuenta que la movilización de todo el pueblo trabajador no dependía de las fuerzas de éste. Varias semanas antes de la elección presidencial, voceros de diversas universidades advirtieron al pleno de la Asamblea General Interuniversitaria (AGI) el riesgo de carecer de discusiones políticas y de que se siguiera imponiendo una lógica pragmática y coyuntural en las plenarios del movimiento. En efecto, las asambleas de la AGI eran muy lentas y desorganizadas: la mera definición de los integrantes de la mesa de debates y de la orden del día llevaban por lo menos dos horas en ser definidas; por otro lado, no todas las asambleas tenían el mismo nivel de discusión y trabajo de base que les permitiera incidir de manera real en los acontecimientos.

Y a la par de estos existía otro riesgo mayor: persistía en el movimiento la ilusión de que se impediría la llegada de Peña Nieto al poder con sólo poner en práctica mecanismos de observación y vigilancia de la elección. Por supuesto, se daba por hecho que un fraude electoral se estaba cocinando, pero no se tenía en cuenta que el abstencionismo y la coacción previa del voto serían los principales soportes de ese fraude. De esta manera se pusieron en marcha acciones como “Foto por casilla”, que consistía en fotografiar el acta electoral de cada centro de votación y subirlo a un sistema de cómputo en línea; además, se planeó la instalación de diversos centros para recopilar denuncias e irregularidades durante la jornada electoral. Pero sin la suficiente claridad política, el movimiento no era capaz de apreciar la situación que permeaba más allá del sector universitario y que anunciaba ya la victoria del PRI.

El 12 de junio, en la asamblea de la Escuela Superior de Economía (ESE) del IPN, algunos voceros tomaron la palabra y cuestionaron al pleno qué sucedería si Peña Nieto ganaba las elecciones y el movimiento no tenía objetivos definidos ni un programa

de lucha. En tal escenario, dijeron que la consigna de “No a la imposición” sería completamente estéril. El Programa de Lucha del movimiento #YoSoy132 nació entonces como respuesta a la necesidad de sacar al movimiento de una lógica de corto plazo y evitar su debacle al día siguiente de la elección.

Una de las últimas acciones significativas del movimiento #YoSoy132 fue la marcha del 5 de septiembre de 2012, que tenía como objetivo protestar contra el fallo del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF). Desafortunadamente, la movilización fue convocada bajo el carácter “fúnebre-festivo”, que quitó al momento su carácter combativo y de indignación y una de las últimas oportunidades que se tuvo para llamar a la población a movilizarse fue desechada. Se ha repetido con insistencia que a esas alturas poco ya se podía hacer para revertir la imposición de Peña Nieto, cosa que no puede negarse, pero bajo un argumento similar se habían dejado pasar oportunidades tan valiosas como la del 2 de julio, donde el movimiento era el único actor social con capacidad de lanzar una convocatoria decidida para movilizarse a nivel nacional y evidenciar la debilidad del régimen.

Pero vayamos a otros aspectos que son vitales para entender los errores y aciertos del movimiento. El #YoSoy132 no alcanzó el nivel de cohesión, organización y claridad de objetivos que otros movimientos juveniles del pasado. Ello se debe fundamentalmente a que, como hemos mencionado, la movilización hubo de restringirse a una coyuntura concreta, en un contexto específico: la lucha por impedir que el PRI regresara al poder. Luego del fallo final del TEPJF el 5 de septiembre, el movimiento entró en un descenso progresivo y se convirtió en una expresión organizada de los estudiantes más activos, cosa que es natural y positiva si se entiende que el movimiento de masas no puede durar indefinidamente.

El movimiento #YoSoy132 tuvo, por otra parte, el mérito de haber puesto sobre la mesa la discusión de un programa de lucha de la juventud, algo poco común en la historia de la izquierda mexicana. Se trata del primer movimiento de jóvenes que abre de manera tan amplia y profunda una discusión programática para luchar por la transformación social del país y detener los efectos que ha producido el capitalismo mexicano en las últimas

tres décadas; un programa que rebasaba los intereses meramente educativos y se traslada a la esfera nacional. Un punto positivo es que este movimiento terminó en mejores condiciones que el movimiento juvenil que le antecedió, el Consejo General de Huelga (CGH) de la UNAM en 1999-2000. Pese a la provocación montada el 1 de diciembre de 2012, donde se implementó un operativo policiaco militar en las inmediaciones de la Cámara de Diputados y donde fueron detenidas decenas de jóvenes, la fragmentación, desmoralización y desconfianza de #YoSoy132 terminó siendo mínima en comparación con experiencias de movilización que en el pasado habían concluido en condiciones muy adversas.

El 1DMX

Los acontecimientos del 1 de diciembre del 2012 (1DMX) se produjeron como reacción al hecho consumado que significó la victoria del PRI en las elecciones presidenciales y al descalabro que aún sin asimilar sufrió toda la izquierda mexicana. A diferencia de las movilizaciones de mayo-julio, el movimiento llegó con un desgaste significativo y sin claridad de objetivos frente a la inminente toma de posesión de Enrique Peña Nieto.

Los acontecimientos del 1DMX rebasaron por completo a #YoSoy132. A las inmediaciones de la Cámara de Diputados y al Centro Histórico llegaron miles de personas de manera individual o procedentes de diferentes organizaciones sociales, pero los costos políticos en los medios de comunicación fueron cargados exclusivamente a las filas del movimiento. Con anticipación, #YoSoy132 había dejado un vacío político al no fijar cuál sería su posición durante la jornada de protesta, lo que dejó el camino libre para que algunas corrientes actuaran de manera oportunista al lanzar la consigna de “que se respeten todas las formas de lucha”. Resulta curioso que al decir “que se respeten todas las formas de lucha”, estas corrientes no estuvieron dispuestas a respetar el carácter pacífico de #YoSoy132 ni las vías que el movimiento había determinado democráticamente en asambleas.

¿Podía el movimiento #YoSoy132, en alianza con otras organizaciones sociales, desarrollar una movilización que impidiera la

toma de posesión de EPN? Definitivamente no. Los tiempos políticos para articular un gran movimiento nacional habían quedado atrás. En ese momento era necesario reconocer que el régimen se había conseguido imponer dado un proceso de desmovilización generado desde mucho tiempo atrás y que el margen de manobra para #YoSoy132 era reducido.

Existieron organizaciones que caracterizaron a los acontecimientos del 1DMX como una “acción revolucionaria” y una “insurrección social”. Ante tales afirmaciones debemos preguntar ¿puede considerarse “revolucionaria” una acción que de antemano se sabía destinada a fracasar? ¿En verdad puede creerse que la manifestación de ese día podía ingresar a la Cámara de Diputados e impedir la toma de posesión del abanderado priista? ¿Puede considerarse una “insurrección de masas” una protesta focalizada que a las horas de haber finalizado fue disuelta sin resistencia significativa y que tuvo saldos perniciosos para el movimiento? Debemos remitirnos a los resultados concretos de la movilización de 1DMX: más de 100 manifestantes detenidos arbitrariamente; violaciones a los derechos humanos de cientos de jóvenes; una campaña de linchamiento mediático que consiguió generar una opinión pública favorable a la criminalización de la protesta juvenil (las televisoras explotaron las imágenes de los aparadores de los comercios rotos para justificar la represión desmedida); y por último, el objetivo más ansiado por las altas esferas gubernamentales, socavar el capital político y social que #YoSoy132 había acumulado por varios meses. A partir de los acontecimientos del 1DMX, periodistas a sueldo e intelectuales del régimen dieron rienda suelta a descalificativos y calumnias que a inicios del movimiento habían hecho muy veladamente.

No se puede ignorar la acumulación de rabia e indignación legítima que miles de jóvenes sintieron frente a un candidato y un proyecto que consiguió ser impuesto por las cúpulas empresariales, así como también frente a la apostasía y cobardía de los líderes de la izquierda institucional, que mucho antes de la elección hicieron todo lo posible por contener y desmovilizar a la población. Pero decir que aquello fue una insurrección de masas es simple y llana demagogia. El régimen utilizó la rabia y descon-

tento legítimos de cientos de jóvenes para llevar al movimiento a un enfrentamiento precipitado, combinando al mismo tiempo la infiltración policial y la presencia de provocadores que minutos más tarde aparecieron entre las vallas de la Policía Federal.

Este no es momento para hacer un balance pormenorizado de los debates que acarreó el 1DMX a lo interno del movimiento, pero debemos decir que, una de sus enseñanzas, fue que el régimen necesita llevar a núcleos aislados de jóvenes a un enfrentamiento sin objetivos en un momento en el que la violencia ahoga al país, para así justificar la cancelación de las libertades democráticas y facilitar la criminalización de la protesta social. Otra lección fue que “radical” no significa actuar al margen del movimiento de masas y carecer de un trabajo de base. Una política “radical” significa resolver los problemas de raíz, por lo que más allá del carácter específico de las acciones –pacíficas o violentas– lo trascendente es el programa de lucha que se emplea, si existe un trabajo de base y de organización colectiva, y si como resultado de las acciones concretas el nivel de conciencia de los jóvenes aumenta o decrece.

¿Qué ha dejado #YoSoy132?

Sólo una visión superficial de #YoSoy132 podría sostener que el movimiento fue derrotado o que no obtuvo las metas que se fijó. En realidad, sus conquistas no pueden evaluarse únicamente a contraluz de la llegada o no de Peña Nieto al poder, tarea que por otra parte rebasaba las fuerzas de un movimiento de corte juvenil y universitario. Para ser congruentes, las conquistas del 132 deben juzgarse sobre la base de su contexto específico y sin olvidar cuáles habían sido sus antecedentes inmediatos: un escenario político en el que no se veía ninguna otra alternativa de movilización y donde el candidato del sector mayoritario de la burguesía, Enrique Peña Nieto, alardeaba que ganaría las elecciones con amplio margen.

El fenómeno de masas de mayo-septiembre, tuvo la virtud de arrastrar a la política a una generación de jóvenes que escasamente había estado inmersa en movilizaciones sociales con ante-

rioridad; pudo también colocar al movimiento estudiantil en los reflectores de la política nacional e internacional y evidenciar que Peña Nieto sería colocado en el gobierno para hacer retroceder los derechos políticos y sociales de la población; pero quizá lo más importante es que dejó núcleos de jóvenes organizados por todo el territorio nacional que no están desmoralizados ni derrotados, y que seguramente volverán enfrentar las políticas del régimen en lo que resta del sexenio.

El movimiento, por supuesto, también tuvo errores, pero estos no fueron de la magnitud que los consorcios de la comunicación y los órganos de inteligencia del Estado intentaron adjudicarle por medio de intrigas. Los errores del movimiento #YoSoy132 estuvieron derivados de la falta de experiencia política de sus integrantes y de la pérdida de memoria que habían producido muchos años de inactividad en el medio universitario: escasa discusión política, poca solidez ideológica, una estructura organizativa de poca efectividad, prejuicio hacia los sindicatos, etcétera. Muchos de estos elementos forman parte de un proceso histórico mucho más profundo que, como hemos dicho, han estado presentes en los movimientos sociales de diferentes países, desde la reacción ideológica que siguió a la caída de la URSS y de la cual el movimiento estudiantil mexicano tampoco ha escapado.

Por otra parte, la configuración histórica del movimiento estudiantil en nuestro país ha tenido como trasfondo la aversión del estudiantado a un Estado corporativo, quien ejerció un control absoluto sobre la población al integrar en su interior a las clases trabajadoras bajo el estandarte de la Revolución Mexicana. El Estado mexicano tuvo en el pasado mucho éxito en cooptar a los sindicatos y en colocar oposiciones ficticias en el terreno electoral para preservar la legitimidad; pero si hubo un sector en el que sus intentos fueron infructuosos fue en las principales universidades del país. Es ahí donde debe buscarse también la explicación de las formas de organización actual y la relación entre las corrientes políticas, la dirección y las bases del movimiento estudiantil mexicano.

#YoSoy132 puso un ladrillo más en la larga columna de movimientos juveniles que desde 1968 luchan por la democratización del país y la justicia social. Puede criticarse la espontaneidad

con que se desarrolló y los diversos vacíos políticos y organizativos que dejó, pero debe tenerse en cuenta que la fortaleza del movimiento también residió en esta característica. Como otras tantas veces en la historia de los movimientos estudiantiles, los jóvenes construyeron su movimiento con los recursos que tenían a su alcance, partiendo desde cero y teniendo en su contra la desmemoria, la despolitización producida por el neoliberalismo y una izquierda mexicana que ahora aparece más atomizada y desarticulada que en décadas previas. Frente a todo ello, #YoSoy132 aparece como un esfuerzo colosal por recuperar la memoria histórica y por poner en pie las enormes tradiciones de lucha de los estudiantes mexicanos en uno de los momentos más difíciles de la historia del país.

Bibliografía

Alvarado, M. E. (Coord.). (2012). *La enseñanza de los movimientos sociales y la acción colectiva. Retrospectiva, actualidad y perspectivas*. México: CEIICH-UNAM.

Amin, S. y Houtart, F. (2003). *Globalización de las resistencias. El estado de las luchas 2003*. Madrid: Cáritas.

Rodríguez, O. (2001) *Izquierdas e izquierdismo*. México: Siglo XXI Editores.



La diversidad como horizonte de organización política

Mariana Favela

Las lecturas tradicionales en torno a los movimientos sociales, centradas en la regularidad y la estructura de las formas políticas, no logran explicar la emergencia y efectividad de movimientos desbordados como el #YoSoy132. Empiezo por aquello que denomino “la diversidad como horizonte de organización política” para presentar algunos apuntes que tienen como propósito prefigurar una concepción en torno al poder y la política a partir de la experiencia organizativa del “132”.

La generación

Más que una organización política, una estructura o un movimiento en el sentido tradicional, el 132 es una forma articulada de protesta. La emergencia de esta forma a través de las redes sociales y de las manifestaciones multitudinarias que sacudieron al país durante el 2012, marcaron a una generación. Una generación se distingue de la juventud porque la segunda es una mera condición temporal, mientras la generación se refiere a la formación de concepciones comunes, en este caso en torno al poder y a la política. Estas concepciones emergen a partir de las redes de información, confianza, empatía y solidaridad que surgen y se fortalecen en la resistencia contra el regreso del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a la presidencia.

Aunque la mayoría de sus integrantes estén en determinado rango de edad, no es razón suficiente para considerarlo un movimiento juvenil porque esa categoría ignora parte de la diversidad que confluye en el 132. Hay *132eros* de todas las edades. Lo relevante –en términos de la posibilidad de generar diálogos entre distintos sectores de la sociedad– es entender cómo, por qué y de qué manera se articula esa confluencia.

Caracterizarlo como movimiento juvenil además nulifica la diversidad fuera del 132 porque muchas juventudes no simpatizaban con él. ¿Hasta qué punto las perspectivas comprometidas con visiones románticas de la juventud exacerbaban “lo juvenil” sólo cuando cuadra con su estereotipo naturalizado de una juventud crítica, rupturista, revolucionaria y transformadora? En todo caso, cualquier estudio que insista sobre lo juvenil no debería obviar una reflexión sobre otras juventudes, por ejemplo, de quienes simpatizan con el Partido Revolucionario Institucional. La categoría de “juvenil” es un ejemplo de cómo clasificar a los movimientos a partir de las regularidades, o bien, no subsumir la singularidad a la regla es una opción metodológica en los estudios sociales y culturales.

El desbordamiento

Las condiciones en que irrumpe esta generación ayudan a moldear su carácter particular. La agitación del año 2012 no nace de un plan estratégico o premeditado, sino de la risa y la esperanza que se vuelven virales en las redes sociales. La indignación convoca a sujetos de distintas ideologías y procedencias en torno a debates como: la democratización de los medios de comunicación; el retorno del PRI a la presidencia; el autoritarismo y la represión de Estado; la memoria histórica; la democratización de la cultura política; y la parcialidad de las instituciones encargadas de procurar la democracia en el país. La articulación social que se da en torno a estos debates convoca a personas de distintas geografías, edades, procedencias sociales, concepciones políticas y permite la conformación de aquello que denomino “la diversidad como horizonte de organización”.

Los movimientos desbordados son formas de protesta, debate y organización política altamente dinámicas, que buscan la democratización de las relaciones humanas. En estos, más que una estructura organizativa, se presentan flujos de información que desbordan geometrías y formas políticas tradicionales como la verticalidad, la horizontalidad, las derechas y las izquierdas. Tienen dinámicas dispersas y no centralizadas que pueden intensificarse en ciertas circunstancias. Por ejemplo, en ciudades donde hay más acceso a internet como en la Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey; o bien donde hay una fuerte tradición de lucha como en Oaxaca, se presentan casos de intensificación de los flujos, igual que en zonas fuertemente afectadas por el narcotráfico como la región norte del país y en Veracruz; y en comunidades en el extranjero que mantienen estrechas redes de solidaridad con sus lugares de origen, como en California y San Diego.

La “estructura formal” que se constituye en las asambleas del #YoSoy132, aunque en su momento facilitó la interlocución con los medios de comunicación convencionales y la opinión pública, fue incapaz de aprehender la diversidad y dispersión inherentes al movimiento desbordado. Es un error recurrente reducir el 132 a esa estructura formal, es decir, a las asambleas y a los voceros –rotativos y revocables– que en ellas se eligieron. La estructura formal no agota una composición que se basa en la colaboración, la espontaneidad, la creatividad y la efervescencia de redes de comunicación y organización de protestas articuladas que alcanzan, en el momento más álgido, a todo el país y a muchas partes del mundo.

La risa

El desbordamiento de las estructuras, los lenguajes, las retóricas y los imaginarios políticos tradicionales son posibles gracias al *humor* de la convocatoria. En México venía el tiempo sin serlo cuando el teatro sin arte que se dice poder, estrenó en las pantallas de la simulación democrática el novelón de las elecciones. En el reino de los que juegan a la alternancia para nunca irse, los señores del dinero y del fuego se esconden bajo el candidato

presidencial Enrique Peña Nieto, un producto mercadotécnico capturado por la rigidez del gel, el Photoshop y el autoritarismo; ventrílocuo de un diálogo telenovelero dictado por el teleprompter. Venía el tiempo sin serlo hasta que el fantoche en el papel de galán, descubre su vocación de bufón.

Se dice que Peña Nieto ha escrito más libros de los que ha leído, porque en la presentación del suyo, en espacio controlado y con asesores, no atina a nombrar tres títulos que hayan marcado su vida. La respuesta es inmediata: las bromas se cuelan por donde pueden, se repiten los chistes en casas, parques y calles, la risa se va contagiando mientras crea distintos e intangibles espacios de lo común. Las redes sociales se transforman en un rincón que explota el espíritu sarcástico del humor a la mexicana. Ahí se tejen afinidades y simpatías; no ha pasado una hora desde las manifestaciones en la Universidad Iberoamericana y en las redes ya circula una invitación firmada por estudiantes de varias universidades: “Peña, te esperamos con los baños abiertos.”

Si Henri Bergson tiene razón y la rigidez es una condición de proclividad para la risa, el régimen mexicano da para una serie interminable de comedias trágicas. La risa es una respuesta frente a la rigidez del régimen. Es como el amor: un reducto de subversión y de rebeldía. Es un lugar privilegiado para reconstituir los espacios de lo común porque nunca es la misma. Nadie manda la risa, nadie la doma porque no es un qué sino un cuándo, cuando se comparte y cuando se acuerpa. Fue en la risa que nos encontramos.

Con la risa aparecen lo lúdico y lo irreverente. Así llega el arte a gritar rebeldía en las calles. El movimiento nace en la concentración del 23 de mayo del 2012 en la Estela de Luz porque es ahí donde se desborda todo, donde las simpatías y afinidades que se habían tejido en las redes, salen y se encuentran. La Estela era una fiesta. Caminamos hacia el Ángel de la Independencia porque la concentración cobró vida, necesitaba espacio. Había rostros inundados de sorpresa, gritos estallados, bailes, música, colores, carteles, consignas no ensayadas y miradas nuevas, incluso en las caras marcadas de experiencia. El ánimo era incontenible: unos querían ir por las banquetas y otros por las calles pero todos

queríamos movernos. Ese día, la esperanza de la transformación política se hizo carnaval.

En la Estela emerge una forma de hacer política donde la estética y el arte se convierten en la semántica de la diversidad, en el lenguaje de los distintos. A partir de entonces, la espontaneidad ensaya formas de protesta y de manifestación, por ejemplo, con la incorporación de recursos audiovisuales, que van dando forma a una estética particular. Se comparten propuestas audiovisuales que a veces logran tener impacto internacional. Desde los rincones del mundo más distantes se replican videos donde, a varias voces, distintas personas comparten un mensaje. Mostrar diversos rostros diluye la posibilidad del protagonismo y se convierte en un recurso tanto estético como político para ensayar una política a varias voces, polisémica y abigarrada.

Los recursos audiovisuales no se limitan a las protestas en redes: se cuelan en las calles y modifican sustancialmente las manifestaciones. Así se realizan “las fiestas de la luz”, en donde se proyectan videos sobre edificios que simbolizan el poder político del país –como las televisoras– y plantean una reapropiación de los espacios públicos. Además, sirven para expresar la indignación colectiva y el repudio a esos grupos de poder. Parcialmente, las proyecciones reemplazan los discursos tradicionales del templete o bien, los acompañan. Los recursos audiovisuales plurifónicos y replicables, en el mediano plazo, han mostrado tener más alcance que los discursos y posicionamientos políticos convencionales, algo que muchos grupos de la izquierda tradicional –incluso al interior del movimiento– se niegan a reconocer. La incomodidad frente a estas formas de comunicación y constitución de lo colectivo, incomodan a los sectores más conservadores porque la forma en que se expresa la palabra, además de socializar un mensaje, pone en escena una concepción sobre la política en sí. La *viralización* de los recursos audiovisuales que parcialmente reemplaza los discursos de templete en algunos movimientos, implicaría el desplazamiento –también parcial– del personalismo y el carácter mesiánico o iluminado del orador de voz forzada, casi siempre grave o masculina: aquél de los gestos firmes y contundentes, el de la cantaleta que con dificultad se distingue de la oratoria de los políticos institucionales.

La versatilidad con la que se replican, modifican, nutren y transmiten los mensajes en algunos movimientos sociales desbordados, refleja que cuando menos parcialmente y durante momentos excepcionales, están ganando terreno formas de concebir la política que no pueden enunciar al colectivo siempre en masculino y singular; formas que tienden a la dispersión en la emisión del discurso y que gracias a eso, abren espacios para una política que se enuncia y recrea abiertamente, desde lo lúdico y desde lo afectivo.

La dimensión afectiva de la política

El acto del 11 de mayo es de irreverencia frente a una realidad nacional insoportable y frente al inminente fortalecimiento del autoritarismo, pero la rebeldía hecha risa implica además la resistencia contra una forma hegemónica de pensar y de hacer política. La pluralidad incontenible del movimiento desbordado, acuerpada en la risa, permitió subvertir la marginalidad y exclusión que desde el racionalismo político se le atribuye a la dimensión afectiva de la política.

Las posiciones que presuponen la oposición, incluso excluyente, entre afectividad y racionalidad, temblaron cuando las protestas articuladas en el 132 reinsertaron la dimensión ética de la política en el debate nacional. Temblaron cuando en concentraciones multitudinarias se habló del amor y del poder en una misma oración. Temblaron cuando dijimos que el poder no necesariamente es dominación, que también puede ser reciprocidad y diálogo, que el poder puede y debe nacer desde las diferencias y no en contra o a pesar de éstas. El poder que se enuncia en masculino y singular tembló cuando se dijo que éste no es el único posible, que tenemos que hacer nacer otros.

La reinsertación de la afectividad permitió, cuando menos parcialmente, la participación de posiciones que defienden la necesaria imbricación entre fines y medios en la política; en otras palabras, que la política no sólo es el *qué*, sino el *cómo* se hacen las cosas, cómo se generan los acuerdos y cómo se toman las decisiones, procurando establecer condiciones de diálogo e inte-

ligibilidad en la diversidad. Esto implica que el esfuerzo de transformación está volcado a la sociedad en general y sobre el propio colectivo, simultáneamente.

En esos términos, la lucha por la democratización y contra el autoritarismo es necesariamente una lucha por la transformación de la cultura política. Es una lucha por transformar la forma en que se ejerce el poder y se piensa la política en los partidos, en las instituciones y en los sindicatos; pero también en las casas, las calles, las camas y en las organizaciones políticas contrahegemónicas, porque no hay cultura política que se vote en una urna. El reto más grande no era impedir la llegada de Peña Nieto a la presidencia, sino evitar que al interior del 132 se replicaran las formas centralizadas, jerárquicas y violentas de la política institucional. Este propósito, a pesar de estar en las discusiones sobre la conformación de la estructura formal como las asambleas y comisiones, no logró replicar la descentralización que caracterizaba la articulación de protestas que se entrelazaron en las redes sociales, por ejemplo.

Los movimientos desbordados, como el 132, se conciben como espacios de interacción y como redes de confianza y solidaridad latentes, donde no es posible ni deseable identificar criterios estrictos de pertenencia o de exclusión –una característica que probablemente es resultado de una reacción contra las formas políticas herméticas, que son percibidas por amplios sectores de la sociedad como sectarias y excluyentes, por ejemplo, los partidos políticos y muchas organizaciones de la sociedad civil organizada–. El único criterio de demarcación es el apego a tres principios fundamentales: el apartidismo, el carácter pacífico y el respeto a la diversidad, además de un criterio informal que es la expresión lúdica y creativa de las convocatorias.

La dimensión estratégica de la dispersión

La irreverencia y la risa transformaron en cuestión de semanas el humor nacional y permitieron la articulación de la diversidad como horizonte de organización política, un horizonte que se caracterizó por formas de participación descentralizadas y dispersas.

La dispersión, en términos políticos, se materializa en la emergencia incontenible de iniciativas autónomas que actúan sin consultar a ninguna dirección política y se reconocen como parte de un referente de lucha. Desde una reflexión autocrítica cabe decir que la incapacidad de la Asamblea General Interuniversitaria (AGI) para conducir esas iniciativas, fue un factor positivo porque en la AGI con frecuencia se expresaron las perspectivas más conservadoras: aquellas que creían fielmente en el dogma de la “dirección política”.

Por ejemplo, la dispersión en materia de comunicación permitió al 132 contrarrestar la maquinaria publicitaria de los medios de comunicación al servicio de los partidos políticos durante las elecciones. El telepoder tuvo que enfrentarse a discursos que desde distintas geografías y lógicas cuestionaron la legitimidad de las elecciones y de las instituciones políticas del país. A pesar de las desventajas materiales, la sociedad organizada logró poner en jaque a la publicidad de las televisoras, pero demostraron, además, que la centralización no necesariamente es más efectiva. Por ejemplo, un recuento de los discursos más replicados muestra que ninguno de ellos fue elaborado por la Comisión de Comunicación y Prensa del 132, sino por personas, grupos o redes, que trabajaban de manera autónoma. En los movimientos desbordados y en las formas de organización que ensayan formas políticas menos jerárquicas, la dispersión suele jugar un papel estratégico.

La latencia

La risa subvierte la rigidez del régimen político y de sus lenguajes, pero la persigue el fantasma de la volatilidad y de lo efímero. De manera simultánea a la emergencia del #YoSoy132, surge la preocupación por su permanencia. Dentro y fuera del movimiento se presiona para capturar y contener la eferescencia en estructuras estables. El problema se plantea como una disyuntiva entre la eferescencia y la permanencia, donde los costos entre una u otra parecen la creatividad y el dinamismo.

Comparto la preocupación por consolidar resistencias de largo aliento cuyo propósito sea incidir en la cultura política del

país, fortalecer formas de poder basadas en la autonomía e imaginar alternativas. Sin embargo, no comparto el presupuesto de que la efervescencia, por volátil, es necesariamente efímera. La represión del primero de diciembre del 2012 es un contraejemplo para esta afirmación.

El primero de diciembre, durante la toma de protesta de Enrique Peña Nieto, se despliega un fuerte operativo militar donde las fuerzas del Estado deliberadamente generan un clima de violencia a través de los cuerpos policíacos regulares –fundamentalmente del Estado Mayor Presidencial– y de grupos irregulares coordinados con la policía para participar directamente en los disturbios. El propósito del operativo era desarticular y deslegitimar las manifestaciones para justificar la represión frente a la opinión pública. Para el 132 la represión llega cuando el discurso de ciertos grupos ha contenido la efervescencia y la pluralidad de los primeros meses. Entre esos grupos destacan algunos colectivos que antes del 2012 tenían una reducida participación, legitimidad y capacidad de convocatoria en las escuelas, por ejemplo, los colectivos que pretenden monopolizar la política entre los universitarios. Estas organizaciones –tanto estudiantiles como no estudiantiles–, al imponer sus agendas y perspectivas contuvieron, deliberada o involuntariamente, la efervescencia política y menguaron la simpatía de la opinión pública.

Algunas lecturas sostienen que la incapacidad para formar estructuras permanentes genera el “desgaste”. Sin embargo, el primero de diciembre muestra que el desgaste se da en las estructuras formales, por ejemplo en las asambleas, pero no en las redes de comunicación que permiten la articulación de la protesta, que en todo caso es lo relevante. A raíz de la represión se reactivan las redes de solidaridad y de comunicación para denunciar la manipulación mediática, la violación sistemática de los derechos humanos durante el operativo, la parcialidad del proceso judicial contra los detenidos y las deficiencias del marco legislativo que quedan al descubierto a raíz de la represión.

En estos términos se puede plantear la consolidación de la lucha social sin necesidad de sacrificar la creatividad y el dinamismo a cambio de la permanencia. De tal modo que la perma-

nencia no se entiende como una estructura u organización sino como la *presencia latente* de discusiones sobre los asuntos de interés común. Esta presencia emerge o se retrae en función de convocatorias que operan a manera de debates públicos en los que se articula trabajo colectivo y se circula información. Lo relevante de estas dinámicas es que la posibilidad de que se genere el debate no es coyuntural, sino fruto de una cultura política donde se acostumbra discutir y no de una ideología común o de la dirección política de algún grupo.

Los movimientos desbordados parecen mantener la efervescencia y la espontaneidad en la medida en que consolidan formas alternativas de pensar la cultura y la participación política, lo que plantea un problema fundamental, pues en esos términos el reto del 132 no es contener su carácter desbordado en estructuras fijas, sino transformar el potencial lúdico y creativo del que emerge, en un ejercicio constante de imaginación política.

Ambigüedad y contradicción

Además de la permanencia, los movimientos que se articulan desde la diversidad se enfrentan al reto de las contradicciones. En el caso del #YoSoy132, los medios de comunicación impusieron una lectura clasista que se centró en exacerbar la diferencia entre escuelas públicas y privadas, lectura que evitaba reconocer una contradicción más profunda, pues la diversidad abarcaba a todo el movimiento y a cada una de sus asambleas. Ni las escuelas públicas o privadas eran entre ellas iguales, ni por ser distintas debían estar separadas. La lectura que enraizó con comodidad en la sociedad y la academia clasistas, eludía el problema de la posibilidad de hacer política desde la ambigüedad y desde la contradicción.

Entre tantas diferencias el problema de la contradicción entre posiciones era obligado. Por ejemplo, durante el periodo electoral se expresaba en las discusiones sobre si denunciar al sistema político en su conjunto y promover el voto crítico e informado era contradictorio. Después de horas de discusión el resultado era casi siempre que la postura común era contradictoria, pero las

posiciones no eran excluyentes. Permitir la contradicción abre la posibilidad de incorporar posiciones aparentemente incompatibles, y en ese sentido, explora una política de la ambigüedad.

La ambigüedad política implica una lógica dinámica de ajustes constantes y de diálogo entre posturas divergentes. La ambigüedad implica que posiciones contradictorias pueden convivir, pero no necesariamente que cualquier posición tiene lugar. De modo que una lucha donde caben muchas luchas no necesariamente es una lucha donde cabe cualquier lucha. La ambigüedad en la articulación de procesos políticos democráticos excluye toda opción política que implique la contención o eliminación de otras posturas. Ese es el límite de la política desde la ambigüedad y de las contradicciones.

La política de la ambigüedad fue necesitando una retórica propia que se expresó en el tránsito entre la afirmación contundente del comunicado del 1° de julio del 2012 –el día de las elecciones–, a la retórica del comunicado que se lee afuera del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación –el día que dicho órgano calificó como válidas las elecciones–. En el comunicado del 1° de julio, el trabajo de vigilancia electoral da como resultado la afirmación tajante de que aquella elección no tuvo un dejo de democracia, que se trató de un proceso marcado por la violencia y por la negligencia de las instituciones. En cambio, la “Marcha-carnaval” de entierro de la democracia que concluyó en las afueras del Tribunal propone una lógica distinta: no venimos a dar respuestas, venimos a cambiar las preguntas; no venimos sólo a ser escuchados, venimos sobre todo a escuchar. La “Marcha fúnebre de la democracia”, que recorrió 14 kilómetros desde Ciudad Universitaria hasta el Tribunal Electoral, fue encabezada por una larga manta negra en la que se leía, “¿Qué democracia es ésta?”

Paradójicamente, el mismo día que la retórica de la ambigüedad se hace carnaval político, el límite de la cohabitación de las contradicciones toma las calles. La incompatibilidad de posiciones se expresa cuando un grupo lanza petardos contra la policía y uno de éstos cae entre los manifestantes. A partir de entonces muchos debates se centran en la oposición violencia-pacifismo, y aunque en efecto se puede discutir la posible oposición, lo re-

levante es la imposición de cualquier forma política sobre otras. Es tan urgente discutir la violencia como la imposición de las tácticas políticas y explorar la diferencia o relación entre éstas, de modo que antes del problema de la violencia están los casos en que ésta niega las formas de manifestación pacíficas.

De cercos

En la articulación de protestas que se entienden como “YoSoy132, entre mayo y diciembre del 2012, existe una contraposición de tendencias. Una de éstas es la tendencia normativa que presupone la posibilidad de dirigir las acciones a partir de un proyecto, estructura o programa –anhelo que unas veces se nombra como proyecto de organización y otras programa de lucha–. A diferencia de las tendencias normativas, otras tienden a la improvisación y convergen en la espontaneidad. La diferencia con las tendencias normativas es que no comparten postulados sobre cómo producir efectos controlados y previsibles, de modo que suelen articularse en función de convocatorias y no de programas establecidos.

Si las tendencias normativas comparten la idea de que es posible controlar y dirigir al “objeto social”, es porque las une algo más profundo: la concepción de que el poder siempre implica dominación y que se reduce a relaciones de mando y obediencia. En contraposición a esa concepción, la postura sostiene la posibilidad de explorar y nacer formas de poder que no implican dominación. No se discute una noción distinta de poder, sino la posibilidad de imaginar varias.

El primero de diciembre del 2012 se impuso más que un presidente: en México se impuso la retórica de un poder que se enuncia en masculino y singular; se impuso la retórica de la violencia. Año y medio después, el fortalecimiento del régimen autoritario es rotundo: el gobierno reprime con lujo de violencia las manifestaciones; las detenciones arbitrarias se dan sin el menor respeto a los derechos humanos; los detenidos no tienen acceso a procesos judiciales imparciales y los medios de comunicación criminalizan sistemáticamente cualquier expresión de disidencia política. En menos de un año hemos perdido libertades políticas

que se lograron en más de cuarenta años de organización contra el autoritarismo. Volvieron la hegemonía política del PRI, el unipartidismo y el corporativismo.

La realidad de lo posible

La posibilidad de revertir el avance del autoritarismo descansa en la imaginación política. Es indispensable desbordar los márgenes que se imponen a fuerza de tolete y telenovela. En el marco de la reconstitución de la hegemonía encabezada por el Partido Revolucionario Institucional, la articulación de la diversidad como horizonte es estratégico e implica ocupar el espacio simbólico; contra el autoritarismo es indispensable desbordar el sentido común que solapa la restricción de las libertades.

El #YoSoy132 no somos quienes nos conocimos en las asambleas. No somos una etiqueta. El 132 es la posibilidad de recuperar la risa en el país del dinero y la sangre. Son el arte y la alegría gritando rebeldía en la calle. Es la reapropiación de la política. Son quienes dicen amor y poder en la misma frase. Es una generación que nace de algo propio y distinto. Es la convicción de que la única elección que se pierde es la que se hace cada día. Son las carcajadas que ponen en jaque la legitimidad del gobierno y de la autoridad. Es el silencio que estalló en grito con la entrada al Zócalo de la Ciudad de México durante el veto electoral. Es el fuego de las velas que ilumina una oscuridad innumerable. Son las calles desbordadas de la manifestación sin rumbo ni ruta del 2 de julio del 2012. Es la simpatía que hermana movimientos para que en México y en el mundo entiendan que somos familia porque somos diferentes. Es la voz del sur que recuerda que el tiempo es largo y que hay que marchar hacia adentro. El #YoSoy132 es la irreverencia frente a una realidad inaceptable.



Para seguir caminando. Una retrospectiva desde el movimiento social #YoSoy132

Paula Santoyo Rosas

#YoSoy132 se propuso construir un “nosotros” desde la diversidad. Fue un movimiento social de múltiples caras, que nos permitió vivir procesos disímiles y a la vez experiencias con una intensidad idéntica. La mía es una voz desde ese nosotros. Durante mucho tiempo fui parte de aquellos que optaron por no mirar hacia el pasado, en parte porque creía que implicaba aferrarse a glorias anteriores, en parte porque consideraba que intentar recrear un momento cuando las condiciones se habían esfumado no tenía sentido. Voltear hacia atrás implicaba petrificarse. Pero al mismo tiempo resonaban las preguntas sobre la travesía: lo que habíamos hecho y por qué la utopía se nos había alejado tan súbitamente. Comprendí entonces que había que repensar el camino recorrido. Este es el relato de ese trayecto, buscando hacer una caracterización del 132 desde su unicidad y con relación a otros movimientos sociales, decidí voltear al pasado para poder avanzar.

En este texto abordaré primero cómo surgió el movimiento y porqué se distinguió. Después expondré los planteamientos y propuestas que hicimos, las principales dificultades que enfrentamos y los errores que cometimos durante el proceso, para terminar con una reflexión sobre los retos que se divisan.

No somos uno, no somos cien...

*Hay décadas en las que no sucede nada
y hay semanas en las que suceden décadas.*

Vladimir Ilich Lenin

El surgimiento del movimiento #YoSoy132 fue tan súbito como inesperado, no obstante el hartazgo que venía acumulándose entre los jóvenes. Su fuerza tomó por sorpresa a la clase política, a la sociedad civil, a la comunidad internacional, incluso a sus propios integrantes. En el marco de una desmotivada movilización social y una oposición desarticulada, el 132 vino a sacudir el periodo preelectoral de manera insólita.

En medio de la resignación de algo que se consideraba erróneo pero inevitable, denunciamos el impulso, desde el año 2005, a la campaña presidencial del candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI) Enrique Peña Nieto por las empresas Televisa y Tv Azteca. Al rechazar la naturalización de la fraudulenta construcción mediática de un candidato, cuestionamos la extensa cobertura, las entrevistas, el aprovechamiento de la imagen mediática de actores de telenovelas, la manipulación de notas informativas y encuestas que aseguraban su inminente victoria. El contexto no podía ser más favorable al fraude mediático: en México 90% de la población se (des)informa a través de la televisión, y el duopolio Televisa y TV Azteca concentra el 88% de las concesiones, es decir, tiene influencia sobre 94.4% de la audiencia.

Evidenciamos la coalición entre la clase política y los poderes fácticos, así como su uso descarado de medios ilegales e ilegítimos para acceder al poder, la falta de transparencia, el nepotismo y la inseparable impunidad que han puesto en crisis a la democracia representativa.

Asimismo, pusimos sobre la mesa las implicaciones del regreso del PRI al Poder Ejecutivo.⁵⁴ Como respuesta a la campaña que

⁵⁴ Después de siete décadas en el poder, el Partido Revolucionario Institucional perdió por un margen tan grande la elección presidencial del año 2000, que éste reconoció la victoria de Vicente Fox Quesada, candidato del Partido Acción Nacional. Seis años después, el candidato del PRI a la Presidencia, Roberto Madrazo Pintado, obtuvo el peor resultado electoral en la historia de su partido: 22.26% de los votos. Así, el Poder Ejecutivo permaneció en las manos del Partido Acción Nacional. Ante esta nueva derrota, el PRI buscó transformar su discurso para proyectarse como un partido renovado.

presentaba a un partido totalmente renovado, el 132 se encargó de recordarle a la población la improbabilidad de que dicho partido hubiera dejado atrás las prácticas políticas con las que gobernó durante más de setenta años. Advertimos de los peligros que enfrentaba el país ante los intereses de privatización, aunados al regreso del autoritarismo, el caciquismo, la corrupción desbocada, los retrocesos que habría en materia de justicia social, rendición de cuentas y libertades.

Los jóvenes de #YoSoy132 somos parte de una generación que no vivió el sueño colectivo de cambio estructural de las décadas de los sesenta y setenta; a nosotros no nos arrebataron la utopía. Dado que no conocimos la esperanza pero tampoco la peor represión priista, no nos inundaban el miedo ni los prejuicios. Nos negamos a creer que éramos la generación de la apatía y ya no había nada por hacer; derribamos paradigmas y cuestionamos de frente a los detentadores del poder. Demostramos una vez más que “ante la abrumadoramente seria totalidad de la política institucionalizada, la ironía y la provocación burlona se convierten en una necesaria dimensión de la nueva política” (Marcuse, 1969: 68).

Propusimos la transformación de las formas de hacer política; nos opusimos a la homogeneización del discurso y replanteamos la protesta social como un espacio plural y abierto para la participación, la innovación colectiva, la discusión sin jerarquías y la devolución de la política a los ciudadanos. Así, sin planearlo siquiera, un grupo impredecible y contradictorio de estudiantes de escuelas públicas y privadas agitó conciencias y estructuras. Revitalizó una sociedad civil desesperanzada y replanteó la posibilidad de organizarse para salir del silencio.

Ideas para reinventar la protesta

Fuimos un movimiento polifacético de propuestas que buscaron salirse de las respuestas de los libros de texto. En su momento, el movimiento de 1968 trascendió las demandas estudiantiles y comenzó a abogar por una democracia; el EZLN dejó de luchar por el poder para establecer autonomías de facto. Nosotros planteamos la posibilidad de una política diferente desclasándola,

ciudadanizándola, replanteándola desde los derechos y la importancia de la participación para promover la pluralidad.

Los movimientos sociales de hoy se han caracterizado por una relegación del discurso de clase y de los moldes teóricos de pensadores como Marx y Lenin. Más allá de dejar atrás las aspiraciones de tomar el poder político, se ha pasado de reivindicaciones de sectores campesinos, obreros o sindicalistas, a exigencias universales tales como los derechos fundamentales, la participación política y la ciudadanía plena (Rodríguez, 2005: 53). Desde el 132 reivindicamos el derecho a la protesta social para todos los ciudadanos. Consideramos que el cambio en el discurso, más que una negación de la brecha entre oprimidos y opresores, exhibe el ensanchamiento de esa brecha y la inherente necesidad de ciudadanizar la manifestación del descontento. Nuestra búsqueda por construir un nosotros –permanentemente en tensión– implicó mantener una apertura a otras ideologías y favorecer el consenso antes que la descalificación. La convergencia de ideologías en un mismo movimiento social fue algo que se pudo ver en Egipto, por ejemplo, cuando surgió una coalición de fuerzas de la oposición integrando a nasseristas, socialistas, islamistas y liberal demócratas bajo la bandera de *Kifaya* (Suficiente) (Naguib, 2011: 9).

La política del #YoSoy132 la planteamos desde una ciudadanía que ha asumido plenamente la idea de la titularidad de derechos. En el Siglo XXI, el Derecho se ha convertido en una herramienta fundamental para las luchas de la sociedad civil. En Chile se tradujo de una reivindicación del derecho, a una educación pública de calidad; en Quebec, del derecho a manifestarse contra el alza de las tasas universitarias; en Egipto, del derecho a elegir quién los gobierna. La incorporación de los derechos humanos al discurso ha implicado la redefinición de exigencias, así como un cambio sustantivo en las estrategias de grupos que se conciben ahora como actores jurídicos, además de sociales. En nuestra evolución siempre estuvo presente luchar por la defensa y la promoción de los derechos políticos: el derecho a la información, la organización, la manifestación, la petición, la audiencia, la vigilancia al gobierno, por mencionar algunos (Ramírez Saiz, 2000: 155). Denunciamos la violación permanente de estos y

exhibimos además el vacío que existe en la legislación mexicana en torno a la rendición de cuentas, fundamental para la exigencia de responsabilidades políticas.

Si bien desde el 132 admitimos que el sufragio libre es una condición necesaria para la modificación democrática de las condiciones sociales, también dejamos claro que el voto no es un mecanismo suficiente para poder hablar de una democracia participativa. El EZLN lo expresa muy bien: “¿Estamos diciendo que la política no sirve? No, lo que queremos decir es que ESA política no sirve. Y no sirve porque no toma en cuenta al pueblo, no lo escucha, no le hace caso, nomás se le acerca cuando hay elecciones” (EZLN, 2005). Para nosotros fue substancial plantear una política que promoviera la participación para influir en las decisiones del gobierno e intervenir en la vida pública, no frente al poder político sino dentro del mismo. No obstante, nos pareció fundamental revertir la idea de que la participación estaba limitada a la rígida vía institucional, pues apuntamos que los espacios actualmente existentes son mínimos y tienden a la simulación en lugar de abrir posibilidades para incidir en la política nacional.⁵⁵

En el proceso entendimos que era tan importante posibilitar la participación, como era indispensable favorecer la pluralidad. Igualmente consideramos que la democratización de las telecomunicaciones era un paso fundamental para iniciar otros procesos de democratización. Fue desde este terreno que aportamos.

Conscientes de que el sesgo informativo es inherente a cualquier tarea informativa, lo que planteamos fue contrarrestar la concentración mediática y la descalificación de voces críticas a través de la transparencia, la reivindicación del derecho a la información y los espacios para ejercer una libertad de expresión plena. Concretamente, propusimos un nuevo esquema del sistema de telecomunicaciones que contemplaba: la licitación de espacios adquiridos con la transición tecnológica a nuevos actores, concesiones para la participación pública y social-comunitaria, un

⁵⁵ La Iniciativa Ciudadana incorporada a la Constitución con la Reforma Política del 2012, es el ejemplo de una herramienta diseñada para tener posibilidades mínimas de ser utilizada. Al establecer como requerimiento el apoyo del 0.13% de la lista nacional de electores –cifra similar a la requerida para registrar un partido político– la Iniciativa Ciudadana no es un mecanismo que fomente la participación, como afirma el gobierno federal, más bien es una legislación que una vez más blinda al sistema político mexicano de la crítica y la alteración del *status quo*.

organismo regulador de las telecomunicaciones con autonomía operativa y financiera, reglas de propiedad cruzada para evitar la formación de monopolios y la defensa de los derechos de las audiencias.

Nuestras ideas de una política distinta no podían estar desligadas de una reflexión sobre métodos para llevarlas a cabo fuera de una perspectiva única de participación. Fue así que nos movilizamos sin depender del apoyo de otras organizaciones y rechazamos la idea de un líder para entonces trabajar desde una estructura horizontal. Al igual que movimientos sociales actuales como el turco, el canadiense o el chileno, impulsamos otras formas de protesta y movilización. Podemos hablar de debates ciudadanos, cacerolazos, proyecciones de video sobre edificios, cercos a edificios, paros, festivales musicales, representaciones de suicidios colectivos, manifestaciones nocturnas o el simple acto de permanecer inmóviles. Como jóvenes nos replanteamos la importancia de ocupar el espacio público e introducir en la protesta el humor irreverente, la música, incluso la dimensión estética. Asimismo, con el uso de las redes llevamos la protesta a nuevos espacios y abrimos la puerta a la vinculación internacional.

Dificultades y traspiés

A pesar de ser un movimiento social que llegó a tener un impacto a nivel nacional y a ser reconocido como un actor político influyente, no logramos llegar a donde queríamos. Cometimos errores y enfrentamos numerosas dificultades en el camino. El rechazo a la crítica permitió que los problemas crecieran a la vez que la diversidad de objetivos debilitó nuestro impacto. No pudimos articularnos hacia afuera porque no tuvimos una política de alianzas clara y no supimos involucrar a la sociedad civil a la lucha. Por otro lado, la cohesión interna se fracturó ante las complicaciones de una estructura horizontal, la irrupción del asambleísmo y la polarización de las posturas políticas. Por último, fuimos el blanco de numerosas estrategias de contrainsurgencia que golpeando al 132 buscaban desarticular una oposición desde la sociedad civil. Veamos con detenimiento cada uno de estos obstáculos.

El proceso de construcción de consensos fue tan complicado que llegó un momento en el que el 132 se cerró en sí mismo. Para nosotros fue difícil recibir la crítica externa a la vez que nos negamos a hacer la autocrítica, dado todo el camino que habíamos recorrido y nuestro miedo a quebrar la frágil unidad del movimiento. Esto implicó la pérdida de integrantes de asambleas y simpatizantes diversos, e imposibilitó debates importantes sobre el rumbo del movimiento.

Para algunos de nosotros, el gran consenso de objetivos al que llegó el 132 en su Programa de Lucha, nunca nos pareció suficiente. El problema no eran los objetivos ni su cantidad, consistía en que no había una estrategia política para llevarlos a cabo consecutivamente. Al no discutir que ruta tomar, dividimos nuestras fuerzas en siete frentes y dejamos de ser un espacio para la construcción de consensos con posibilidades de alto impacto.

Nuestra expansión como movimiento se vio comprometida por diversas fallas de articulación externa. En primer lugar, cargamos con las expectativas de resolver los principales problemas del país, al tiempo que no supimos integrar a la sociedad civil más allá del discurso vinculante. Nuestra única posibilidad de sumar adherentes era generar estrategias para difundir entre el resto de la población información sobre nosotros y los problemas contra los que luchamos. Para la mayoría del 132 el hecho de que el movimiento hubiera nacido en las redes y se opusiera a la dependencia a los medios de comunicación masiva tradicionales de prensa y televisión, implicaba que su creación y difusión de contenidos debía ser a través de internet. Ignoramos que el uso de las redes está condicionado por la dependencia a redes del grupo convocante y por el acceso a internet. Otros movimientos sociales sí percibieron esta limitante. Por ejemplo, en Egipto, la organización por redes fue crucial en un inicio, pero dado que la protesta no era impulsada por una clase media dependiente de Facebook, el bloqueo gubernamental a internet no imposibilitó que el movimiento pasara a métodos más tradicionales de comunicación (Naguib, 2011: 17). En el caso del 15-M las redes fueron fundamentales para la organización interna como para las convocatorias, pues en España 93% de los jóvenes de entre 20 y

24 años tienen acceso a internet, y de los jóvenes de entre 25 y 34, hasta un 86%.

Nosotros enfrentamos una situación doblemente desfavorable, pues en México sólo 57% de los jóvenes entre 20 y 24 años y 41% de los mexicanos entre 25 y 34 años tienen acceso a la web, mientras que nuestra dependencia a las redes no nos hizo favorecer métodos análogos de comunicación (Guaderrama y Gómez, 2012:274) –aunque en 2011 la cifra se duplicó con respecto a 2005, aproximadamente sólo 30% de la población nacional tiene acceso a internet– (García, 2012: 48). Era necesario que dedicáramos más tiempo en el transporte, en los barrios, en las escuelas, para discutir con los ciudadanos cómo les afectarían directamente los problemas que señalábamos como #YoSoy132. Los jóvenes del movimiento estudiantil chileno entendieron la importancia de estos espacios de conversación con la gente y ganaron con esas dinámicas más de 80% de aprobación de la población (Somma, 2012: 304).

En segundo lugar, nuestra articulación externa fue problemática porque no fijamos desde un principio una política de alianzas clara. Entre la urgencia de conformar un frente de oposición y la inexperiencia política de muchos, las alianzas que conformamos fueron en desigualdad de condiciones y no establecieron claramente la diferencia entre solidaridad y la adopción de agendas políticas externas.

Por otro lado, hacia el interior del movimiento tuvimos múltiples complicaciones y traspiés. Para empezar, las dificultades organizativas. La estructura horizontal que propusimos favorecía la pluralidad y el diálogo por encima de la opresión y era una manera de poner en práctica la democracia por la que luchábamos. Sin embargo, nuestro planteamiento de horizontalidad estuvo incompleto, pues ignoró la necesidad de modificarlo para asegurar su legitimidad y operatividad. A diferencia del movimiento estudiantil chileno, no logramos mantener un ambiente altamente participativo dentro del cuerpo estudiantil (Somma, 2012: 303). Esto llevó hacia la formación de cotos de poder alrededor de la figura del vocero y que la legitimidad de quienes impulsaban las decisiones fuera siempre implícita y parcial. Tal vez lo que nos

faltó fue insistir en la reorganización universitaria, contemplando la posibilidad de generar una estructura estudiantil directiva, similar a la Mesa Ejecutiva emanada de la CONFECH, con elecciones periódicas y las facultades de operar los consensos y tomar decisiones.⁵⁶

Asimismo, la actuación del movimiento se vio diezmada cuando la política que había propuesto fue rebasada por las viejas prácticas viciadas. La asamblea aparecía como el método para solucionar todos los problemas y la urgente discusión política fue sustituida por una lógica de desgaste que ignoraba las condiciones internas y externas del movimiento. En ese sentido, a pesar de los intentos, no aportamos alternativas efectivas en términos de práctica política.

No obstante, fue la división interna lo que perjudicó al 132 de manera definitiva en la Ciudad de México. La diversidad de posturas políticas y métodos no habían generado problemas hasta la imposición de Enrique Peña Nieto porque, finalmente, todos se avocaban a los mismos fines. En el momento que perdimos este elemento que nos hacía confluír comenzó una polarización en torno a dos posturas políticas totalizantes. Esta divergencia se presentó en las discusiones sobre los métodos de lucha, pero no había consenso posible pues los proyectos de nación de cada facción eran distintos. Algunos se preguntarán por qué no cedimos el nombre para impulsar este proyecto desde otro espacio. La razón es que #YoSoy132 se convirtió en el frente de oposición a Enrique Peña Nieto y eso implicaba, por un lado, que tenía infraestructura en redes y la capacidad de convocar a los opositores al régimen y, por otro, que conservaba la atención del gobierno y la opinión pública. Como siempre, la disputa implícita por el nombre y la consecuente división interna acabó beneficiado al enemigo externo. No sólo desvió nuestros esfuerzos de los objetivos originales del 132, sino que abrió la puerta a los prejuicios, las acciones sin contenido político y la descalificación interna desde ambos lados.

⁵⁶ La Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH) integra a las federaciones de estudiantes de las universidades tradicionales. La agenda acordada por la CONFECH es ejercida por una Mesa Ejecutiva compuesta por un número reducido de federaciones elegidas en función de diversos criterios. Las decisiones son tomadas de manera democrática en plenarios abiertas y horizontales. Son resoluciones de asambleas de base.

Como activistas nos equivocamos al juzgar métodos de lucha, pues válidos o no, de ellos se hacen responsables aquellos que deciden llevarlos a cabo; lo único que nos correspondía, como movimiento social, era definir las formas de lucha que caracterizarían nuestras convocatorias y comprometernos a respetarlas.

Como la mayor parte de los movimientos sociales en el mundo, afrontamos los múltiples embates de los grupos de interés a los que pusimos en entredicho. Con la cooptación de un rostro mediático para un espacio de televisión, Televisa pretendió legitimarse y anestesiar el debate sobre la democratización del sistema de medios, pero no le funcionó. Por su parte, el gobierno federal reforzó la vigilancia a activistas y se valió de la infiltración para estancar el debate y promover la polarización interna. Mientras tanto, la represión por parte de las autoridades locales fue intermitente. El primero de diciembre del 2012, esto cambió. Se evidenció un acuerdo entre el gobierno federal y los gobiernos locales en torno a la estrategia para llevar a cabo una represión perfeccionada y ampliada. El despliegue de un operativo exagerado y la presencia comprobada de provocadores conjugó un escenario perfecto en el que cientos de personas inocentes fueron agredidas y detenidas, ninguna de ellas en flagrancia. Más allá de eso, los hechos violentos de aquel día sirvieron de muchas maneras al gobierno federal y capitalino: significaron una justificación a la represión de cualquier disidencia, contribuyeron a la deslegitimación de la protesta social, desviaron la discusión de los problemas visibilizados por el movimiento, y desmovilizaron a la sociedad infundiéndole el miedo.

Al final de este viaje

Se pueden señalar los logros inmediatos o tangibles que tuvimos como 132: la abolladura de legitimidad de Enrique Peña Nieto, los debates entre candidatos, la extensión del plazo para el registro de observadores electorales, el desprestigio de casas encuestadoras y comunicadores ante su innegable manipulación, el cerco a Televisa, las intervenciones en eventos como la Feria del Libro de Guadalajara y la instalación de la Comisión

de Radio y Televisión del Senado, el contrainforme del sexenio calderonista, los foros académicos sobre telecomunicaciones y el modelo económico, la toma del edificio de la representación de Veracruz, la alianza inusual entre estudiantes de escuelas públicas y privadas, el incremento de costos políticos de servidores públicos por todo el país, un programa de televisión por internet, una revista mensual y el proyecto “Diarios de la Nación”, la discusión de temas de interés público tal como la reforma en materia de telecomunicaciones y los gastos en las campañas electorales.

Pero no se trata de contabilizar las metas alcanzadas o enumerar errores. Como jóvenes tal vez no impedimos la llegada de Enrique Peña Nieto al poder, pero el impacto que dejamos fue de tal magnitud que superará la prueba del tiempo. El 132 le arrebató la tranquilidad a la clase política, sacudió la cultura democrática y marcó un momento en la historia. Si Marcuse afirmó que el movimiento estudiantil no es una fuerza revolucionaria en tanto que no hay masas capaces y deseosas de seguirlo, estaba convencido también de que es un fermento de esperanza en estas metrópolis al borde del colapso. El movimiento estudiantil confirma la verdad de la alternativa y reafirma la posibilidad de una sociedad libre (Marcuse, 1969: 64). La historia ya no es la misma después del 132; ya no somos los mismos. A veces importa más el proceso que el resultado, diría Manuel Castells. La ampliación del imaginario colectivo y la reflexividad que permita regresar a la misma discusión desde un nivel diferente permitirán que las semillas del 132 tengan incluso mayores repercusiones en el futuro. Eso lo ha demostrado el movimiento estudiantil chileno que resurgió en 2011, después de la aparente derrota en 2005 de la Revolución Pingüina impulsada por estudiantes de secundaria. Hemos quedado ahora una red de activistas que buscamos la transformación del Estado sin someternos a la lógica institucional estricta. Somos aquellos que nos articulamos en la búsqueda de alternativas, de autonomías organizativas, de distintos caminos para salvaguardar la vida social, cultural, política y económica. Tal como tantos en otros países, tal como el EZLN, queremos construir un mundo donde quepan muchos mundos.

Sólo unas cuantas reflexiones sobre el camino. Los nuevos movimientos sociales deben procurar no estancarse en glorias pasadas y evitar a toda costa caer en discursos obsoletos o prácticas hegemónicas de la vieja política. Deben, por el contrario, perseguir la posibilidad de extenderse y reinventarse bajo una política emancipadora (Tepichín, 2012: 536) que logre trastocar las estructuras de dominación tanto internas como las de aquella autoridad confrontada. Para establecer una lógica distinta no bastará con modificar un párrafo de una declaración de principios: se conseguirá solamente con una práctica política que cuestione objetivos, estrategias, alianzas y formas de organizarse, es decir, con una política que reafirme la autonomía, que rechace la censura y que reivindique la pluralidad. La democracia no es un fin en sí mismo: debe entenderse como un punto de partida que asegure las condiciones para definir un proyecto de nación incluyente.

Bibliografía

- EZLN. (2005). Sexta declaración de la Selva Lacandona. En *Enlace zapatista*. Recuperado en: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2005/11/13/sexta-declaracion-de-la-selva-lacandona/>
- Guaderrama, M. y Gómez, J. I. (2012). Prácticas digitales en España y México: un cuestionario online. En N. García Canlini, F. Cruces y M. Urteaga (coord.). *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*. Madrid: Ariel/Fundación Telefónica.
- Jasso, P. (2012). El lugar vacío de la democracia. En C. Lachenal y K. Pirker (coord.). *Movimientos sociales, derechos y nuevas ciudadanías en América Latina*. México, D.F.: Fundar/Gedisa, S.A.
- Marcuse, H. (1969). *Un ensayo sobre la liberación*. México: Joaquín Mortiz.
- Naguib, S. (2011). *The Egyptian Revolution. A political analysis and eyewitness account*. Londres: Bookmarks.
- Ramírez, J. M. (2000). Los derechos políticos en México. En J. Alonso, B. Bátiz y G. García (coord.). *Los derechos humanos y los retos del nuevo milenio*. México: ITESO/Instituto de Investigaciones de la H. Cámara de Diputados.
- Rodríguez, C., Chávez, D., Barret, P. (2005). ¿La utopía revivida? Introducción al estudio de la nueva izquierda latinoamericana. En *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Somma, N. (2012). The Chilean student movement of 2011-2012: challenging the marketization of education. En *Interface: a journal for and about social movements*. Volume 4 (2): 296-309. Recuperado en: <http://www.interfacejournal.net/wordpress/wp-content/uploads/2012/11/Interface-4-2-Somma.pdf>
- Zárate, M. (2012). *Resistencias en movimiento de dignidad, deseo y emociones: Una mirada antropológica*. México: Juan Pablos Editor.

*Resistencias locales,
utopías globales*

se terminó de imprimir en mayo de 2015 en
los talleres gráficos del STUNAM,
Centeno 145, Colonia Granjas Esmeralda,
Del. Iztapalapa, CP: 09810. México, D.F.

La edición estuvo al cuidado de Yod Estudio
yodestudio@hotmail.com
www.yodestudio.com

El tiraje consta de 1,000 ejemplares.

